

¿Te perdiste una edición previa?

- FIESTA
- FAMILIAS
- MAGIA
- COMIDA
- DESIERTO
- PLANTAS
- COREA
- VIOLENCIA
- MENOPAUSIA Y
- ANDROPAUSIA

A pocas personas he querido tanto como al desconocido que lloró en mi mejilla cuando el Necaxa se coronó en el Estadio Azteca después de 57 años de sequía.

JUAN VILLORO

En la meseta de la montaña se reunieron jugadoras de futbol profesionales y aficionadas de todo el mundo. Con ese juego señalaron el tratamiento desigual y la injusticia hacia las mujeres en el futbol.

REBEKKA ENDLER

Hasta donde alcanzo a recordar, solo existen dos grandes fenómenos sociales que no surgieron de algún avance tecnológico: la religión y el fútbol.

ENRIC GONZÁLEZ

¿Cómo evolucionó el futbol hasta la especialización que presume en la actualidad, donde se desmenuzan los planteamientos tácticos casi con el mismo rigor que las fórmulas de la energía nuclear?

TLATOANI CARRERA

Por aquel entonces Honduras era uno de los países más violentos del mundo, así que nadie se extrañó de que al día siguiente los periódicos midieran la intensidad del encuentro por el número de muertos y no por los goles.

JACOBO GARCÍA

No es una novedad que la FIFA y el futbol se encuentran en una constante crisis de credibilidad y desconexión de la realidad. El organismo que controla el deporte más famoso del mundo existe por y para sí mismo.

MARION REIMERS

FUTBOL

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

NÚM. 890, NUEVA ÉPOCA

\$50 ISSN 0185 1330

FUTBOL

¿Cuánto hay de estrategia en el futbol? ¿Cómo elegimos a nuestro equipo? ¿Qué intereses políticos se juegan en un Mundial? ¿Qué relación existe entre futbol y literatura?

Ana de Anda • Ángel Cappa
Tlatoani Carrera • Les Dégommeuses
Antonio Deltoro • Rebekka Endler
Jacobó García • Enric González
S. Juliana Granados M. • Marisol Ibarra • Sebastián Kohan
Esquenazi • Vania Macias Osorno
Pedro Mairal • Elizabeth Marshall
Thomas • Emiliano Monge
Sy Montgomery • Francisco Mouat
Ana Negri • Pascale Nivelles
Philippe Ollé-Laprune • Antonio Ortuño • Marion Reimers • Laura Sofía Rivero • Rafael Tonatiuh
Eloy Urroz • Amarela Varela Huerta • Juan Villoro • Chloé Wary • Alejandro Zambra

ENTREVISTA CON
MARGO GLANTZ
MAURO LIBERTELLA

JAIL, NO YALE
CHRISTINE MONTROSS

ANTES DE QUE
LLEGUE EL TREN
CRISTINA MARCANO

OCHO DATOS
CURIOSOS
SOBRE FUTBOL

¡Te la enviamos!

suscripciones@revistadelauniversidad.mx



Visita nuestra plataforma digital:

www.revistadelauniversidad.mx

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO



culturaUNAM





FUTBOL

NÚM. 890, NUEVA ÉPOCA
\$50 ISSN 0185 1330

U



REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO



culturaUNAM



UNAM
La Universidad
de la Nueva
España

RECTOR

Dr. Enrique Graue Wiechers

COORDINADORA DE DIFUSIÓN CULTURAL

Dra. Rosa Beltrán

CONSEJO ASESOR UNIVERSITARIO

Lic. Anel Pérez

Dr. William H. Lee Alardín

Dra. Mary Frances Teresa Rodríguez

Mtra. Socorro Venegas

Dra. Guadalupe Valencia García

CONSEJO EDITORIAL

Miguel Alcubierre

Magali Arriola

Nadia Baram

Roger Bartra

Jorge Comensal

Abraham Cruzvillegas

José Luis Díaz

Julietta Fierro

Luzelena Gutiérrez de Velasco

Hernán Lara Zavala

Regina Lira

Pura López Colomé

Frida López Rodríguez

Malena Mijares

Carlos Mondragón

Emiliano Monge

Paola Morán

Mariana Ozuna

Herminia Pasantes

Vicente Quirarte

Jesús Ramírez-Bermúdez

Papús von Saenger

CONSEJO EDITORIAL INTERNACIONAL

Andrea Bajani

Martín Caparrós

Alejandra Costamagna

Philippe Descola

David Dumoulin

Santiago Gamboa

Jorge Herralde

Fernando Iwasaki

Edmundo Paz Soldán

Juliette Ponce

Philippe Roger

Iván Thays

Eloy Urroz

Enrique Vila-Matas

DIRECTORA

Dra. Guadalupe Nettel

COORDINADORA EDITORIAL

Dra. Nayeli García Sánchez

COORDINADORA DE REVISTA DIGITAL Y MEDIOS

Yael Weiss

JEFE DE REDACCIÓN

Dario Alemán

CUIDADO EDITORIAL

Francisco Carrillo

EDITOR DE ARTE

Vania Macias Osorno

DISEÑO Y COMPOSICIÓN TIPOGRÁFICA

Rafael Olvera Albavera

DERECHOS DE AUTOR

Blanca Estela Díaz

INVESTIGACIÓN Y ARCHIVOS

Verónica González Laporte

DISTRIBUCIÓN

América Sánchez

COMUNICACIÓN Y RELACIONES PÚBLICAS

Monserrat Ilescas

VINCULACIÓN Y PROYECTOS PARA JÓVENES

Yvonne Dávalos

EDICIÓN WEB Y DISEÑO DIGITAL

Andrés Villalobos

ASISTENCIA EDITORIAL

Elizabeth Zúñiga Sandoval

FOTOGRAFÍA

Javier Narváez

DISEÑO DE LA NUEVA ÉPOCA

Roxana Deneb y Diego Álvarez

SERVIDORES, BASES DE DATOS Y WEB

Fabian Jendle



En noviembre

Revolución mexicana

Ora sí ¡Tenemos que ganar!

Lunes 21

El prisionero 13

Martes 22

El compadre Mendoza

Miércoles 23

Vámonos con Pancho Villa

Jueves 24

22:00 h



tv.unam

tv.unam.mx



*El fútbol es la recuperación semanal
de la infancia.*

JAVIER MARÍAS

*Son noventa minutos en un vaso de agua.
Pero a mí me han quitado muchas veces la sed.*

LUIS GARCÍA MONTERO

*Un día serás vos jugando al fútbol
y será como un abrazo. Jugar será
tu casa.*

MAIA SLIPCZUK

ÍNDICE

4 EDITORIAL

Guadalupe Nettel

DOSSIER

7 FÚTBOL

Antonio Deltoro

9 PIEZAS BREVES DE UN MISTERIO REDONDO

Enric González

14 FRAGMENTOS DE TRISTEZA FUTBOLÍSTICA

Alejandro Zambra

21 DE LA PIZARRA AL CÉSPED

Tlatoani Carrera

29 LAS MUJERES TOMAN LA CANCHA

Marisol Ibarra

35 FORMAS DE ABRAZARSE EN EL CÉSPED

Juan Villoro

40 EL PATRIARCADO DE LOS OBJETOS

Rebekka Endler

45 ESO DEL FUTBOL QUE (POCO) PERTURBA

Marion Reimers

50 OCHO DATOS CURIOSOS SOBRE FUTBOL

53 SANGRE, TIERRA, TELEVISIÓN Y DINERO: ¿POR QUÉ LE VAMOS AL EQUIPO DE NUESTRO AMOR?

Antonio Ortuño

57 TEMPORADA DE ROSAS

Chloé Wary

66 PARAÍSO CANALLA

Francisco Mouat

71 EL EXTRANJERO

Pedro Mairal

74 MUNDIAL DE CATAR: FÚTBOL PARA OCULTAR LA REALIDAD

Ángel Cappa

80 ONCE CANTOS FUTBOLEROS

84 EL GOL QUE LOGRÓ MÁS QUE LOS FUSILES

Jacobo García

88 OTRO CAMPO DE BATALLA DE LAS LESBIANAS

Pascale Nivelle

94 LA FEALDAD

Sebastián Kohan Esquenazi

101 UN SANTO VERDE

Emiliano Monge

ARTE

108 LES DÉGOMMEUSES: ARRASAR EN LAS CANCHAS Y EN LAS CALLES

Vania Macias Osorno

PANÓPTICO

EL OFICIO

118 CUATRO CIUDADES DE MARGO GLANTZ

ENTREVISTA CON MARGO GLANTZ

Mauro Libertella

EN CAMINO

122 MÉXICO: PAÍS TAPÓN, PAÍS SANTUARIO

Amarela Varela Huerta

ALAMBIQUE

126 DOMADOS E INDÓMITOS: ENCUENTROS CERCANOS DEL TIPO ANIMAL

*Sy Montgomery y Elizabeth Marshall
Thomas*

ÁGORA

130 ANTES DE QUE LLEGUE EL TREN

Cristina Marcano

PERSONAJES SECUNDARIOS

135 MARIO SANTIAGO PAPASQUIARO: ENTRE EL CAOS, EL DELIRIO & EL OLVIDO

S. Juliana Granados M.

OTROS MUNDOS

139 JAIL, NO YALE

Christine Montross

CRÍTICA

144 LA ESCRITURA TRAS BAMBALINAS: LA COLECCIÓN EDITOR DE GRIS TORMENTA

Ana de Anda

148 LA ESCRITURA AL INFINITO: CÓMO DESAFIAR LA VANIDAD

Philippe Ollé-Laprune

153 CALLA Y ESCUCHA. ENSAYOS SOBRE MÚSICA: DE BACH A LOS BEATLES

EDUARDO HUCHÍN SOSA

Laura Sofía Rivero

157 PERRAS DE RESERVA

DAHLIA DE LA CERDA

Ana Negri

160 UNA HISTORIA RIDÍCULA

LUIS LANDERO

Eloy Urroz

162 JEEN-YUHS: A KANYE TRILOGY

COODIE SIMMONS Y CHIKE OZAH

Rafael Tonatiuh

167 NUESTROS AUTORES

EDITORIAL

Como un prisma o un *aleph* borgiano que nos permite ver el mundo desde muy diversos ángulos, el fútbol constituye un cruce de caminos donde coinciden áreas muy distintas. Hay algo atávico, algo ancestral en la manera en que nos relacionamos con ese deporte, que tanto por las pasiones que suscita como por la forma de sus estadios está directamente emparentado con el circo romano. Para sus aficionados, el fútbol constituye mucho más que un deporte. Se trata de un territorio imaginario donde la catarsis, el drama, la ternura, el juego, el odio y sus manifestaciones no solo están aceptados, sino que son bienvenidos. En el espacio excepcional del fútbol lo legal y lo ilegal se trastoca, algunos valores sociales dejan de ser importantes mientras que otros, como la lealtad, la entrega, el sacrificio, cobran un prestigio exagerado y hasta se pasa por alto la trampa si es por el bien común.

Simbólicamente el fútbol representa muchas cosas. Basta que juguemos en el patio de la escuela contra el salón enemigo o que veamos la transmisión de un partido importante en el que juegue nuestro equipo para que el pulso se acelere y en nuestras venas aumente vertiginosamente la adrenalina. Se trata de una épica al alcance de la mano, que constantemente está produciendo héroes, sagas y leyendas. Los niños pobres llegan a ser señores, incluso reyes, en ocasiones dioses, alrededor de los cuales fluye la devoción, el amor, el agradecimiento eterno. En un texto titulado "Piezas breves de un misterio redondo" Enric González asegura: "Hasta donde alcanzo a recordar, solo existen dos grandes fenómenos que no surgieron de un avance tecnológico, la religión y el fútbol", justo antes de explicar el vínculo tan estrecho que une al fútbol con la producción literaria. Y es que este juego, más que ningún otro, ha inspirado una gran cantidad de relatos, novelas, películas, series e incluso poemas desde hace muchas décadas.

"¿Por qué le vamos al equipo de nuestros amores?", se pregunta Antonio Ortuño en un texto en el que explica cómo el fútbol expresa la pertenencia a un grupo o a una ideología, la identidad nacional, regional o incluso de género y de preferencias sexuales. Tal es el caso del equipo de lesbianas francesas "Les Dégommeuses", de quienes habla en su texto Pascale Nivelles, que han creado toda una cultura alrededor de ellas. Uno de los cambios relevantes ha sido la participación de las mujeres en este deporte con su juego pausado, limpio, armonioso, aunque no falto de energía y hasta de agresividad. El artículo de Marisol Ibarra da cuenta de cómo ese cambio se ha producido en México, mientras que el texto de Rebekka Endler enumera varios de los obstáculos prácticos que las mu-

jeros futbolistas han debido sortear para poder practicar el deporte de forma profesional.

El fútbol no ha sido siempre el mismo. Desde su creación hasta la fecha ha adoptado muy diversas formas, respondido a diferentes reglas e incorporado cambios importantes en materia de estrategia. De esto trata el texto de Tlatoani Carrera, quien establece un recorrido por los entrenadores más revolucionarios desde principios del siglo XX. Algunas de las transformaciones que ha conocido el fútbol son menos positivas. En sus respectivos artículos, Marion Reimers y Ángel Cappa describen con elocuencia la corrupción que hay dentro de la FIFA y la traición a los valores de occidente —entre ellos nada más y nada menos que la defensa de los derechos humanos— que está dispuesta a emprender a cambio de una oferta económica lo suficientemente grande. No han sido pocas las ocasiones en que el fútbol ha sido manipulado con fines políticos, como lavar la imagen de un gobierno autoritario y abusivo (Rusia 2018), intentar contentar a un pueblo asolado por un terremoto y la corrupción de su presidente (México 1986) o para ocultar a los desaparecidos y los presos políticos, como ocurrió en los estadios chilenos durante la dictadura. En una crónica titulada “El gol que logró más que los fusiles” el periodista español Jacobo García describe maravillosamente cómo un partido de fútbol sirvió para distraer al pueblo de Honduras del golpe de Estado llevado a cabo en ese mismo momento fuera del estadio donde se celebraba. El argentino Sebastián Kohan Esquenazi explica cómo esos rasgos negativos del fútbol se han trasladado a su estética. Según este autor, la ropa, los peinados, los escándalos y toda la parafernalia que rodea al deporte se ha visto contaminada por la estridencia, la ostentación y, en resumidas cuentas, la fealdad y el mal gusto que caracterizan a la sociedad del consumo desenfrenado en la que estamos inmersos.

A pesar de estos aspectos condenables e incluso atroces, el fútbol es antes que nada una fiesta casi carnavalesca por lo que tiene de catártica y subversiva, en la que participa una inmensa cantidad de gente de muy diversas edades, orígenes, lenguas, credos e ideologías. “A pocas personas he querido tanto como al desconocido que lloró en mi mejilla cuando el Necaxa se coronó en el Estadio Azteca”, nos dice Juan Villoro en su magnífico texto “Formas de abrazarse en el césped”. Cantos, bailes, porras, vestuarios vistosos, maquillajes, banderas, rituales, oráculos y supersticiones, todos nuestros recursos creativos, pero sobre todo muchísimas emociones se ponen en marcha en este juego, y esas razones bastan para que valga la pena hacerle un homenaje.

Guadalupe Nettel



Ángel Zárraga, *Joven futbolista*, 1926 ©

POEMA

FÚTBOL

Antonio Deltoro

Entre la multitud que se agita como un bosque encantado,
libres del deber, por el gusto del pasto, en la delicia de ver rodar,
de sentir cómo nace del pie la precisión que en la vida normal le arrebató

[la mano,

estamos reunidos hoy en este campo donde no crece ni la cebada ni el

[trigo;

somos el coro que lamenta y que festeja,

el suspiro que acompaña al balón cuando pasa de largo y el grito entre

[las redes.

Nació la pelota con una piedra o con la vejiga hinchada de una presa

[abatida.

No la inventó un anciano, ni una mujer, ni un niño:

la inventó la tribu en la celebración, en el descanso, en el claro del bosque.

Contra el hacer, contra la dictadura de la mano,

yo canto al pie emancipado por el balón y el césped,

al pie que se despierta de su servil letargo,

a la pierna artesana que vestida de gala va de fiesta,

al corazón del pie, a su cabeza, a su vuelo aliado de Mercurio,

a su naturaleza liberada del tubérculo:

a cada hueso de los dos pies, a sus diez dedos

que atrapan habilidades hace milenios olvidadas en las ramas de los

[árboles.

Yo canto a los pies que fatigados de trabajar las sierras llegaron al llano

[e inventaron el fútbol.

Antonio Deltoro, *Los días descalzos* [1992], en *Poesía reunida* (1979-2014), Visor, Madrid, 2015, pp. 153-154. Se reproduce con el permiso del autor.





PIEZAS BREVES DE UN MISTERIO REDONDO

Enric González

Hasta donde alcanzo a recordar, solo existen dos grandes fenómenos sociales que no surgieron de algún avance tecnológico: la religión y el fútbol. No voy a compararlos, aunque haya quien lo hizo: Manuel Vázquez Montalbán, por ejemplo, en *Fútbol, una religión en busca de un dios* (2005). Y no fue el único. Me limito a constatar que ambos fenómenos satisfacen a distintos niveles —o al menos satisficieron— determinadas necesidades humanas.

En el caso del fútbol, cuya forma actual (hubo muchas anteriores) se definió a mediados del siglo XIX en las universidades británicas y arraigó con extraordinaria rapidez en los barrios populares de medio mundo (en el resto tardó un poco más), millones de personas trasplantadas del ambiente rural al urbano, sometidas a la alienación de la industria y la vida moderna, encontraron en torno a una cancha un sentido de pertenencia y un cierto tipo de fe.

Ya desde el inicio, el fútbol fue más que un juego de balón. Era un juego y un torbellino de circunstancias. Fueron las circunstancias, el impacto del asunto en las personas y las sociedades, las que empezaron a atraer a los escritores. Uno de los relatos fundacionales de la literatura futbolística, "Juan Polti, half-back", publicado por Horacio Quiroga en 1928, recogía la historia de Abdón Porte, el mítico "half-back" del Nacional de Montevideo que el 5 de marzo de 1918 se quitó la vida en la cancha del estadio Gran Parque Central. Porte había perdido facultades y ya no servía ni al equipo ni a los aficionados. Prefirió morir. Con ese suicidio

◀ Castelmola, Italia, 2018. Fotografía de Rémi Jacquaint. *Unsplash* ©

Uno de los primeros esfuerzos literarios por explicar el impacto del fútbol en la sociedad y en el arte fue tal vez el del uruguayo Eduardo Galeano.

nació la idea del futbolista como héroe (trágico en el caso de Porte) de nuestro tiempo:

Nacional, aunque en polvo convertido
y en polvo siempre amante
no olvidaré un instante
lo mucho que te he querido.

Los versos con que Abdón Porte se despidió de la vida no son alta literatura. Pero los suscribirían, entonces y hoy, millones de aficionados.

Resulta lógico que un material tan potente, una querencia tan profunda (y racionalmente inexplicable) a las banderas y colores que identificaban a cada tribu futbolística, produjera literatura. Uno de los primeros esfuerzos literarios por explicar el impacto del fútbol en la sociedad y en el arte fue tal vez el del uruguayo Eduardo Galeano con *Su Majestad el fútbol* (1968). Este libro vino a marcar el momento en que numerosos intelectuales de izquierda, en Europa y América Latina, dejaron de ver el juego como algo sospechoso, como un nuevo "opio del pueblo", y se entregaron a celebrarlo con la máxima fruición.

Fue en esa época cuando Manuel Vázquez Montalbán, que durante un encarcelamiento por el franquismo había escrito el influyente ensayo "Informe sobre la información" (1975) y era ya uno de los intelectuales más destacados en la oposición clandestina, publicó varios artículos sobre el Fútbol Club Barcelona y, mediante recursos más literarios que históricos, hizo de él un símbolo de resistencia contra la dictadura.

Vázquez Montalbán definió en su momento al Barça como "el ejército desarmado de Cataluña" (recuérdese que el fútbol ha sido definido en ocasiones como una "ritualización de la guerra") y le atribuyó una cierta trascendencia política que los dirigentes barcelonistas asumieron encantados: crearon el lema "Más que un club" ("más que un club"). Las instituciones futbolísticas, como las naciones, tienden a construir su identidad con gestas del pasado. No necesariamente ciertas, más bien lo contrario, pero útiles.

Permítanme un inciso, porque el fútbol explica muchas cosas con la mayor sinceridad cuando intenta explicarse a sí mismo. Eso le ocurrió a Gianni Brera (1919-1992), el mejor cronista deportivo italiano de su generación. En 1972 Brera decidió escribir un breve manual "de intención didáctica, destinado a los chicos que quieren emprender la carrera futbolística". Lo tituló *Il mestiere del calciatore* ("El oficio del futbolista") y aspiraba a narrar la historia de ese deporte en Italia y aclarar unos cuantos conceptos elementales de técnica y táctica. Acabó demostrando que el fútbol italiano era como era (defensivo, sufrido, oportunista) porque no podía ser de otra forma, dado que el país había permanecido durante siglos en manos de potencias extranjeras y eso había inculcado en los nativos un determinado carácter y una determinada manera de hacer las cosas en el fútbol y en la vida.

Volvamos al polígrafo Vázquez Montalbán. Después de 1977, caída la dictadura y en camino hacia la democracia, Vázquez Montalbán y Javier Marías, que habría de convertirse en el escritor español más prestigioso de su tiempo, formaron un curioso dúo en las páginas de *El País*. Antes de cada "clásico", como se conoce al partido que enfrenta al Real Ma-



Fanáticos argentinos celebran el pase a semifinales de Argentina durante el Mundial de Brasil 2014. Fotografía de ©Mario Domínguez. Cortesía del artista

drid y al Barcelona (o viceversa), firmaban sendos artículos futbolísticos de altísima calidad literaria.

A los escritores aficionados a este deporte ya no les producía ningún reparo confesar sus pasiones. Escribían sobre el fútbol, pero su atención estaba puesta en el club al que eran fieles. Fue el caso, un poco más tarde, del ensayista y periodista italiano Beppe Severgnini, autor de varios libros deliciosamente autoirónicos sobre el Inter de Milán. El propio Javier Marías dio una explicación: "El fútbol es la recuperación semanal de la infancia", es decir, de la raíz de todas las literaturas.

Acaso quien hurgó más hondo en las vísceras del fenómeno futbolístico como locura y recuperación de la infancia fue el argentino Roberto Fontanarrosa, autor de un cuento fundamental, "19 de diciembre de 1971", también conocido como "El viejo Casale", incluido en su

libro *Nada del otro mundo y otros cuentos* (1988). Con el lenguaje de la grada, la furia del fanático (en su caso, de Rosario Central) y la brutal inocencia de un niño, Fontanarrosa creó una obra cumbre, desprovista en apariencia de cualquier ropaje intelectual, pero con una técnica literaria exquisita. Su cuento ha contribuido a que, más de cincuenta años después, cada 19 de diciembre cientos de aficionados, mayormente de Central, aunque también de fes distintas, celebren en todo el mundo el gol que Aldo Pedro Poy marcó en esa fecha a los rivales de Newell's.¹

En 1993, un gran escritor británico, Nick Hornby, publicó un ensayo autobiográfico (en realidad, una novela) sobre su devoción por el Arsenal londinense. Lo tituló *Fiebre en las gra-*

¹ A este equipo también se le conoce como los "Ñulsolboys". [N. de los E.]

das y es tan salvaje y divertido como el cuento de Fontanarrosa. Se trata de uno de los libros más populares y vendidos de Hornby, quien, sin embargo, prefiere no hablar demasiado sobre él. No porque reniegue de *Fiebre en las gradas*, sino porque cuando uno relata sin límites su locura personal con el fútbol, acaba revelando cosas que habría preferido mantener en la intimidad.

Osvaldo Soriano, otro argentino fanático del fútbol (San Lorenzo de Almagro) y con un oído exquisito para el lenguaje popular, dejó a su vez en la memoria colectiva la fascinante Copa del Mundo de 1942. Que nunca existió, por supuesto. El torneo que, según Soriano, se celebró en

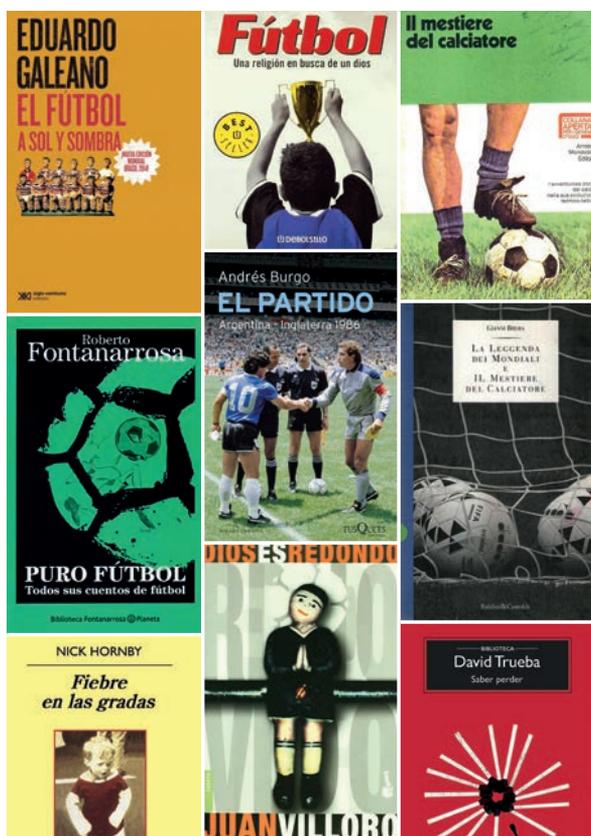
la Patagonia en plena guerra mundial (el asunto se narra en el cuento "El hijo de Butch Cassidy", una de las piezas del libro *Memorias del Mister Peregrino Fernández y otros relatos de fútbol*, publicado en 1998) ha sido objeto de artículos y documentales que aportan nuevos datos y supuestas evidencias: la fábula resulta demasiado hermosa como para no seguir con ella.

El mexicano Juan Villoro, un grande de las letras, es una firma recurrente cuando se trata de fútbol. Ahí están las recopilaciones de artículos y crónicas, como *Dios es redondo*, de 2006 (de nuevo nos adentramos en terreno religioso) y *Balón dividido* (2014), o las cartas cruzadas con su amigo Martín Caparrós (*Ida y vuelta: una correspondencia sobre fútbol*, de 2014).

Hasta ahora hemos visto que la aproximación literaria al fútbol tiende a plasmarse en crónicas, artículos, cuentos y, en general, en piezas breves. El propio Villoro ofrece una explicación:

El fútbol no necesita tramas paralelas y deja poco espacio a la inventiva del autor. Esta es una de las razones por las que hay mejores cuentos que novelas de fútbol. Como el balompié llega ya narrado, sus misterios inéditos suelen ser breves. El novelista que no se conforma con ser un espejo, prefiere mirar en otras direcciones. En cambio, el cronista (interesado en volver a contar lo ya sucedido) encuentra ahí inagotable estímulo.

Villoro, como de costumbre, tiene razón. Este deporte funciona bien como ingrediente en algunas novelas (el personaje del joven futbolista en *Saber perder* [2014], de David Trueba, o el homicidio de un jugador estelar en *El delantero centro fue asesinado al atardecer* [1988], de Manuel Vázquez Montalbán, constituyen



Portadas de libros sobre fútbol

El genio autodestructivo, el héroe frágil, el ídolo conmovedor son quienes atraen al escritor.

dos entre muchos ejemplos), pero hay algo insatisfactorio cuando el fútbol y su entorno conforman el centro de la acción. Inspirándose en un viejo clásico del suspense, *El misterio del estadio del Arsenal* (1939), el escocés Philip Kerr, uno de los grandes de la novela negra, quiso mezclar fútbol y thriller en una serie basada en un técnico de la Premier League, Scott Manson. Fueron tres novelas de talla menor.

Podríamos, sin embargo, matizar algunos detalles de la explicación de Villoro. El fútbol narrado, el que se escuchaba por radio antes de que la televisión se convirtiera en un electrodoméstico común, dejaba innumerables misterios, no breves, sino eternos: los que se abrían en la imaginación del oyente. Pocos vieron jugar al brasileño Manuel Francisco dos Santos, más conocido como Mané Garrincha, pero muchos oyeron de él o leyeron lo que contaba la prensa. Las historias y leyendas sobre el imparable extremo cojo, con una pierna más corta que otra, componen por sí mismas un subgénero híbrido entre la ficción y la memoria colectiva.

Y qué decir de Tomás Carlovich, "Trinche", la divinidad más misteriosa del fútbol. Rosarino, perezoso, incapaz de ver el juego como una profesión, a la vez simple y reflexivo, fue siempre "el genio secreto", el que no quiso alinearse en ningún equipo grande porque prefería quedarse en la cama, ir a pescar o juntar a unos cuantos amigos y deslizarse entre ellos con el balón en algún potrero local. Todos los gigantes le rindieron pleitesía, más por fe que por evidencia. Maradona le regaló una camiseta con esta inscripción: "Trinche, vos fuiste mejor que yo". Carlovich fue asesinado en 2020, a los 74 años, por un muchacho que quería robarle la bicicleta. Ahí culminó su leyenda. Porque la literatura futbolística siempre se

ha decantado por los héroes trágicos. Hay poco material interesante (desde el punto de vista artístico) sobre jugadores tan eximios como Pelé, Di Stéfano, Cruyff, Beckenbauer o Messi: carecen de tragedia. El genio autodestructivo, el héroe frágil, el ídolo conmovedor son quienes atraen al escritor. Best, Garrincha, Gascoigne, Sócrates. Y, evidentemente, el ser supremo en cuanto se refiere al fútbol y a la literatura: Diego Armando Maradona.

Volvamos a Juan Villoro. En efecto, es el cronista quien se interesa en volver a contar lo sucedido. Ciertos acontecimientos no solo han sucedido, sino que han sido vistos una y otra vez por la mayoría de la población planetaria. Como el Argentina-Inglaterra de 1986, quizá el partido de fútbol más célebre de todos los tiempos porque contenía una cantidad colosal de materiales literarios: la inquina entre los equipos por la guerra de las Malvinas, el escenario de un campeonato mundial y la presencia del mejor entre los mejores, Maradona, que hizo lo peor (un gol con la mano, "la mano de Dios", claro) y lo mejor (ese gol irreplicable en el que burla a todo el equipo contrario).

Cualquier aficionado se sabe de memoria aquel encuentro. Pues bien, el periodista argentino Andrés Burgo escribió, treinta años después, una minuciosa crónica de casi trescientas páginas sobre el partido titulada, cómo no, *El partido* (2016). La obra de Burgo figura entre las mejores novelas (ahora que la novela fluye sin reparos entre la ficción y la realidad) sobre el fútbol y lo que significa. Me atrevería a decir que *El partido* es aún mejor que el partido. Porque contiene todo lo que ocurrió, lo que se vio y lo que no se vio, con el añadido de la imaginación del lector. Y eso es literatura. **U**



FRAGMENTOS DE TRISTEZA FUTBOLÍSTICA

Alejandro Zambra

VI

Durante casi dos años fingí que no me gustaba el fútbol. Mi única excusa, legítima pero pobre, es la juventud. Tampoco el amor funciona como atenuante —todo empezó en pleno cortejo, la cosa iba bien, Anastasia y yo llevábamos horas de un paseo sin rumbo, que en realidad era un mero rodeo dilatorio, porque ambos sabíamos que la jornada terminaría en los ansiados primeros besos y manoseos en la semioscuridad de alguna plaza tranquila, ya sin niños metiches ni esos jubilados que recurrían al truco barato de alimentar a las palomas para dar rienda suelta a su desvergonzado voyeurismo.

—¿A ti no te gusta el fútbol, cierto?

Eso me preguntó Anastasia. Había una especie de ruego implícito en su voz, o eso creí advertir.

—Por supuesto que no.

Mentí por instinto, pero tal vez también por costumbre. Anastasia, en cambio, no mentía nunca. Era demasiado, tal vez innecesariamente honesta, eso lo supe con certeza después pero empecé a saberlo esa misma noche, cuando me habló de su novio anterior, un tipo sensacional, eran almas gemelas, los dos conocían de memoria todas las canciones de The Cure, incluso las que no les gustaban, porque en realidad todas les gustaban; unas más que otras, pero todas les parecían hermosas. Y se sabían también de memoria extensos pasajes de *Sobre héroes y tumbas*, la novela de Ernesto Sabato, hasta habían ido juntos a Buenos Aires a experimentar, a recrear, a recuperar, a vivir esa novela. Pero Anastasia

nunca había podido acostumbrarse al interés a su juicio desmedido de ese novio suyo por el fútbol. Al principio le había parecido que esta pasión exagerada era un defecto menor, reversible, pero a poco andar había quedado claro que su novio era un caso perdido: desaparecía casi todos los fines de semana e insistía en adoctrinar a Anastasia y en usar esas metáforas futbolísticas que a ella le parecían tan irritantes (“Ahora la pelota está de tu lado de la cancha”, decía, por ejemplo, cada vez que había que tomar alguna decisión). La pasión futbolística de su novio no fue el motivo oficial ni principal para terminar esa relación, pero sí había influido.

—Uf, a mí, personalmente, el fútbol siempre me ha parecido algo muy estúpido —le dije, con persuasivo cinismo—. ¡Si son nueve imbéciles corriendo detrás de una pelota!

—¿No que eran once? ¿Once por lado, o sea veintidós?

—La verdad, no tengo idea —seguí, inspirado—, soy muy inculto en fútbol, nunca he visto una función de fútbol.

—Un partido.

—Eso, un partido.

Me miró como si yo acabara de decir una cosa genial. Y enseguida se lanzó en una larga y extraordinaria perorata en contra del fútbol. Sus palabras me dolían, en parte porque, empantanado en el personaje que acababa yo de crear, no podía contradecirla. Me llegaba a doler el cuello de tanto asentir. Traté de abstraerme mirando su pelo recién teñido de un color intermedio entre el rojo y el naranja, o sus dientes casi irrealmente blancos y pequeños, por lo demás muy curiosos, porque estaban como distribuidos en grupos de a dos, con



Niños en una vecindad del barrio de La Boca, Buenos Aires, 2011. Fotografía de ©Mario Domínguez. Cortesía del artista

Tuve que inventar una excusa tras otra para ver los partidos fondeado en algún bar o hundido en el sillón helado de la casa de mis padres.

hendiduras bien visibles entre grupo y grupo, como si se los hubiera quitado y vuelto a poner de puro aburrida.

Anastasia hablaba de machismo, de nacionalismo, de barbarie, y sus argumentos me parecían asertivos (en ese tiempo yo pensaba, como tantos doctores y postdoctores siguen creyendo, que la palabra *asertivo* significaba lo mismo que *acertado* o *certero*). Su posición resumía lo que buena parte de mis profesores y compañeros pensaban acerca del fútbol, en especial desde que la violencia en los estadios se había convertido en materia de debate nacional. Yo mismo, después de haber sido escupido por un barrista del equipo rival y cogoteado por otro del equipo propio, había dejado de ir al estadio.

Tal vez por entonces también latía en mí un impulso antifutbolístico ligado a mi arribismo y al deseo de pertenecer a esa comunidad de intelectuales escépticos, críticos y chamullentos que despreciaban el fútbol. (Me pasaba un poco lo que me había pasado con la música durante toda la adolescencia: como no eran tiempos propicios para el ahora tan valorado eclecticismo, había sido hippie y luego trasher, new wave, punk y luego de nuevo hippie, con los consecuentes cambios de atuendos, amigos y hasta de costumbres).

VII

Pronto conseguimos, con Anastasia, perdernos en el bosque comentando *La doble vida de Verónica* y la trilogía de los tres colores de Krzysztof Kieslowski, y construimos también, con la velocidad urgente del amor intenso, una banda sonora que igual consideraba algunas —no to-

das— canciones de The Cure y un horizonte abundante de coincidencias literarias que solamente excluía, por razones obvias, *Sobre héroes y tumbas* (me parece que llegué a convenirla de que *Abaddón el exterminador* era mejor que *Sobre héroes y tumbas*, aunque nunca estuve seguro de que lo fuera, en realidad hasta el día de hoy no sabría decir si me gusta algún libro de Ernesto Sabato, salvo *El túnel*, que es el menos bueno pero, a la altura de los doce años, a todos nos volvió locos y posee por lo tanto el estatuto incuestionable de clásico privado).

No quiero caricaturizar mi relación con Anastasia. Bueno, no tanto, porque a veces caricaturizar es inevitable y hasta aconsejable, pues nos permite perdonar a esas otras personas que fuimos, aunque en realidad quienes deberíamos ser perdonados somos los grandotes insensibles de ahora, capaces de minimizar lo que —esto lo sabemos, pero fingimos ignorarlo— fue enorme y serio y genial. Hablamos del pasado y nos reímos de nosotros mismos como si nunca en el futuro fuéramos a reírnos de quienes somos ahora. Bueno, tampoco quiero latear: iba a decir que, con Anastasia, muy rápidamente construimos una relación de compañerismo absoluto y de vertiginosa confianza que, sin embargo, nunca me llevó a sincerar mi romance paralelo con el fútbol.

VIII

Un aspecto no suficientemente estudiado de la tristeza futbolística es su compatibilidad y complementariedad con otras formas de tristeza, como prueban esas tardes en que Anastasia y yo nos echábamos en la alfombra del living, en religioso silencio, a escuchar a Sarah Vaughan o a Henryk Górecki, ella concentrada en sus propios pesares y yo lamentando una y otra vez alguna oportunidad de gol tristemen-



Beto, capitán de puerto en Tlacotalpan y entrenador de fútbol, toma un descanso, 2016.
Fotografía de ©Mario Domínguez. Cortesía del artista

te desperdiciada por Ivo Basay o por Fernando Vergara o por el Tunga González.

IX

Cuando por fin la selección chilena volvió al concierto internacional para disputar las clasificatorias —que en ese tiempo, tal vez para inducir en nosotros un razonable pesimismo, se llamaban eliminatorias— al Mundial de Francia de 1998, Anastasia y yo prácticamente vivíamos juntos, así que tuve que inventar una excusa tras otra para ver los partidos fondeado en algún bar o hundido en el sillón helado de la casa de mis padres. Pero a veces simplemente no conseguía escaparme y me costaba batallar contra la amargura de pasear por el Parque Intercomunal semivacío o de ver alguna extraordinaria película de Fellini a la hora exacta en que el país entero apoyaba a la Roja de todos.

Mi peor recuerdo, en este sentido, puedo situarlo, con precisión, la tarde del 16 de no-

viembre de 1997: setenta mil fervorosas almas repletaban el Estado Nacional ilusionadas con la probable clasificación de Chile al Mundial de Francia mientras Anastasia y yo, a unas pocas cuadras, protegidos por la semioscuridad de las persianas cerradas, tratábamos de coger.

—¿Qué pasará allá afuera? —pregunté, *in media res*, mientras la multitud explotaba de alegría celebrando el uno a cero.

—Parece que hay un partido —me dijo Anastasia—. De Chile, de la selección, la Roja.

—Debe haber sido un gol de Julián Zamorano —dije yo.

—Iván Zamorano —me corrigió Anastasia.

—Ese, sí, Iván Zamorano.

Mi ardid era doble, pues yo sabía perfectamente que Zamorano estaba lesionado. Mientras los jugadores chilenos se jugaban la vida en la cancha, nosotros escuchábamos *Ok Computer* en mi equipito auto reverse. A veces, cuando vuelvo a escucharlo, me sorprende in-



Pareja aficionada de los Gallos Blancos, Estadio Corregidora, Querétaro, 2013. Fotografía de ©Mario Domínguez. Cortesía del artista

tentando inútilmente recordar qué canciones de ese disco de Radiohead sonaban en mi pieza cuando el Chamuca Barrera se lanzó en ese carrerón milagroso que culminó con una definición exquisita y cuando, unos pocos minutos más tarde, el Matador Salas, con su habitual efectividad, comenzó a consolidar la victoria, y cuando hacia el final del partido el cabezazo ganador del Candonga Carreño terminó de asegurar nuestra presencia en el Mundial de Francia 1998.

X

Un concepto futbolístico novedoso recientemente introducido por mi hijo es el de *autofoul*, que acuñó espontáneamente una tarde en que, al tratar de pegarle a la pelota, se cayó solo. Justo eso fue mi relación entera con Anastasia: el lamentable y prolongado resultado de un absurdo *autofoul*.

Termino de contar esa historia rapidito:

Una mañana, mientras estaba en la ducha, Anastasia revisó mi ropa y encontró mi camiseta de Colo-Colo. Debí más bien enojarme y preguntarle por qué trajinaba mis cosas, pero me sentí delatado. Le expliqué que mi padre me la había regalado para un cumpleaños y que a pesar de mi difícil relación con él, esa camiseta tenía un valor sentimental. Ella recordó la camiseta de la Católica que le había regalado su exnovio y lo echamos a la broma. Debí entender ese incidente como una advertencia o como un presagio de lo que vendría.

—Tú sabes bien por qué —me dijo Anastasia, unas pocas semanas después, cuando terminó conmigo.

He notado que ahora en lugar de decir “terminó conmigo” se dice “me terminó”, y me encanta esta nueva fórmula, porque eso sentí entonces: que ella me terminaba, me liquidaba, me aniquilaba. Que me sacaba las pilas, que me desenchufaba y me cortaba el cable y

me guardaba en una caja en el entretecho para siempre. Luego supe, gracias a la indiscreción de los amigos en común, que mis continuas ausencias y excusas la habían hecho concluir que yo tenía una amante o varias amantes. Yo nunca le había sido infiel, pero me costaba argumentar, porque de hecho llevaba una doble vida. Lo pasé muy mal, la verdad, sobre todo cuando me enteré, gracias a los mismos amigos copuchentos, que apenas dos semanas después Anastasia tenía un nuevo novio. Insistí durante meses para que nos juntáramos, quería al menos aclarar las cosas. Me costó conseguir que aceptara verme.

—Mi novio está arriba, en mi pieza —me dijo la mañana en que volvimos a vernos, para humillarme.

—Yo solamente quiero que sepas la verdad —le dije, y quizás alcancé a imaginar un redoble de tambores antes de soltar las frases siguientes, que deben haber sonado perfectamente idiotas—. Lo que pasa es que me gusta el fútbol. Me gusta mucho el fútbol. Siempre me ha gustado. A veces incluso sueño que meto goles en estadios repletos de gente. Goles extraordinarios. Esa es toda la verdad.

Ella me miró estupefacta, con el desprecio congelado en la cara. Yo seguí hablando de cuánto me gustaba el fútbol y le aseguré que todas esas veces en que ella había creído que la engañaba estaba yo viendo algún partido, con mis amigos, o con mi padre.

—¿Con tu padre? ¿No que no hablabas con él hace años?

—Eso te dije, para distraerte. Es verdad que no hablamos mucho. Vemos los partidos, los comentamos, y ya.

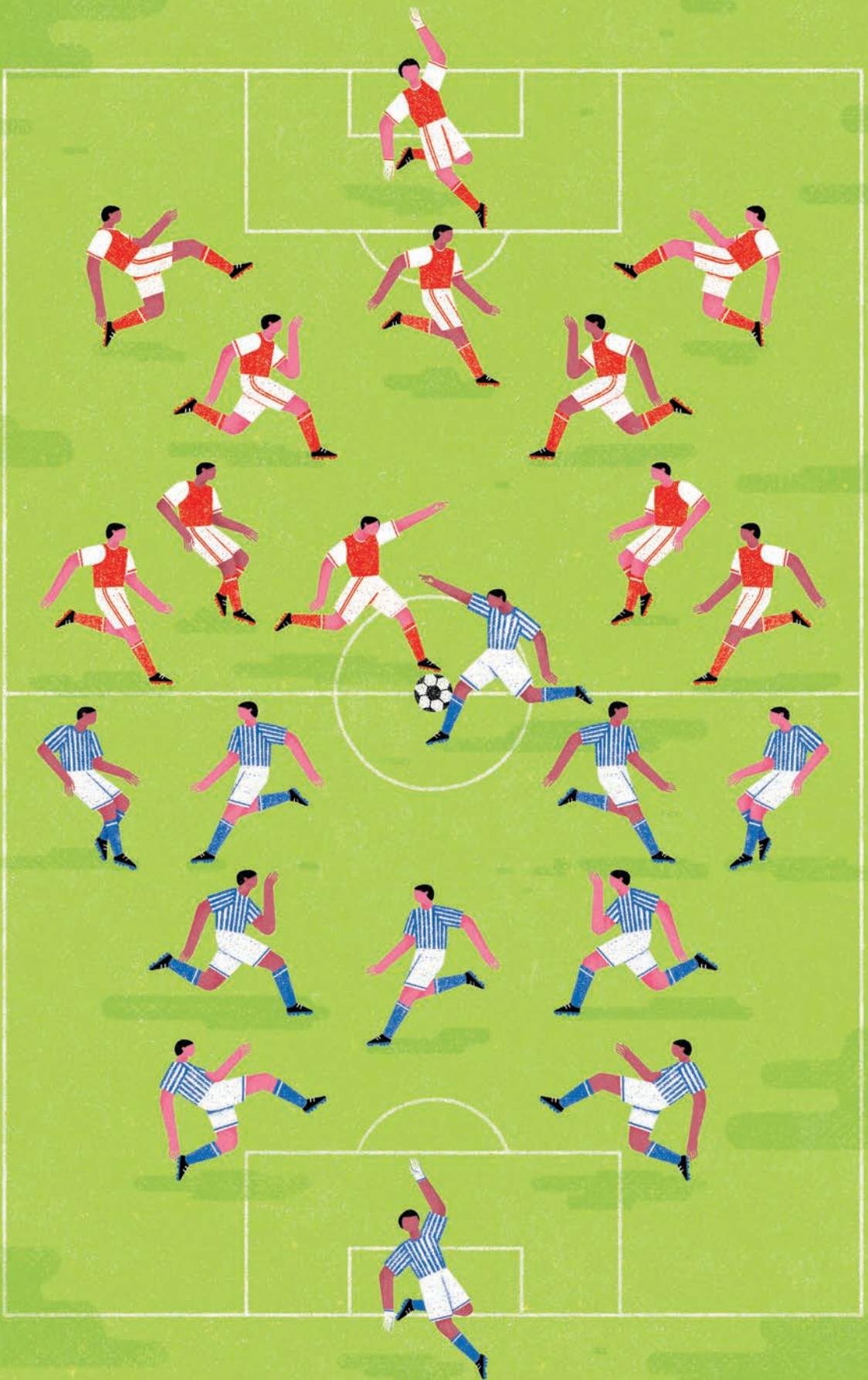
—Es la excusa más estúpida que podrías haber inventado.

—Es que...

En ese momento el novio apareció en el living, para marcar el final de la visita. Volví a verlo muchas veces, casi todas las semanas me lo encontraba en el puestito de tomates podridos y lechugas rancias donde ambos comprábamos marihuana. Lo saludaba, claro, yo siempre saludo, y él también a mí, alzaba las cejas con una especie de desgano alegre. Después supe que era hincha de la U, pero cada día se vestía con la camiseta de un equipo de fútbol diferente: Real Madrid, AC Milan, Inter de Porto Alegre, San Lorenzo de Almagro. Era uno de esos hinchas globales que por entonces comenzaron a aparecer y que hoy es habitual encontrarse en botillerías, festivales de música y tiendas de vinilo. Tengo que reconocer que con todas las camisetas se veía bien.

Aprendí la lección, claro, o quizás mi estupidez fue cambiando de forma con los años. Luego tuve la suerte de que el fútbol dejara de ser, para mí, una instancia asociada a lo masculino. No lo merecía, pero el destino me premió con dos amigas futboleras y alboadictas, gracias a las cuales comprendí que la tristeza futbolística no era, en lo absoluto, privativa de los hombres. Con ellas volví a ir al estadio, primero en los extraordinarios años del Colo-Colo tetracampeón de Claudio Borghi y luego en el Chile agrandado de Bielsa y los muchachos.

Después empecé a irme de Chile y aunque el fútbol nunca pasó a segundo plano, se convirtió en una experiencia casi exclusivamente televisiva y solitaria. Adopté, incluso, la costumbre de ver los partidos haciendo bicicleta estática, como jugando una especie de Wii, a veces todavía lo hago: si el Pibe Solari tiene que acelerar hasta ganar línea de fondo, yo pedaleo más rápido, y si es el momento de que el Colorado Gil o Vicente Pizarro enfríen el partido, desacelero. **U**





DE LA PIZARRA AL CÉSPED

Tlatoani Carrera

Hace unos meses, en uno de esos fugaces intercambios que solo pueden darse en las conferencias de prensa, un periodista inglés le preguntó con desfachatez al director técnico en del Manchester City:

—¿Crees que sea una crítica injusta que se diga que piensas demasiado? [Acerca del juego].

—Siempre pienso demasiado.

—¿Y crees que eso es justo? [Tal vez el entrevistador quiso decir *conveniente*].

—Absolutamente. Por eso he tenido muy buenos resultados en la Champions League. Mi trabajo sería muy aburrido si jugara igual contra todos mis oponentes. Por eso me encanta pensar demasiado y crear tácticas estúpidas cada vez.

El sarcasmo en la parte final de la respuesta no fue solo humor inglés, sino una de las marcas de identidad de Pep Guardiola, una de las mentes más luminosas que ha tenido el fútbol mundial.

En la actualidad suena extraño que un periodista se cuestione sobre la posibilidad de que un entrenador piense demasiado. Y más si se trata de Guardiola.

Hace poco más de una década, el también exjugador catalán coronó al Barcelona de títulos y ensayó con él una reinterpretación estética del

◀ Ilustración de Maricarmen Zapatero, 2022

futbol. Cuando se fue de España al Bayern de Múnich, Pep llegó a utilizar hasta veintitrés formaciones tácticas, esas combinaciones de secuencias numéricas que son similares a los números de placas en los automóviles (4-3-3; 4-2-3-1; 5-3-2...), pero que para los entendidos del futbol marcan el acomodo de los jugadores en el campo.

Estaba formado por el portero, dos defensas, tres mediocampistas y cinco delanteros.

Como en cualquier diseño arquitectónico, ese esquema de base tan angosta no tenía ciemientos. Era un futbol con marcadores abultados y lleno de emociones para la tribuna. En 1925 la International Football Association Board cambió la regla del fuera de lugar para

Con las copas en las vitrinas del club, el Arsenal de Chapman empezó a ser calificado con adjetivos que inspiraban modernidad.

Entonces, ¿por qué insinuar que es malo pensar demasiado, si el llamado “juego más simple” ha evolucionado hasta llegar a un alto grado de complejidad dentro y fuera de la cancha?

¿Cómo evolucionó el futbol hasta la especialización que presume en la actualidad, donde se desmenuzan los planteamientos tácticos casi con el mismo rigor que las fórmulas de la energía nuclear?

El origen del pensamiento futbolístico puede ubicarse hace casi cien años. Fue en 1925 cuando verdaderamente surgió la figura del director técnico. Solo entonces empezó a ordenarse el caos.

A principios del siglo pasado los jugadores organizaban el juego. De acuerdo con David Goldblatt, el historiador más completo que ha tenido el futbol, los entrenadores eran ornamentos que se paraban a un lado del campo y daban un poco de acondicionamiento físico, servicios médicos y, en ocasiones, incluso se hacían cargo de la lavandería.

Hasta entonces, las formaciones en el campo se distribuían en un ofensivo y desequilibrado 2-3-5. El dibujo, visto de abajo hacia arriba, ha recibido el nombre de *pirámide invertida*.

impedir que hubiera muchos delanteros cerca de la portería contraria. Con ese revolucionario movimiento, alguien tenía que detener el balón para pensar con más rigor el acomodo del juego.

Herbert Chapman nació en un pueblo cercano a Sheffield y, de no ser por el futbol, muy probablemente hubiera sido minero como su padre. En su juventud pateó el balón con esmero pero, aunque anotó varios goles, la verdadera misión de su existencia no estaba destinada a usar pantalones cortos en la cancha.

En 1925, después de transitar como entrenador en algunos equipos de divisiones inferiores, llegó al centro de Londres para dirigir al Arsenal. Ahí, en sentido estricto, se convirtió en el primer director técnico de la historia. Por primera vez alguien tuvo control absoluto sobre las contrataciones, la selección del equipo, las especificaciones del juego y la táctica. Si alguien no hacía caso a sus directrices, quedaba fuera del equipo. Desarrolló una alta especialización en las funciones; sus entrenamientos incluían repeticiones sistemáticas de secuencias y asignaciones.

Y tenía muchas otras ideas. Chapman propuso poner números diferenciados en la espalda de los jugadores y empezó a usar el pizarrón, desde donde revolucionó el dibujo del juego. Su primera formación táctica fue la llamada WM, que situaba a un defensa más cerca del portero. La llamada *pirámide invertida* empezaba a cambiar. Así, quedaba algo parecido a un 3-2-2-3, que fue inicialmente lapidado por el público y la prensa británica porque había vuelto el juego más defensivo y “menos espectacular”. Pocos entendían entonces que la mejor palabra para definirlo era “equilibrio”, y que el verdadero secreto no estaba en el ataque, sino en el contraataque. Llegaron los títulos y, como se sabe, el éxito siempre se imita.

Con las copas en las vitrinas del club, el Arsenal de Chapman empezó a ser calificado con adjetivos que inspiraban modernidad: “es un equipo del siglo XX, terso, emocionante, espectacular, económico y devastador”.

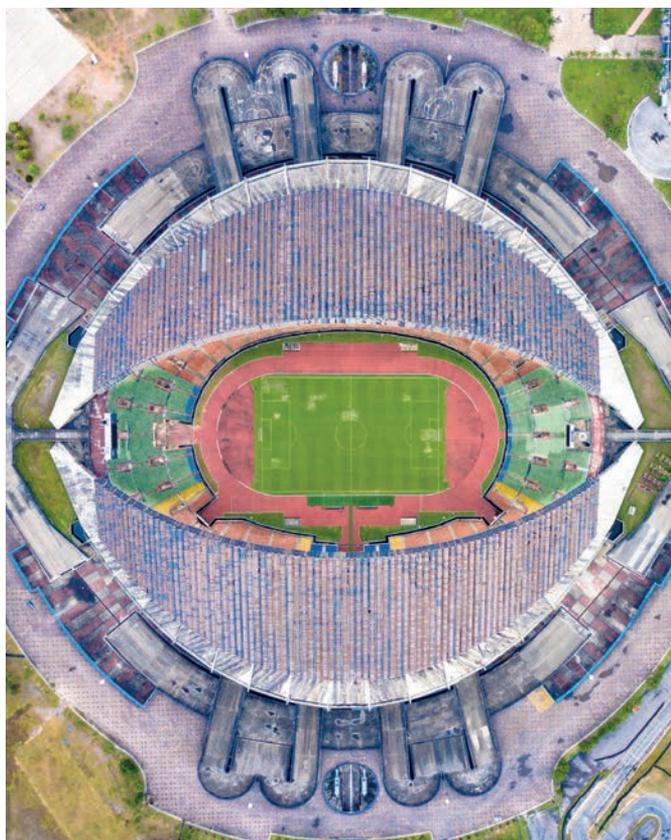
Según recupera Jonathan Wilson en su referencial libro de táctica *Inverting the Pyramid*, Chapman solía decir: “Hace treinta años los hombres salían con la licencia para desplegar su arte y sus habilidades. Hoy tienen que contribuir con un sistema”. El mismo Wilson asegura que con Chapman empezó el proceso para invertir el dibujo de la pirámide en los planteamientos tácticos.

Una neumonía fulminante impidió que Chapman dimensionara el verdadero impacto de su innovación. Poco tiempo después de su muerte, el Arsenal ganó su tercer título y el precursor de la dirección técnica ya era una referencia inevitable.

Así, con el esquema táctico de la WM transcurrieron las décadas de los treinta y los cuarenta. Muchas de sus primeras semillas nacieron en las cenizas del Imperio Austrohúngaro,

donde el balón sonaba con el cadencioso ritmo de un buen vals. Mientras tanto, España adaptaba a los modelos el músculo y la fuerza física, por lo que el mundo empezó a conocerla como la Furia.

La selección más exitosa fue Italia, que, asfixiada por el fascismo, ganó las Copas del Mundo de 1934 y 1938 bajo la batuta de Vittorio Pozzo. Atleta en sus inicios deportivos, Pozzo incentivaba la corporalidad y el espíritu nacionalista, pero también era muy ordenado con lo que llamaba *el sistema*. Pozzo hizo sus adaptaciones a la WM. Su 2-3-2-3 quedaba dibujado en el pizarrón como una WW. Desde entonces, los



Estadio Shah Alam, 2020. Fotografía de Lloyd Alozie. Unsplash ©

italianos ya ideaban cómo destruir el juego del contrario.

Al mismo tiempo, Sudamérica desarrollaba un estilo de juego más vistoso, en el que la técnica individual, la gambeta y el adorno eran premiados por el público. Con malicia individual y con orden en el campo ganó Uruguay su segundo Mundial en 1950, el día en que los dioses abandonaron a Brasil en el Maracanã. Pero ese dolor es digno de otra historia.

La WM de Chapman se mantuvo mucho tiempo en boga y en 1954 la Alemania de Sepp Herberger venció a la poderosa Hungría en lo que se recuerda como “El milagro de Berna”. Herberger era un técnico perfeccionista, que estudiaba con detenimiento el campo de juego. Pero su frase histórica le restaba importancia a la táctica: “El balón es redondo. El juego dura 90 minutos. Eso es un hecho. Todo lo demás es teoría”.

Mientras el balón redondo de Herberger rodaba, las series numéricas de las alineaciones mutaban. Brasil ganó las Copas del Mundo de 1958 y 1962 con un sistema que cambió con el tiempo: del 4-2-4 al 4-3-3.

En 1966 Inglaterra ganó su único título con un esquema que marcaba 4-1-3-2.

Las piezas del tablero se movían, aunque fuera muy poco.

Entonces todo empezó a cambiar radicalmente, con dos sistemas que tenían fundamentos completamente diferentes para buscar el triunfo.

A Helenio Herrera le llamaban *Il Mago* por su gran capacidad para ganar partidos. Fue un genio de la defensa que perfeccionó el *catenaccio*, un sistema inicialmente atribuido al suizo Karl Rappan. Traducido del italiano, el



Sin título, 2015. Fotografía de Abigail Keenan. *Unsplash* ©

término significa *cerrojo* y consiste en que un jugador, llamado *líbero*, debe permanecer detrás de la línea defensiva con la misión de destruir cualquier jugada que esté cerca del portero.

Herrera, que manejaba el vestidor con un lema de la mafia italiana: “Un equipo, una familia”, dirigió al Barcelona, la Roma, el Sevilla y las selecciones de Italia, Francia y España, pero sus máximos éxitos se dieron cuando dirigió al Inter de Milán. Con su candado ganó dos Copas de Europa y tres campeonatos de Liga. Helenio siempre decía que “el *catenaccio* era muy criticado porque era mal utilizado”.

¿Quién no ha visto esos partidos en los que un equipo pragmático manda hacia atrás a gran parte de sus jugadores y no deja pasar a nadie? El sistema ha prevalecido por décadas y contempla muchos títulos en las vitrinas.

Mientras el mundo bostezaba con ese estilo futbolístico que ha trascendido el tiempo, Brasil le devolvía la sonrisa. En el Mundial de México 70 o *Rey Pelé* y los diez de su corte enamoraron con un estilo fluido y de alta estética.



En la nomenclatura actual, el dibujo táctico de Mário Zagallo pudo ser descrito como un 4-2-3-1, pero entonces no significaba nada. Fue una de las últimas pinceladas del verdadero *jogo bonito*.

Cuando la *verdeamarela* venció a Italia en la final, el *Jornal do Brasil* extendió una metáfora que dejaba ver el orgullo que sentían los brasileños por esa selección: "La victoria de Brasil con la pelota se compara con la conquista estadounidense de la Luna". La *canarinha* del 70 fue una de las máximas interpretaciones colectivas con el balón. Una vez más el fútbol se había pintado de amarillo, pero muy pronto sería de color naranja.

Antes de ir a tocar la puerta del Ajax de Ámsterdam con la loca idea de convertirlo en un club de nivel mundial, Rinus Michels atendía a niños sordos en las instalaciones de un gimnasio. Cuando fue nombrado director técnico, el destino lo unió con Johan Cruyff, un jugador de

nariz puntiaguda y cabellera estilo *beatle* que tenía mucho talento para el fútbol y poco respeto por las reglas establecidas.

Ambos congeniaron a la perfección. Michels cumplía la figura de general y Cruyff la de un coronel con amplio poder de decisión dentro del campo. Entre los dos crearon una revolución; algo que el mundo conoció como el *Fútbol total*. Los libros fechan el nacimiento del estilo en 1966, cuando el Ajax venció 5-1 al Liverpool en una noche de Copa de Europa llena de neblina.

Era un reloj perfecto. Sus fundamentos dictaban un juego rápido a un solo toque y con jugadores que cambiaban de posición para buscar un espacio libre en el cual pudieran recibir el balón. Todos tenían la responsabilidad de pensar como creadores de juego, incluso el portero, que era considerado como el inicio de las jugadas. Los laterales ("*wingers*") tenían la misión de mantener abierto el campo. Cruyff, por supuesto, podía moverse donde quisiera.

Con el Ajax, la dupla revolucionaria ganó la Copa europea tres años consecutivos, entre 1971 y 1973. Con esos éxitos en la cartera, Michels recibió el encargo de dirigir a la selección holandesa que hizo latir el corazón del mundo en Alemania 74.

Más allá de su desordenada y atractiva estética, los holandeses terminaron las primeras dos fases de aquel Mundial con catorce goles a favor y uno en contra. En el camino hacia la final golearon 4-0 a Argentina y ejercieron un dominio contundente contra Brasil.

El mundo estaba enamorado de esa *Naranja Mecánica*. El sistema estuvo muy cerca de llegar a su culminación con el trofeo sobre los hombros, pero dos días antes de la final la prensa alemana publicó en primera plana fotogra-

fías de sus archirrivaes holandeses con un grupo de modelos en una fiesta de alberca. La noche previa a la final, Cruyff invirtió muchas horas en el teléfono para salvar su matrimonio y eso le generó un desgaste emocional determinante para que su equipo cayera 2-1 en el juego por el título. Al menos esa fue la razón histórica para los holandeses. Los alemanes prefieren pensar que fue un éxito más de su maquinaria, encabezada por Franz Beckenbauer.

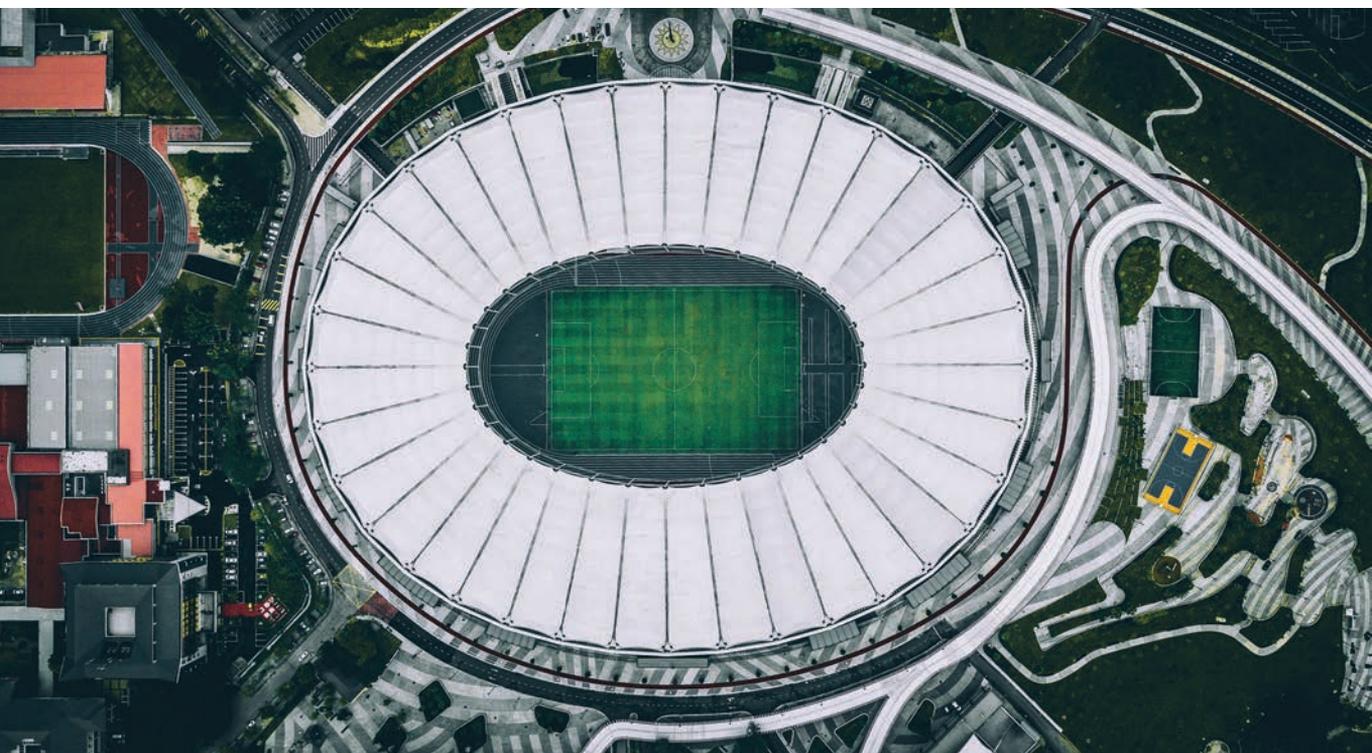
La Naranja Mecánica perdió otra final cuatro años después, en Argentina 78. No llegó a lo más alto, pero quien vio la dinámica de ese equipo nunca pudo olvidarlo.

Cruyff no estuvo en la final de Argentina, pero tenía mucho más talento guardado para expresarlo en otras facetas del juego. Tras re-

tirarse como jugador continuó desde el banquillo la revolución que antes comenzó en la cancha. Fue único en su tipo.

Como director técnico llegó a la cima cuando ganó la Copa de Europa con el Barcelona. Al ser nombrado director técnico, Cruyff diseñó un sistema para que todas las categorías se formaran con el estilo de juego de posesión y ataque que deleitaría al mundo años después. En su libro *Mis jugadores y yo* definió con palabras simples lo complicado de su estrategia:

Lo más difícil en el fútbol es jugar al primer toque, porque en una sola acción tienes que hacer tres cosas distintas. Controlar bien, pasar mejor y saber a quién se la entregas.



Estadio Nacional Bukit Jalil, Kuala Lumpur, 2017. Fotografía de Izuddin Helmi Adnan. *Unsplash* ©

Tal vez sea como ideólogo del juego donde se encuentra su aportación más trascendente. Como lo definió el periodista holandés Simon Kuper en su libro *Soccer Men*: “Es como si Cruyff fuera el foco y Edison al mismo tiempo”.

Bajo el concepto que desplegó se formaron en La Masía (centro de desarrollo del FC Barcelona) jugadores multicampeones como Busquets, Iniesta, Xavi y Messi. También lo hizo Pep Guardiola, quien encabezó esa generación de futbolistas a las órdenes de Cruyff. Como Guardiola dijo en una ocasión: “Cruyff pintó la capilla y la tarea de los siguientes técnicos se reduce a renovarla y mejorarla”.

Cuando en 2008 Pep tomó el equipo muchos dudaban de él. Los desmintió pronto. Con esa idea de juego y con un talento especial para hacer los ajustes, este entrenador llevó al Barcelona a ganar catorce títulos en cuatro años y también a jugar lo que para muchos ha sido el fútbol más estético del siglo.

Martí Perarnau analiza el estilo de juego del barcelonés en *Pep Guardiola. La metamorfosis*, el libro que escribió mientras el catalán estaba en Alemania:

Quiere el balón, quiere dominar los partidos, pausarlos, frenar la velocidad de los rivales, abortar sus contragolpes, imponer la presencia de su equipo sobre el césped a través del pase y el movimiento constante sin abandonar las posiciones, y atacar siempre, en cualquier escenario.

Si Guardiola es una rama del árbol genealógico de Cruyff, el portugués José Mourinho, el gran rival de su época, parece más una derivación directa de Helenio Herrera.

La historia de Mourinho es, antes que nada, un cuento de superación. En 1996 llegó al Barcelona como traductor del técnico inglés Bob-

by Robson. Más allá de interpretar los mensajes que daba el entrenador a los jugadores, Mourinho empezó a hacer reportes para evaluar a los jugadores de los demás equipos.

En 2004 aquel traductor se había vuelto campeón de Europa y su filosofía parecía totalmente opuesta a la del Barcelona. Con el Porto, Mourinho defendía ideas para destruir el juego: “Si tú tienes un Ferrari y yo un auto compacto, para vencerte en una carrera debo ponchar la llanta o echar azúcar en tu tanque”. En palabras quizás más maquiavélicas, quiso decir que el fin justifica los medios.

Para muchos, Mourinho ha puesto demasiada azúcar en el tanque del fútbol. Lo ha descompuesto con sus candados defensivos. Para otros, ha jugado como el villano en el gran escenario, porque la belleza del fútbol sería difícil de apreciar si no existieran los opuestos, muchas veces representados por los cerrojos defensivos.

La evolución es interminable. Hoy se habla del *Gegenpressing*, que traducido del alemán significa *contrapresionar*. El sistema, impulsado por el técnico germano Jürgen Klopp, asfixia la salida de los equipos rivales e intenta recuperar el balón lo antes posible para hacer daño.

Muchos hombres que han aportado al fútbol quedaron fuera de estas líneas: Jimmy Hogan, Carlos Peucelle, Arrigo Sacchi... Marcelo Bielsa.

Hace casi un siglo que se inventó la figura del técnico y desde entonces el pizarrón no ha dejado de moverse. Y seguramente no se detendrá. En medio de la teoría está el balón y el Mundial de Catar 2022, donde millones de cabezas se convierten en técnicos de sus equipos. Tal vez la pregunta salte una vez más. ¿Por qué pensar tanto en el fútbol? **U**



Ángel Zárraga, *Las futbolistas*, 1922. MAM/INBA ©



LAS MUJERES TOMAN LA CANCHA

Marisol Ibarra

El sábado 29 de julio de 2017, en Querétaro, Katty Martínez Abad consiguió lo que anhelaba desde niña. A sus 17 años jugó sus primeros veintiséis minutos en la Liga MX femenil, una competición nacida apenas un día antes y que terminaría por definir el futuro de la joven. La profesionalización del fútbol femenino en México fue un suceso histórico, el punto de partida de miles de historias de superación como la de Katty, sin duda una de las más destacadas.

Siete meses antes, la Federación Mexicana de Fútbol y Enrique Bonilla, en calidad de presidente de la Primera División, establecieron que para el Torneo Apertura 2017 se inauguraría el fútbol femenino profesional en el país, con escuadras idénticas a las del máximo circuito masculino. Es decir, los dieciocho equipos representados en la versión varonil tendrían su contraparte femenina en un torneo propio.

Para entonces, Katty Martínez cursaba el último año de la preparatoria y, como muchos jóvenes de Monterrey, en su mente rondaba la posibilidad de buscar una beca deportiva en Estados Unidos que le permitiera continuar sus estudios allá. Sin embargo, el nacimiento de la Liga, el comienzo de las divisorias en Tigres femenil y el hecho de que ella ya hubiera pasado un proceso para sumarse a la selección mexicana en equipos con límite de edad le hicieron repensar cuál sería su apuesta para el futuro. A inicios de 2018, sin imaginar que en poco tiempo se convertiría en una de las máximas referentes de esta competencia, declaró:

Estaba a punto de entrar a la carrera y planeaba irme a Estados Unidos, como muchos, pero surgió lo de la Liga y no lo pensé dos veces. Quería ser parte de este inicio, de algo histórico para México; creo que varias de nosotras lo empezamos a aprovechar y es una gran oportunidad para todas.

El nacimiento de la rama profesional de fútbol femenino fue un motor de cambio para muchísimas mujeres que, como Katty, apostaron

se imponía en la cancha. En el torneo anterior Tigres había levantado el premio de la Liga, y aunque Katty alternaba, no era titular. Para el segundo semestre de 2018 marcó trece anotaciones y, una vez más, su equipo llegó a la final con ella como responsable del ataque. Tenía solo 20 años.

Poco a poco, Tigres femenino fue convirtiéndose en el equipo de referencia de los torneos y Katty en una de las mejores delanteras de México, por lo que fue considerada para la Se-

Su trayectoria deportiva es uno de esos ejemplos positivos con los que la Primera División femenil creció, maduró, se hizo imponente.

de lleno por seguir sus sueños, aunque pareciera que el futuro inmediato no sería sencillo de librar:

Tomar la determinación de quedarme e intentar probarme en un equipo fue fácil, sabía que tenía que hacerlo, pero todo lo que ha llegado después ha sido muy complejo, desde ganarme un lugar hasta demostrar una y otra vez que merezco esto.

El comienzo no fue sencillo. Con el paso de los partidos, las semanas y los meses, los equipos y sus jugadoras tuvieron que demostrar que merecían atención y apoyo, tanto de sus clubes como de las aficiones.

Después de su primer año en la Primera División, la que había comenzado como una novata en Tigres ya era delantera titular del equipo y sumaba doce goles en dos torneos. La niña que a los 6 años pateaba balones en un equipo mixto de Nuevo León solo por imitar a su hermano y su papá, en el Apertura 2018

lección Sub 20 por su edad y después para el representativo mayor. El equipo regio reunía además a jóvenes que, como ella, buscaban y conseguían proyectarse por su actuación sobre la cancha; sobran nombres: Natalia Villareal, Alison González o Lizbeth Ovalle, todas pilares en esos primeros torneos.

Katty Martínez se ha impuesto como figura del fútbol femenino mexicano con excelentes marcas y estadísticas. En el Torneo Apertura 2020, un certamen algo diferente que se celebró luego de que el covid 19 pusiera una pausa al fútbol a nivel mundial, la delantera anotó en dieciocho ocasiones durante la fase regular y se hizo con el título de goleadora: "La competencia nos hace mejores a todas, en todos los niveles; siento mucha responsabilidad y orgullo de todo lo que he vivido hasta ahora", comentaba una Katty más madura a inicios de 2021.

Su trayectoria deportiva es uno de esos ejemplos positivos con los que la Primera División femenil creció, maduró, se hizo impor-

tante. La futbolista era todo un fenómeno en Monterrey: con el tiempo se volvió la máxima goleadora de Tigres, logrando cuatro títulos y el primer Campeón de Campeones de su equipo. Más tarde, conocida ya como Katty "Killer", se convirtió en un fichaje estrella para el América femenino, club en el que milita desde comienzos de 2022.

Los cambios y mejoras que han dado forma al actual formato de la Liga permiten a las jugadoras no solo recibir premios por sus logros individuales y colectivos, sino también firmar contratos con patrocinadores independientes a los de sus clubes y aspirar a trascender el panorama deportivo nacional. Por ejemplo, Katty hace de imagen femenina de Adidas y no esconde su deseo de brillar en otras latitudes: "Claro, una de mis metas también es jugar en otro país, probarme en Europa, demostrar mi capacidad allá".

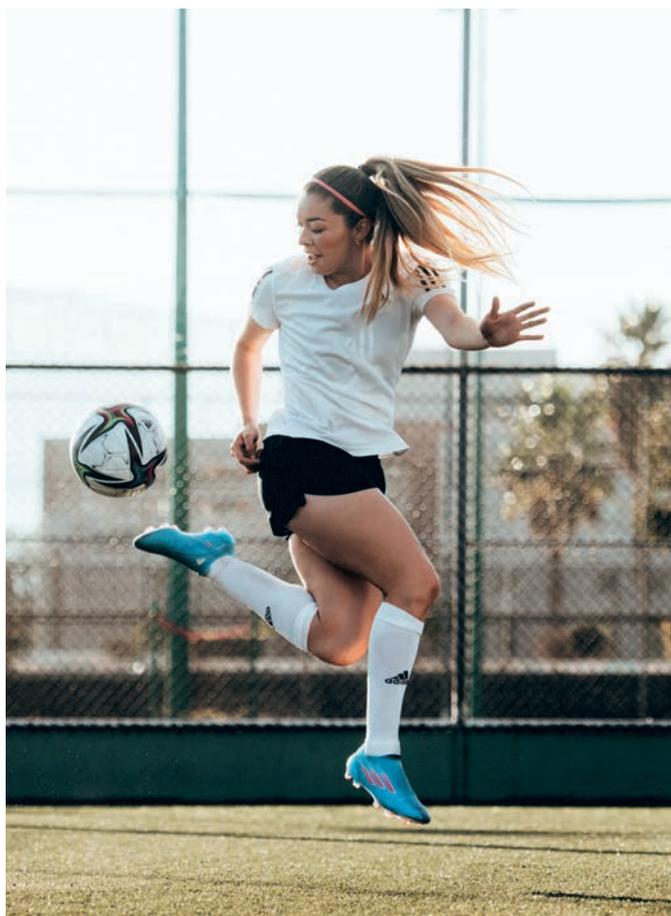
El presente de la Killer está en el América, un equipo que, como Tigres en su momento, espera escribir una historia exitosa. Las Águilas tienen solo un título en esta competición, pero desde hace un año apuestan por reforzarse de forma estelar para contender por más. Sin embargo, a pesar del revuelo mediático y las expectativas que levantó, la llegada de Katty ha sido contrastante de cara a estas aspiraciones de las Águilas: en el primer torneo marcó diez goles pero su equipo no pasó de los cuartos de final, y en el segundo su rendimiento ha sido menor.

Actualmente, la segunda máxima anotadora en la historia del torneo que comenzó en 2017 —sí, Katty Martínez Abad—, a sus 24 años y con 105 goles hasta la jornada quince del Apertura 2022, tiene como reto principal reivindicar su capacidad en la cancha y hacer a un lado las críticas:

Es como todo, ahora nos voltean a ver más, nosotras hemos proyectado todo lo que hemos hecho en la cancha a máximos niveles y así como esto nos ha dado privilegios, tenemos responsabilidades y hay que demostrar lo que somos.

CANTERA PARA LA SELECCIÓN

Cuando inició la Liga MX femenil, hacía poco más de un año que Katty Martínez había sido convocada a la selección mexicana Sub 17; sin embargo, con el correr de la competencia, una de las principales beneficiadas fue la escua-



Katty Martínez Abad para Adidas, 2022.
Tomada de @kattyabad

Cuando inició la Liga MX femenil, uno de sus principales objetivos era formar y desarrollar nuevos y mejores talentos mexicanos.

dra nacional a nivel femenino. En 2018 la delantera participó en el premundial Sub 20 de la Concacaf (Confederación de Norteamérica, Centroamérica y el Caribe de Fútbol), donde fue pieza clave, marcando cuatro goles para su pase a la justa de esa categoría y logrando el título ante Estados Unidos. Además, formó parte de la selección mexicana que fue a Francia en julio de 2018 para disputar el Mundial Sub 20, donde hizo un gol frente a Brasil en el partido inaugural del equipo nacional, aunque eso no salvó a México de quedar eliminado. Apenas un año después se estrenó en la selección mayor durante un torneo amistoso disputado en Chipre, y poco más tarde también anotó en los Juegos Panamericanos. En julio de 2022 Katty, como muchas otras jugadoras que han brillado en la Liga, fue considerada para el premundial femenino de Concacaf, en el que México no consiguió el ansiado pase a la justa internacional, un aviso a tiempo para redoblar esfuerzos colectivos, perfeccionar métodos y dar continuidad a los procesos deportivos que han funcionado hasta ahora en la selección nacional.

El tropiezo en el premundial trajo cambios en la estructura de la selección mayor. Uno de ellos fue la llegada de Pablo López, técnico español con amplio recorrido en el fútbol femenil, quien seleccionó en su primera convocatoria a veinte jugadoras de la Liga. Es decir, que el 77 por ciento de las convocadas brillan y se desarrollan, como Katty, en un torneo local y exigente. Estas transformaciones se han extendido a otras selecciones nacionales. En la convocatoria al Mundial Sub 20 femenino, al

cual México clasificó, fueron llamadas veintiuna jugadoras de la Liga de veinticinco posibles, y algo similar ocurrió con las seleccionadas de la Tri que disputarán la Copa del Mundo Sub 17.

REFERENTES Y NUEVOS ROSTROS

Cuando inició la Liga MX femenil, uno de sus principales objetivos era formar y desarrollar nuevos y mejores talentos mexicanos. Cinco años después, este evento cuenta con varias jugadoras que son referentes futbolísticos, cuyas capacidades han sido comprobadas. Tal es el caso de Katty Martínez, pero también de otras, como la actual jugadora del América,



©Sol Montelongo, sin título, Estadio Hidalgo, 2019.

Alison González, quien ha generado mucha atención mediática en los últimos meses gracias a su efectividad goleadora y al hecho de ser una de las primeras ganadoras del Balón de Oro de la Primera División femenil. Otras dos figuras relevantes entre quienes se abren paso con el balón son Lizbeth Ovalle, de 22 años, ya con experiencia amplia en la selección mexicana; y Melany Villeda, portera de Pumas, que a sus 20 años ha figurado como titular del equipo universitario durante casi todo el primer lustro de la Liga.

Así como ocurre con ellas, que son presente y futuro del fútbol mexicano, no podría estar completa esta radiografía sin mencionar



Cortesía del artista

a las gestoras de los equipos, esas mujeres que desde la dirección técnica han desarrollado conjuntos competitivos. Dos entrenadoras que se mantienen desde 2017 destacan en este campo: Eva Espejo, ahora al frente de las Chivas Rayadas y ya campeona, y Fabiola Vargas, entrenadora del Atlas.

También se deben mencionar a mujeres en puestos de decisión dentro de los clubes, como Claudia Carrión en el América y Nelly Simón, antes periodista y ahora directiva del Guadalajara. Ambas armaron equipos fuertes y profesionales con los que han ganado títulos, como es el caso de Chivas. Las dos han sido, además, de las principales impulsoras de la categoría Sub 18, antes Sub 17, en esta Liga, lo cual ayuda a potenciar talentos desde las fuerzas básicas.

El nacimiento de la Liga MX femenil también ofreció oportunidades de desarrollo profesional para otras mujeres fuera de las canchas, lejos de los goles y las atajadas, pero no del balón. Conforme avanza el proyecto, se ha hecho visible el esfuerzo de muchas de nosotras, que nos hemos especializado en esta rama deportiva y consolidado en espacios laborales seguramente inalcanzables antes.

Ejemplo de ello es Mariana Gutiérrez, directora de la Liga MX femenil, y también el departamento de comunicación de este torneo, donde prácticamente todas somos mujeres. Cada vez somos más las que nos abrimos camino en el profesionalismo, tanto en los clubes como en los medios deportivos que cubren los eventos.

Ver a otras compañeras de profesión persiguiendo objetivos y conquistando metas en la cancha es motivo de orgullo, síntoma de que las cosas han cambiado y de que siguen cambiando. Aquí se construye el futuro y nos empoderamos todas. **U**



©Ana Segovia, *Cus Its a Hard Life With Love in the World*, 2021. Cortesía de la artista



FORMAS DE ABRAZARSE EN EL CÉSPED

Juan Villoro

Después de encontrar intensas afinidades, los poetas románticos rusos sellaban su amistad intercambiando sus camisas. De manera sencilla, el gesto aludía a la transmigración de las almas.

Los partidos de fútbol terminan del mismo modo. Repararnos poco en ese hecho porque no influye en el resultado, pero representa la dialéctica unión de los contrarios. Al término de la trifulca, los rivales cambian de colores y se abrazan. Algunos aprovechan para mostrar un vientre roturado en el gimnasio o un tatuaje fantasioso, pero lo esencial es la simbólica disposición a asumir la piel del otro. Esto permite descubrir ciertos secretos. Cuando "el Fenómeno" Ronaldo recibió la empapada camiseta de David Beckham, se sorprendió de que olierá de maravilla. El Adonis de las canchas exudaba perfume.

Para los derrotados, conseguir la prenda de un rival puede ser un extraño consuelo. A nadie le gusta salir con un trapo del verdugo a cuestas, pero hay momentos en que la derrota brinda el raro orgullo de contribuir a la gloria ajena: si juegas contra Messi, no hay mejor resultado que obtener la camiseta número 10 que te humilló.

Los partidos existen para que caigan goles, pero cada futbolista celebra de modo diferente. Careca planeaba como un avión fumigador, Hugo Sánchez daba una voltereta de circo, James Rodríguez baila una cumbia de su invención y Griezmann se mueve como un muñeco de videojuego. Quien tiene una mujer embarazada mete la pelota bajo la camiseta y quien ya tuvo un bebé se chupa el pulgar. Después de estos



©Wilo Gayone, *Te sigo a todas partes*, de la serie *Futbol Universal*, 2020. Cortesía del artista

aspavientos, vienen los abrazos. Pero no todos son iguales. Si tu equipo va perdiendo 4-0 y metes un golazo, celebrarlo con euforia te convierte en un cretino. En cambio, si el partido va 0-0 y anotas en los minutos de compensación un gol que significa el título, el sentido común exige que seas frenético.

¿Hay algún protocolo para celebrar los goles? Hace años entré al vestidor del Estadio Azteca y vi un letrero que recomendaba no hacer manifestaciones exageradas en caso de anotar. Como el entusiasmo es subjetivo, resulta difícil saber qué es lo exagerado para alguien en trance de felicidad.

El fútbol responde a dos energías básicas para dar abrazos: la centrífuga y la centrípeta. Quienes anotan y corren hacia fuera de la cancha tienen espíritu individualista; desean ser notados y llamar la atención en solitario. Además, saben que junto al banderín de córner una cámara de la televisión captará el momento en que se arrodillan ante la grada en épico tributo a sí mismos, mientras los compañeros corren a abrazarlos por la espalda y sepultarlos en una montaña de admiración y cariño.

En cambio, quienes corren al centro del campo tienen espíritu gregario y entienden que su gol es producto del esfuerzo colectivo. Hubo épocas, ya perdidas en la noche de los tiempos, en que este era el festejo habitual. No es de extrañar que las cosas hayan cambiado: en la época selfie, el anotador se desmarca para que lo retraten a él solito.

Este gesto no siempre es egoísta porque a veces se corre rumbo a la afición en las tribunas. El esforzado Martín Palermo vivía para meter goles de cualquier manera. Ajeno al virtuosismo, se conformaba con pegarle a la pelota con la nariz o la oreja. Aunque no disponía de gran técnica en un país de artistas del esférico, rompió toda clase de récords en favor del Boca Juniors. Entre sus virtudes cardinales se encontraba la de asociar los goles con sus querencias. Al anotar pensaba en su familia, su primera novia, su perro favorito, su barrio, su ciudad y su país. Estas estimulantes ilusiones lo hacían correr hacia las gradas en busca de desconocidos que provisionalmente representaban a los suyos. Su alegría centrífuga fue tan excesiva que produjo la más

En una amarga alegoría del fútbol contemporáneo, el júbilo del crack fue guillotinado por un anuncio.

extraña de las lesiones: Palermo se fracturó de felicidad. El 29 de noviembre de 2001, cuando jugaba para el Villarreal, enfrentó al Levante, de la ciudad de Valencia, en un partido decisivo de la Copa del Rey. Solo unos cuantos fanáticos del Submarino Amarillo asistieron a la justa. Quiso la casualidad que estuvieran detrás de la portería donde Palermo anotó el gol que mantenía vivo al equipo. El delantero salió disparado a las tribunas para abrazar a los hinchas y una valla publicitaria se vino abajo, triturándole la tibia y el peroné. En una amarga alegoría del fútbol contemporáneo, el júbilo del crack fue guillotinado por un anuncio.

Los anotadores centrífugos corren hacia las orillas; a veces recuerdan que los demás existen y abrazan a un fotógrafo o a un guardia de seguridad. Por el contrario, los centrípetos son como Pelé, que saltaba sobre su propio eje, latigueando el aire con la mano, y se fundía en las camisetas blancas de su equipo o las amarillas de la selección. El caso más reconcentrado ha sido el de Alfredo Di Stéfano, que festejaba en total intimidad con la pelota y le decía: "Gracias, vieja".

El fútbol es un deporte de conjunto, pero hay quienes lo entienden en clave individual. Cuando Cristiano Ronaldo anota un gol, no busca al compañero que le dio el pase ni al que se encuentra más cerca de él: se dirige al banderín de córner, salta con un gesto que lo deja plantado en el límite del césped, con las piernas y los brazos abiertos, y espera que vengan a abrazarlo. Estatua de sí mismo, reclama la admiración que merecen los próceres.

Curiosamente, los jugadores más abrazados son los que anotan de chiripa. El lateral derecho que mide 1.60 pero remata a las redes de cabeza hace que hasta el portero atraviese la cancha para festejarlo. Esta celebración se

basa en la condición única de esa alegría: el héroe repentino no volverá a hacer lo mismo.

Vayamos al abrazo más complicado de todos, el del entrenador con uno de sus súbditos. No ha nacido el futbolista que quiera salir del campo. Cuando el técnico lo retira, eso puede significar distintas cosas. Si el jugador en cuestión anotó tres goles y faltan ocho minutos de partido, su exclusión es un homenaje para que el estadio lo ovacione. Como el público, el técnico juega con nervios y alaridos. Al abrazar al extenuado protagonista, recibe la excelsa sustancia de los héroes, la transpiración de la gloria y el esfuerzo. Ese abrazo com-



©Rubén Ojeda Guzmán, 14, 2011. Cortesía del artista

parte un mérito esencial con el erotismo: la sociedad ajena resulta deliciosa, o por lo menos soportable.

Más difícil de valorar es la escena del futbolista que abandona la cancha por no jugar bien o por carecer de las cualidades que tiene su sustituto. De todos los abrazos inventados por el fútbol, prefiero el del futbolista que no quiere irse y sin embargo acepta con dignidad los brazos del hombre de traje Armani que acaba de perjudicarlo. El estratega se empapa de un sudor que en este caso significa obediencia y disciplina, pero también entereza y desafío. Al abrazar en público a quien lo ultraja, el guerrero repite un ademán que los apóstoles, los emperadores, los capos de la mafia y los revolucionarios han usado para decir en señal de resignación y advertencia: "todavía estoy contigo". El agraviado es leal, pero no se puede abusar de su nobleza.

Los abrazos más emotivos suelen ocurrir entre los jugadores eslavos o latinos a los que no les basta el torso para manifestar afecto. Es común que sus manos vayan a la nuca y la mejilla del festejado y que la alegría se selle con un beso. Cuando el abrazo se disuelve, el anotador recibe dos o tres nalgadas. Estamos ante un decisivo código corporal: el abrazo certifica lo que ya ocurrió, la nalgadita es un estímulo para que vuelva a ocurrir. En ninguna otra actividad se nalguea de manera tan productiva.

Pasemos al fútbol femenino, cada vez más relevante. Su gran aportación es la honestidad. Estamos ante la mejor reserva del juego limpio. El fútbol varonil se ha convertido en una rama del teatro, que sorprende y decepciona en dosis iguales.

Las fintas y las jugadas de atracción requieren de virtuosismo gestual y el pase al hueco, de un claro sentido del trazo escénico. "El fútbol



©Wilo Gayone, *Mundo interior*.

bol es el único lugar en el que me gusta que me engañen", ha dicho César Luis Menotti para referirse a la virtud decisiva del crack, que le permite hacer lo contrario a lo esperado. Hasta aquí la teatralidad es altamente positiva. Pero la capacidad de fingir también lastima al fútbol. En todas las ligas sobran los histriones que mendigan agravios y buscan la falta a la menor provocación. Incluso un artifice como Neymar prefiere fingir un golpe a consumir la jugada. Para convencer al árbitro, los buscadores de penales ruedan por el césped y mueven las piernas y los brazos en estado de estertor (curiosamente, se recuperan en cuanto les pasan una esponja sobre el rostro).

El fútbol varonil depende tanto de los simulacros que no siempre se puede confiar en la sinceridad de los festejos. Figo se dejaba adorar por sus compañeros del Barça mientras pensaba que firmaría con el Real Madrid.



Serie *Futbol Universal*, 2020. Cortesía del artista

El fútbol femenino, por su parte, ha prosperado en forma notable sin ser invadido por las trampas. No hay jugadoras famosas por anotar con la mano. La estafa es privilegio de los hombres.

En consecuencia, los abrazos en los campos de las mujeres tienen un aire diferente, de *ker-més* o celebración de fin de cursos. Aunque no faltan los brotes locos a los que lleva la emoción, el festejo suele ser un placer compartido, no una veneración del César.

Cuando pensábamos que ya habíamos visto todo en materia de abrazos, incluida la hipocresía profesional del titular que apapacha a su suplente, el VAR (árbitro asistente de video) llegó a confundir las emociones.

El gol obliga a gritar hasta el estrépito. En las tribunas abrazamos a gente que no habíamos visto pero que se vuelve íntima por compartir el anhelo colectivo. A pocas per-

sonas he querido tanto como al desconocido que lloró en mi mejilla cuando el Necaxa se coronó en el Estadio Azteca después de 57 años de sequía.

Ahora, gracias a la tecnología, la pasión puede quedar en suspenso. El estadio explota con un gol, pero el árbitro tiene una duda.

Sobreviene entonces un ademán digno del teatro kabuki: el juez dibuja un rectángulo en el aire que significa "pantalla" y pide que un tribunal supremo revise la jugada. La sensación es de *coitus interruptus*. El exultante arrebatado debe posponerse. Después de un minuto de hielo, el árbitro confirma o descarta su sentencia. Si decreta que el gol fue legal, a los jugadores no les queda más remedio que abrazarse por protocolo, *representando* una dicha que solo sienten a medias. El gol pospuesto sabe a guiso recalentado.

Concluyo con el abrazo que nadie quiere recibir y acaso por ello sea el más fuerte de todos. En cada córner un defensa atenaza a un delantero con una vehemencia que jamás concederá a su amante. Ese abrazo es ilegal y por lo tanto solo puede durar unos segundos. En él se concentran la desesperación y la impotencia. En el fondo, se trata de un homenaje. El defensor sabe que su oponente puede superarlo; incapaz de ejercer una marca limpia, transgrede las reglas para contenerlo, convirtiendo el abrazo en recurso de rivalidad.

La especie humana debe su destino a la habilidad manual, pero el balompié, rareza extrema, prohíbe su uso, con la exigua excepción del portero, que se viste y piensa de otro modo.

El juego de las manos suprimidas existe para llegar al momento en que lo más importante son las manos: el abrazo, el gol después del gol. **U**



EL PATRIARCADO DE LOS OBJETOS

FRAGMENTO

Rebekka Endler

Traducción de Aemilia Sámano

¿PASES ANORMALES?

Laura Youngson es una apasionada futbolista británica que vive en los Países Bajos. Desde pequeña comenzó como amateur y en el verano de 2017 organizó un partido a una altitud en la que ninguno había sucedido: en el Kilimanjaro, en Tanzania, a 5,714 metros. El partido era exclusivamente de mujeres. En la meseta de la montaña se reunieron jugadoras de fútbol profesionales y aficionadas de todo el mundo. Con ese juego señalaron el tratamiento desigual y la injusticia hacia las mujeres en el fútbol. Laura y sus compañeras cruzaron los límites establecidos y rompieron el récord mundial del partido a mayor altura. Por supuesto, este evento atrajo la atención hacia lo que las mujeres son capaces de hacer deportivamente, es decir, tener un alto rendimiento.

Desde 1970 está permitido que las mujeres jueguen fútbol en Alemania. En Inglaterra desde 1971, igual que en Francia. Es decir, está permitido no solo en la vida privada en algún campo, sino también organizarse, tener un club y hacer torneos. Y como no querían “exigirles demasiado” a las mujeres, al principio se impusieron muchas restricciones: un descanso de seis meses a media temporada, prohibición del uso de tacos, un tiempo de juego menor,¹ así como el uso de balones más pequeños y ligeros. Paulatinamente empezó a ser notorio que las habilidades de las mujeres para patear un balón de cuero, driblar a sus oponentes, etcétera, no le pedían nada a las de los hombres y que no se les caía el útero ni las

¹ Primero setenta y luego ochenta minutos.

trompas de falopio al jugar. Desde ese momento se relajaron las restricciones. Si queremos, podemos perseguir el mismo balón y durante el mismo tiempo que los hombres; tenemos torneos y mundiales. Gracias a los triunfos de la selección nacional, el fútbol femenino ha ganado impulso en Alemania.

De vuelta al Kilimanjaro. Cuando Laura Youngson rompe el récord mundial de mayor altura, rodeada de jugadoras de fútbol de todo el mundo y de todo tipo de ligas deportivas, tiene una revelación:

Nunca había conocido a jugadoras profesionales. Y ahí todas estaban juntas, expertas, aficionadas de todos los lados del mundo, y me cagó tener que usar tacos de niño, que son de plástico y otros materiales de súper baja calidad. Y todas estaban así de que: "Sí, odio usar zapatos de hombre" o "ya no soporto los zapatos de niño". Ese fue el instante en el que pensé: "Oye, a ver, espérate, ¿jugaste un Mundial con zapatos que no están hechos para ti?".

Incluso yo, lega como era, podía ver a simple vista lo que las estadísticas demuestran con números: las mujeres juegan diferente al fútbol. Corren menos, hacen más pases largos y patean de otra manera.

Al igual que Laura Youngson, Katharina Althoff jugó fútbol por mucho tiempo. La insatisfacción que sentía respecto a no tener zapatos propios fue una de las razones por las que en 2016 promovió el desarrollo de tenis de fútbol adecuados para mujeres. Actualmente trabaja en el Instituto de Ciencias del Deporte y Kinesiología de la Universidad de Essen. Con el ejemplo del zapato deportivo se demuestra que las mujeres que juegan fútbol no son simplemente futbolistas pequeñas, así como las



©Alicia Caboblanco, Nita Carmona, 2022.
Cortesía de la artista y Lunwerg Editores

mujeres que hacen deporte no son deportistas más pequeñas. Por eso le pedí a Althoff que entrara en detalles y me explicara por qué razón exactamente las mujeres necesitan un zapato deportivo propio, aunque su desarrollo todavía está en pañales.

La mayor diferencia está en la forma del pie, es decir, en la naturaleza podal. Por supuesto, cada persona tiene una forma única, pero hay estudios que demuestran que en las tallas que son para hombres y mujeres, por ejemplo 5.5 y 6, hay que tomar en cuenta que el pie de las mujeres es más angosto.

El talón de las mujeres cisgénero es más estrecho, y la parte delantera del pie es proporcionalmente más ancha. El arco también es más pronunciado. Por las diferencias del cuerpo que se expresan en la parte superior de los pies, la posición de las rodillas, las caderas y la

El 75 por ciento de las jugadoras a nivel aficionado y profesional usan tenis de hombre o infantil.

distribución del peso en general, la presión que hay sobre el pie femenino es diferente a la del masculino. El impacto sobre la suela es distinto y los requerimientos para amortiguar las articulaciones y los tendones también. Lo que le da sujeción y estabilidad al pie masculino no necesariamente lo hará en el pie femenino.

Las mujeres, en general, tienen menor fuerza, y de ahí surgen diversas técnicas de patada. El zapato deportivo tiene influencia en el contacto con el balón, en la precisión del tiro, la velocidad; también eso lo hemos podido comprobar con estudios.



©Alicia Caboblanco, Jenni Hermoso y Alexia Putellas, 2022. Cortesía de la artista y Lunwerk Editores

Las mujeres cisgénero miden trece centímetros menos en promedio, pesan veinte kilos menos, tienen un poco más de grasa corporal (8 por ciento) y nuestros músculos y tendones no estabilizan las articulaciones cuando hay un impacto al mismo grado en que lo hace el cuerpo masculino cis. Las diferencias sexo-généricas también se observan en la lista de lesiones relacionadas con el fútbol, sobre todo aquellas en las que no hay contacto con otras futbolistas. Está bastante bien estudiada la influencia que tiene el zapato deportivo en el riesgo de lesiones, al menos en las de los jugadores masculinos. Pero, ¿por qué en el campo femenino vemos tan pocos avances?

Es una decisión que tiene que ver con la economía, por supuesto, el mercado masculino es mucho más extenso. Sería un esfuerzo muy grande desarrollar una protección realmente buena para un mercado tan relativamente pequeño. Por otro lado, también está otra importante cuestión: Si hubiera un zapato especial para las mujeres, ¿lo aceptarían bien las jugadoras?

Si bien desde el punto de vista de la medicina del deporte tiene sentido, hay algunas reservas por parte de ciertas jugadoras, lo cual está relacionado con el trato diferenciado en la historia del “fútbol femenino”. Primero la prohibición, después el tiempo de juego reducido, los balones más pequeños, el tabú de los tacos... Como con las juezas en las cortes, las futbolistas tuvieron que luchar por mucho tiempo solo para poder pisar el campo, y después, para que su fútbol no se considerara un caso especial. En este contexto es comprensible que el esfuerzo de algunas por ser normales —es decir, ser consideradas dentro de la norma— sea mucho mayor que la necesidad de un trato es-

pecial, aun cuando las mujeres en el futbol han dejado de ser un caso extraordinario desde hace mucho tiempo.

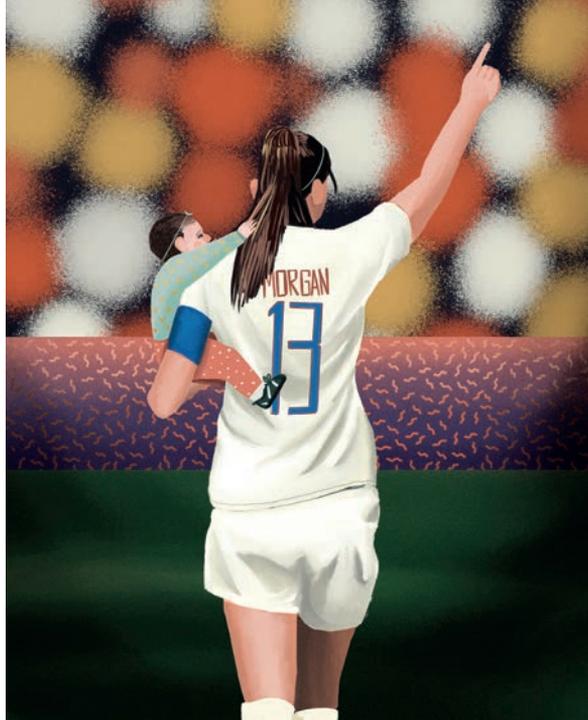
Otra razón —menciona Althoff— es que los zapatos deportivos que llegan al mercado, especialmente para las mujeres, hasta el momento solo se han distinguido por el color y una apariencia divertida, pero no por una funcionalidad hecha a su medida.

Después de la experiencia en el Kilimanjaro, donde reconoció la necesidad de buenos zapatos de futbol femenino y de que su encuesta arrojara que el 75 por ciento de las jugadoras a nivel aficionado y profesional usan tenis de hombre o infantil,² Youngson fundó junto con su colega Ben Sandhu la empresa IDA Sports, manufacturera de zapatos de futbol para mujeres.

Se necesita dinero, pero es curioso que no tanto como se piensa, si se observa lo que gastan las empresas grandes. Nuestro problema principal fue encontrar hormas. No había hormas para tacos de mujeres. Ni siquiera había hormas de tenis femeninos para correr, pues estos también se producen como zapatos de hombre más pequeños. Le encargamos la producción al último zapatero de hormas de Australia.

Una vez confeccionadas las hormas, Youngson tuvo que hacer moldes, construir herramientas, crear prototipos y después esperar a que las futbolistas quisieran probar los zapatos.

² De hecho, infantil y no solo “de niño”, como yo pensaba al principio, ya que las diferencias sexo-genéricas de los rasgos en los pies se desarrollan a partir de la pubertad.



©Alicia Caboblanco, *Alex Morgan*, 2022.
Cortesía de la artista y Lunwerg Editores

Muchas de nosotras primero tuvimos que aprender qué es sentirse bien. Estamos demasiado acostumbradas a las ampollas, grietas y heridas. Tanto así, que la primera vez que usamos un zapato hecho para nosotras sucedió algo así como: “Ah, órale, ¿así de bien se puede sentir un zapato?”. Es un proceso que necesitamos aprender las mujeres.

Y más allá de los pases, para las mujeres la estética definitivamente sí es más importante, ¿o no?

Claro que sí, y ahí intentamos algo súper revolucionario: de hecho, les preguntamos a mujeres de verdad cuáles eran sus gustos para un calzado deportivo.

El resultado fue un zapato negro sencillo de cuero, totalmente libre de rayitas rosas o florecitas. ¿Quién se lo hubiera imaginado? **U**

Rebekka Endler, *Das Patriarchat der Dinge. Warum die Welt Frauen nicht passt* © 2021 DuMont Buchverlag, Köln, pp.170-175.





ESO DEL FUTBOL QUE (POCO) PERTURBA

Marion Reimers

La Copa del Mundo es, para muchas personas en el planeta, un evento que de repente sucede. Cada cuatro años, súbitamente, está ahí. Casi sin darse cuenta, a estas personas comienzan a rodearlas intercambios de estampitas, quinielas, planes de diversa índole (desayunos, cenas, asados, taquizas o lo que sea que justifique juntarse a “ver” futbol, aunque en realidad la idea sea comer y beber), con gente que puede ni siquiera caerles tan bien, y trivias con datos que olvidarán la semana siguiente.

Disfrutan del futbol como un evento social más. No es su principal interés ni pretenden que lo sea; sino simplemente una excusa para convivir y participar en las conversaciones de sobremesa.

El interés ocasional de este grupo contrasta con quienes se encuentran en el extremo opuesto. Se trata de entusiastas que esperan este evento con anticipación, a quienes la ansiedad y la excitación les impulsan a seguir toda clase de rituales, actividades y conversaciones para sobrellevar la expectativa. La camiseta oficial forma parte de su indumentaria desde que salió a la venta y saben perfectamente quiénes son los seleccionados nacionales y por qué tendrían o no que participar de la justa. Para ellos el futbol es y será lo más importante durante las próximas semanas. El justificante médico para no asistir a la oficina o a la escuela está presto para usarse —firmado y guardado en el cajón—, también la lista de estampas para canjear (solamente faltan dos, y si

◀ ©Alicia Caboblanco, *Natalia Gaitán*, 2022. Cortesía de la artista y Lunwerg Editores

no salen en un sobre se emprende un viaje al Centro para comprarlas. Atención: esto último JAMÁS se confiesa en público), mientras la organización de la quiniela se logra después de algunas controversias y errores administrativos encontrados en el Excel.

Si trasladáramos todos estos elementos —y muchos más— al área cuantitativa para después generar una sumatoria, podría suponerse que el resultado sería mayor que cero. Ustedes, lectores que aprecio, sabrán disculpar la incapacidad de quien escribe para ilustrar esta idea con mayor lucidez, dado que Metodología de la Investigación y Matemáticas nunca tuvieron calificaciones muy altas en mi boleta. Además, es importante alimentar el cliché del limitado intelecto de los periodistas depor-

tivos, ¿no? El punto al que quiero llegar es que la sumatoria de estos dos grupos en efecto nos da un lamentable CERO (casi como mis notas en las materias ya mencionadas). El desapego de unos y la intensidad de otros generan que los temas en torno a la Copa del Mundo se conviertan en poco más que un comentario de sobremesa para el primer grupo y una piedra en el zapato para el segundo. Volveremos a este punto más adelante.

Por lo pronto, centrémonos en lo estructural más que en lo individual, en ese tema que tanta gente se acerca a preguntarme. Aunque ya sepan la respuesta, buscan con morbo y entusiasmo una confirmación: "Marion, ¿qué tan corrupto es el futbol?". Bueno, si juntamos a todos los gobiernos de la historia de México



Asprilla, the Newcastle United substitute, attempts an overhead kick despite the close attention of Calderwood at St James' Park yesterday. Photograph: Marc Aspland

©Gabriel Orozco, *Atomistas: Asprilla*, 1996. Cortesía del artista, kurimanzutto y Marian Goodman Gallery

en una licuadora tal vez lleguemos a darnos una idea.

No es una novedad que la FIFA y el fútbol se encuentran en una constante crisis de credibilidad y desconexión con la realidad. El organismo que controla el deporte más famoso del mundo existe *por y para* sí mismo, lejano a cualquier entendimiento de algo que no sea verse el ombligo mientras cuenta billetes y ondea la bandera de la fiesta de "la igualdad, el jolgorio y la unión entre países a través de una pelota". "¡La pelota es redonda como el plane-

La respuesta siempre será multifactorial y es imposible no apuntar el dedo hacia los propios yerros del organismo. También es ineludible la responsabilidad que carga desde hace décadas el entorno generado por patrocinadores, televisoras, ligas, federaciones, futbolistas (varones) y sus representantes.

Aquí es donde resulta particularmente interesante hacer un ejercicio de imaginación. Si el fútbol —varonil— fuera una persona, ¿cómo sería? Por *fútbol* me refiero a la industria del fútbol profesional y no al deporte en sí mismo.

Mantener el fútbol en los márgenes de nuestra vida es casi tan peligroso como caer en las garras del mal llamado "opio del pueblo".

ta Tierra!", "Qué hermoso, señor Godínez, queda aprobada la campaña".

Desde que Maradona —en su defensa, uno de los grandes antagonistas del organismo— pregonaba ser un ejemplo para la juventud y era usado como imagen para campañas contra el consumo de cocaína, la FIFA se ha caracterizado por su incapacidad para vincularse con su entorno y con la comunidad gracias a la cual existe. Bajo el lema de no inmiscuirse en asuntos de corte político y religioso (sus futbolistas e instituciones son objeto de severas multas si expresan dentro —y a veces también fuera— de la cancha cualquier postura sobre estos temas) ha logrado sortear las pantanosas aguas repletas de cocodrilos que implicaría asumir una postura ante la barbarie, la discriminación, las dictaduras y la violencia. Sin embargo, ¿cómo es posible que durante tantos años pueda mantener su monolítica estructura sin desmoronarse, como ocurre con la selección mexicana en los octavos de final de las Copas del Mundo?

Mi respuesta, y con ello no pretendo de ninguna manera influir en su juicio (*guiño, guiño*), es que sería un hombre blanco, de mediana edad, MUY conservador, heterosexual (o al menos que pretende serlo a toda costa), con traje y corbata, pero calcetines que lo hagan ver juguetón y con onda, tal vez con un acento de color para sentirse más accesible y cercano a los chavos, en pro de la "liberación" [sic] de las mujeres (aunque sin ganas de invitarlas a las reuniones o al menos de reunirse con ellas a solas porque "no vaya a ser que lo acusen de acoso, hoy en día ya nunca se sabe"), y con argumentos tan sólidos como "la gente pobre está así porque le falta emprendimiento". Este personaje puede existir libre y felizmente gracias también a la complicidad de la comunidad que alimenta al fútbol y de quienes pasan de largo a su existencia. Mantener el fútbol en los márgenes de nuestra vida es casi tan peligroso como caer en las garras del mal llamado "opio del pueblo". En un mundo en el que las élites se escandalizan por la "cultura de la

cancelación” —tan inexistente como el “racismo a la inversa”— es vital para el ejercicio democrático y la defensa de los derechos humanos hacer un llamado a la cultura de la rendición de cuentas.

Aquellas voces que atacan a periodistas —como a quien suscribe—, exigiendo que nos dediquemos a hablar de “fútbol cancha” [sic] y dejemos de lado el aspecto social, económico y geopolítico de este deporte, perciben una amenaza sobre su objeto de deseo si es cuestionado para su mejora y subsistencia. Quienes pasan de largo pensando que el fútbol no les afecta, es algo ocasional y poco relevante, que como mucho les lleva a algunos compro-

misos sociales y a beber más cervecita de lo habitual, no han reparado en que es fundamental su participación en la cultura de la rendición de cuentas para poder inclinar un poco la balanza.

Las atrocidades que han atravesado a migrantes y grupos históricamente vulnerados en Catar se han documentado desde hace por lo menos diez años, mientras que la corrupción y la falta de transparencia en la organización y ejecución de las Copas del Mundo se conocen desde al menos sus últimas cuatro ediciones (desde 2006, para ayudarles con las cuentas, porque me tomó un ábaco y quince minutos llegar al año). A unas semanas de que



©Gabriel Orozco, *Pelota ponchada*, 1993. Cortesía del artista, kurimanzutto y Marian Goodman Gallery

¿Cómo puede el periodismo deportivo hacer un trabajo ecuánime si a la vez debe promocionar un producto que le permita subsistir?

arranque la justa esto se ha convertido en tema de sobremesa y, desafortunadamente, me temo que pasará tan rápido como la selección nacional por esas tierras de prohibición de la homosexualidad y la libertad de las mujeres.

Es injusto, sin embargo, centrarnos únicamente en lo individual —o colectivo, si pensamos en la dicotomía de los grupos planteados— cuando la información al público es tan inexistente como la diversión en la nueva camiseta de Dinamarca (*spoiler alert*: es negra en protesta por las violaciones a los derechos humanos en Catar). ¿Cómo puede el periodismo deportivo hacer un trabajo ecuánime si a la vez debe promocionar un producto que le permita subsistir dado el enorme gasto en permisos de transmisión que significa una Copa del Mundo? Este dilema de la filosofía del periodismo deportivo da para un dossier completo, e indudablemente me llevará a alzar el dedo y gritarle a las nubes como la mujer neurodivergente que pretenden hacerme ver en la cloaca que es Twitter: “¡SE LOS DIJE! ¡SE LOS DIJE!”.

Resulta preocupante anticipar —y espero que esto no se cumpla— que la cobertura del Mundial tendrá a pocas mujeres como protagonistas (tampoco hace falta ser hechicera para saberlo), pero que además tendrá a voces masculinas no sensibilizadas en temas de género y diversidades como embajadores —no conscientes de su nombramiento— del discurso que Catar busca posicionar: un país a la vanguardia que no presenta mayores problemas para nadie (o para el hombre blanco cisgénero heterosexual que es el fútbol). Echemos a andar la imaginación, ¿no es factible pensar en una conversación en la que varios asistentes al Mundial comenten entre ellos: “Oye, José Miguel, la verdad no sé por qué se quejan tanto aquí, si allá las mujeres están peor. Aquí

hasta pueden manejar y lavar los trastes sin pedir permiso”, o “La verdad es que las mujeres allá no están tan mal, yo las vi re bien caminando por la calle”. Nuestra visión del evento estará directa o indirectamente permeada por la cobertura mediática de la justa, incluidos los clichés racistas y de apropiación cultural que ya son parte habitual del menú.

Mientras algunas federaciones se preparan para hacer tibias manifestaciones de descontento, como una cinta de capitán con un corazón y un arcoíris (pero tenue y pequeño para satisfacer a los grupos LGBT+ sin comprometerse demasiado), la propuesta de la Federación Mexicana de Fútbol ha sido novedosa: con su silencio busca emular lo que pretende oír en sus estadios cuando despeje el portero.

De cara a una Copa del Mundo femenil (anote para la sobremesa: Australia y Nueva Zelanda 2023) y una varonil de la que México será anfitrión en 2026 (dato trivía: diez partidos a celebrarse en Monterrey, Guadalajara y la Ciudad de México. El Azteca se convertirá en el primer y único estadio en albergar tres mundiales), resulta perturbador que el esnobismo intelectual —que nos impide ver el fútbol como un mecanismo que permitió a Putin legitimarse mientras en la oscuridad movía otros hilos— o la miope emoción —que únicamente nos deja ver al balompié como un juego de estrategia con veintidós personas pateando una pelota (y un árbitro que todo lo arruina)— sean justamente las posturas que conviertan al fútbol en nada más que una sumatoria cero, unas buenas botanas y un álbum a medio llenar en el fondo del revistero del baño. **U**

OCHO DATOS CURIOSOS SOBRE FUTBOL

1- Uno de los juegos precursores del futbol es el *episkyros*, un deporte muy popular en la antigua Grecia, practicado por figuras como Platón y Alejandro Magno. Aparece mencionado en la *Odisea* y Galeno lo recomendaba como un ejercicio saludable. Su parecido con el futbol es tal que la FIFA decidió adornar los primeros trofeos de la Eurocopa con el grabado de un jugador de *episkyros*. Una versión de este juego, el *harpastum*, se usó como entrenamiento militar en las legiones romanas en Britania, donde fue adoptado por los nativos, de ahí que el futbol se considere de origen británico.

2- La segunda mayor afición del futbol argentino está en China. Cerca de cuarenta millones siguen la Liga del país sudamericano y más de siete millones se mantienen despiertos en la madrugada para ver los clásicos de Boca Juniors contra River Plate. La Federación de Fútbol Argentina es también la más popular y la de mayores ventas de camisetas en la nación asiática.

3- Un balón de futbol flotó durante un año por el mar, desde las costas de Japón hasta las de Alaska, ¡casi seis mil kilómetros! La pelota pertenecía a un niño llamado Misaki Murakami, quien perdió todas sus pertenencias en el tsunami que afectó a su país en 2011. La persona que encontró el balón firmado por los amigos del dueño original flotando en la costa divulgó el hallazgo y lo devolvió a Murakami por correo.

4- En 1998 el Basanga y el Bena Tshadi, dos equipos de la Liga de la República del Congo, se enfrentaron en el césped. Durante el primer tiempo hubo una tormenta eléctrica y cerca del minuto noventa un rayo impactó sobre la cancha. La descarga mató de golpe a los once jugadores del Tshadi, mientras que los del Basanga salieron ilesos. Los aficionados del Bena Tshadi acusaron de usar magia negra a sus contrarios; sin embargo, más tarde se demostró que lo sucedido se debió a que los afectados llevaban tenis con tacos metálicos, mientras que los sobrevivientes los llevaban de plástico.

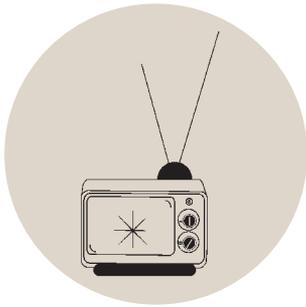
5- Vugar Huseynzade, un estudiante de Azerbaiyán de 21 años, fue contratado en febrero de 2012 como director técnico del FK Bakú, un equipo de la primera división de su país. Lo singular de esta decisión fue que la única preparación del joven había ocurrido tras a una pantalla: era aficionado a Football Manager, un videojuego que simula la gestión de un equipo de fútbol. En la lista de candidatos al puesto, Huseynzade superó a técnicos profesionales como Jean-Pierre Papin, una leyenda del fútbol francés.

6- El primer equipo de fútbol en llegar a la Luna fue el Independiente, de Argentina. El nombre del responsable es Héctor Rodríguez, entonces secretario de Cultura y Relaciones Públicas del club, quien decidió hacer a Neil Armstrong, Buzz Aldrin y Michael Collins socios de la institución poco antes de que despegara la misión Apolo 11. Tras varias gestiones con la embajada estadounidense en Buenos Aires, Rodríguez consiguió enviarles banderitas del equipo a los astronautas, quienes las llevaron consigo el 20 de julio de 1969.

7- En la región indonesia de Probolinggo los niños suelen jugar fútbol de una manera tan extraña como peligrosa: descalzos y con un balón de coco seco envuelto en llamas. Este juego, disputado sobre asfalto, se conoce como *Sepak Bola Api* y se relaciona con el *Pencak Silat*, un arte marcial tradicional en Indonesia. Antes de comenzar cada partido, los jugadores sumergen los pies en soluciones antiinflamables y rezan una oración. Esta variante del soccer suele jugarse durante celebraciones islámicas como el Muharram y la Eid al-Adha.

8- Todavía no existe consenso sobre cuál fue el primer partido de fútbol televisado de la historia. Los ingleses defienden que se trató de un encuentro entre los titulares y los suplentes del Arsenal, filmado por la BBC el 4 de abril de 1937. Otros aseguran que fue el partido entre Yugoslavia y Francia, disputado durante el Mundial de Suiza 54, que llegó por televisión a unos cuatro millones de hogares.





SANGRE, TIERRA, TELEVISIÓN Y DINERO: ¿POR QUÉ LE VAMOS AL EQUIPO DE NUESTRO AMOR?

Antonio Ortuño

I

Uno de mis compañeros de la primaria era partidario de las Águilas del América. Como la escuela era federal y estaba ubicada en Guadalajara, y como aquellos años correspondían al principio de los ochenta (que según nos han informado los sabios que hoy pueblan Twitter, estuvieron calcados de la Edad Media, porque nadie trataba de comprender al otro), el resto de los niños del salón, o al menos una amplia mayoría, decidimos que el infractor era un indeseable, cuando no un enemigo declarado, y nos dedicamos a repudiarlo en silencio.

Aunque Víctor (que se llamaba así) era tan tapatío como nosotros, la realidad es que apoyaba a un equipo de la Capital y eso bastaba para convertirlo en el blanco de las iras populares. Algunos atribuían su traición (porque así era considerada, ni más ni menos) a la circunstancia de que era el único rubio en el aula de clases. Y el lugar común quería que el América fuera el equipo de las élites mexicanas (esas que los siete sabios de Twitter conocen ahora como los "whitexicans") mientras que nuestras locales Chivas del Guadalajara sacaban la cara por la *raza de bronce*. No solo abanderaban a la clase trabajadora del país, sino que en sus filas militaban puros mexicanos, mientras que las estrellas del América de ese entonces, por supuesto, eran unos argentinos muelones, sobrados y tan rubios como Víctor (no digo que esta fuera la realidad, o que tal concepto sobre los extranjeros fuera correcto o siquiera deseable, solo aclaro que eso pensábamos los niños del salón en aquel tiempo).

◀ Yogyakarta, Indonesia, 2021. Fotografía de Yoyo Hins. *Unsplash* ©

**“Nosotros nos jodimos por años,
lloramos las finales perdidas,
y este güey llega directito a ganar
el campeonato”.**

Un día, en una fiesta de cumpleaños que se realizaba en su casa, mientras la madre de Víctor nos preparaba una tanda de sándwiches con poco jamón y mucha mayonesa, los asistentes, todos parte del grupo escolar, arrinconamos al anfitrión. “¿Y tú por qué fregados le vas al América?”, lo cuestionamos en voz de Fernando, que era grandote, morenote y chiva hasta la médula. Víctor, tan tranquilo, ignorante quizá del hecho de que se le consideraba el enemigo público número uno de unos niños que vivían y respiraban solo futbol, confesó que lo hacía porque Chabelo, el conductor del programa de concursos más famoso en los ochenta, se pasaba la vida haciéndole publicidad al

América, equipo que era propiedad de la cadena televisiva que producía su show. “¿No ven Chabelo?”, reviró el rubio, sinceramente extrañado. “¡Regalan montones de juguetes!” “¡Pero tú eres de Guadalajara y el perro América es de la Capital!”, le rebatió, indignado, otro de los chamacos presentes, cuyo nombre de aires babilónicos no he podido olvidar en casi cuarenta años: se llamaba Zózimo. Entonces, se produjo la epifanía y Víctor se vio en su camino a Damasco. “Bueno, sí. Soy de aquí. Y no tengo ni parientes en la Capital. Nunca he ido, además. Debería irle a las Chivas, ¿verdad?”. Las opiniones se dividieron en este punto. Algunos puristas defendieron la idea de que una traición como la suya era irreversible y ahora le tocaba hacerse responsable y aferrarse a su (equivocada) decisión primordial. Otros, los más, de-



©Wilo Gayone, *Cuando la pelota te salva*, de la serie *Futbol Universal*, 2021. Cortesía del artista



©Wilo Gayone, *Cuando la luna le gana al futbol*, de la serie *Futbol Universal*, 2021. Cortesía del artista

cidimos que Víctor en el fondo nos caía muy bien y sería bienvenido en nuestras filas. Así podíamos atragantarnos con los sándwiches y el pastel, que se partió media hora después, sin la molesta culpa de estarle aceptando la merienda a unos traidores.

Unos meses después de este incidente, las Chivas se coronaron en el torneo mexicano por única vez en los años ochenta. Víctor fue a un palco del estadio Jalisco, miró la final en vivo, los jugadores le firmaron una playera, y sus parientes le tomaron un montón de fotos felices. Había olvidado decir, hasta ahora, que su padre era notario y su familia, me parece a la distancia, la más adinerada en el entorno de aquella primaria federal. "Nosotros nos jodimos por años, lloramos las finales perdidas, y este güey llega directito a ganar el campeonato". Eso me dijo Fernando con justificada amargura. "Pero al menos lo hicimos ver la luz", respondí. Yo, como todos, había sintonizado la final en un televisor. El de mi casa era blanco y negro, el cinescopio fallaba y las imágenes eran solo deformidad y distorsión. Cuando pienso

ahora en aquella final la relaciono con el cine experimental checo. Pero ganamos, carajo.

II

¿Por qué le vamos al equipo de nuestros amores? Aquella pregunta, como puede notarse por la anécdota precedente, me obsesiona desde pequeño. Me temo que mi respuesta personal resultará demasiado simple para algunos. Sostengo que uno debería irle a un equipo tan solo por dos motivos: por representar a la ciudad o comunidad en que uno nació, por un lado, o por tratarse de un equipo cuyo amor nos ha sido heredado por antepasados a quienes alguna oportuna o desgraciada migración llevó a un lugar remoto, pero no apartó de sus colores. No soy un cavernario: soy capaz de algunos matices. Por ejemplo, que vivir durante años en una ciudad puede convertirlo a uno en partidario sincero del local, aunque uno venga de otra parte. El derecho se gana, sin duda. Esto es lo que pienso del asunto.

Y alguna vez, hace muchos años, expuse estas concepciones en una cantina, que es el

espacio natural para su debate. Estaba presente, a mi lado, Carlitos, un abogado progresista (no, no se trata de una contradicción en los términos, necesariamente), que torció el gesto y me espetó: "Eso que expones es, tal cual, el *Blut und Boden* de los románticos alemanes del XIX. Sangre y tierra. ¿Te das cuenta de la barbaridad que dices? Expresiones como esas alimentaron ideas siniestras después...". Claro, él era un fresa de Chapalita, del lado rico de la ciudad, de Zapopan, y no le iba a ningún club mexicano sino al Barcelona de España, equipo con el que no lo unía nada más que la afición televisiva por sus juegos (la sombra de Chabelo nunca se desvanece...) y la posibilidad monetaria de comprar las playeras *blaugranas* cada temporada en alguna tienda deportiva.

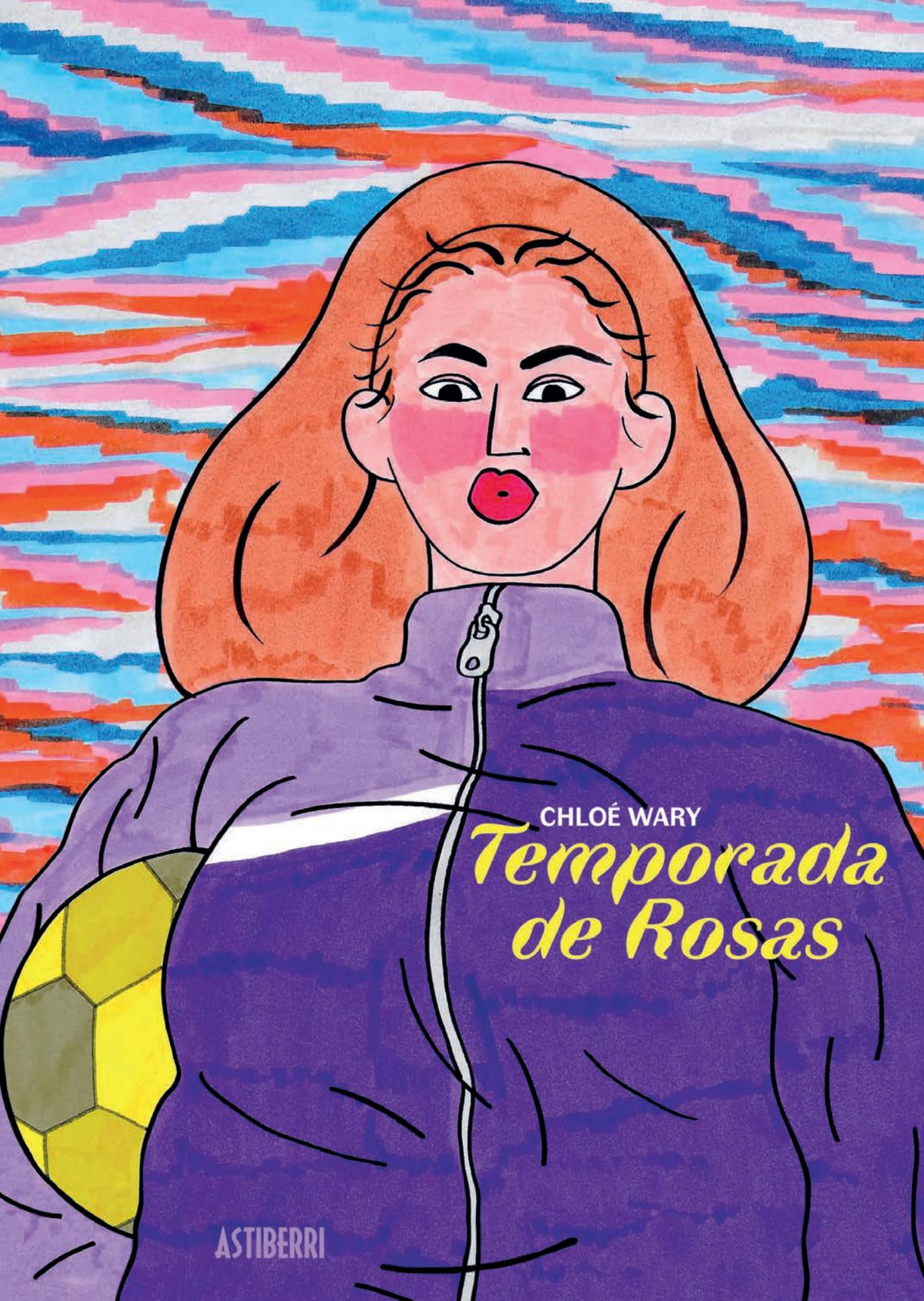
Carlitos defendía el capricho: nadie debería vivir condenado, decía, a darle su amor a uno de los equipos de su ciudad o, peor aún, a entregárselo al de sus padres y abuelos. ¿No es, acaso, mil veces mejor la libertad de elegir a quien fuera, a cualquier equipo del planeta, por un mero antojo o gusto por los colores de su uniforme, o una admiración clara por su forma de juego? ¡Vaya pena si Pelé, Cruyff y Maradona solo hubieran podido ser aplaudidos por sus estrictos conciudadanos! ¡Eso no es amor al fútbol sino a la costumbre!

El problema con su razonamiento, sin embargo, saltaba a la vista. Si el mero capricho o la simple admiración futbolística, alejada de consideraciones geográficas o familiares, nos une a los equipos, ¿qué impedirá que nos convirtamos en aficionados seriales, que se ponen y quitan camisetas al ritmo de los traspasos de jugadores, del surgimiento de nuevas potencias, de la aparición de los jóvenes dioses que brincan a las canchas cada mes? Nada. Es una lógica que, aparentándose libertaria, nos

amarra al lado más sucio del deporte: el predominio del dinero. Los mejores equipos, casi siempre, son también los más adinerados, que pueden seducir, cooptar y cosechar a las estrellas de los clubes medianos y chicos, y condenarlos a la mediocridad a la vez que ellos se fortalecen. Y así, como ciudadanos globales cuya lealtad depende de los logros que alcanzan las carteras de los dueños, dejamos de ser aficionados y pasamos a meros consumidores. Y es que si un equipo, después de todo, no es una fe, un credo, una apuesta vital, un "nosotros contra ellos", se convierte en un producto eficaz, limpio y conveniente, pero que puede y será sustituido por sus versiones novedosas o mejoradas al menor síntoma de crisis.

La prueba de ello es que Carlitos saltó del buque barcelonista junto con Leo Messi, la mayor estrella en la historia *blaugrana*, quien dejó el club en 2021 para firmar con el Paris Saint Germain, el PSG, el equipo adinerado por antonomasia: sin tradición, sin leyenda, hinchado a billetes por unos jeques empeñados en conseguir el producto global perfecto para la publicidad, la televisión de paga, los palcos de hiperlujo, el *merchandising*. El amor por Messi (cuya marcha fue la razón de Carlitos para justificar su cambio) fue solamente, me temo, el pretexto a mano. Carlitos se pondría la camiseta del APOEL Nicosia de Chipre si este fuera capaz de ganar la Champions League.

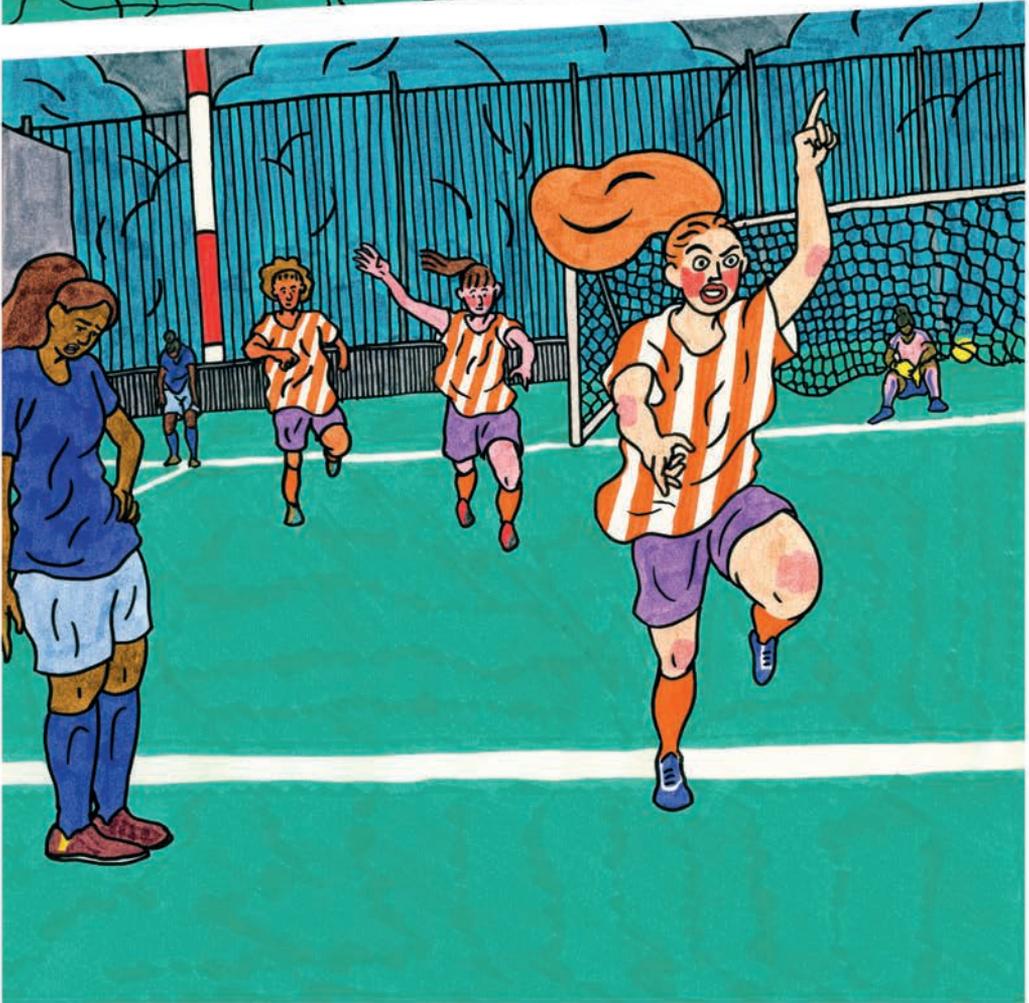
Escribo esto cuando mi club, por cierto, acaba de ser eliminado del torneo mexicano, una liga de ribetes menores. El actual club de Carlitos se pasea como rey en la Ligue 1 de Francia. Él me compadece. Yo creo que los triunfos de su equipo le son tan cercanos como los juguetes que Chabelo les regalaba a otros, muy lejos, vistos con envidia y deseo a través del televisor. **U**



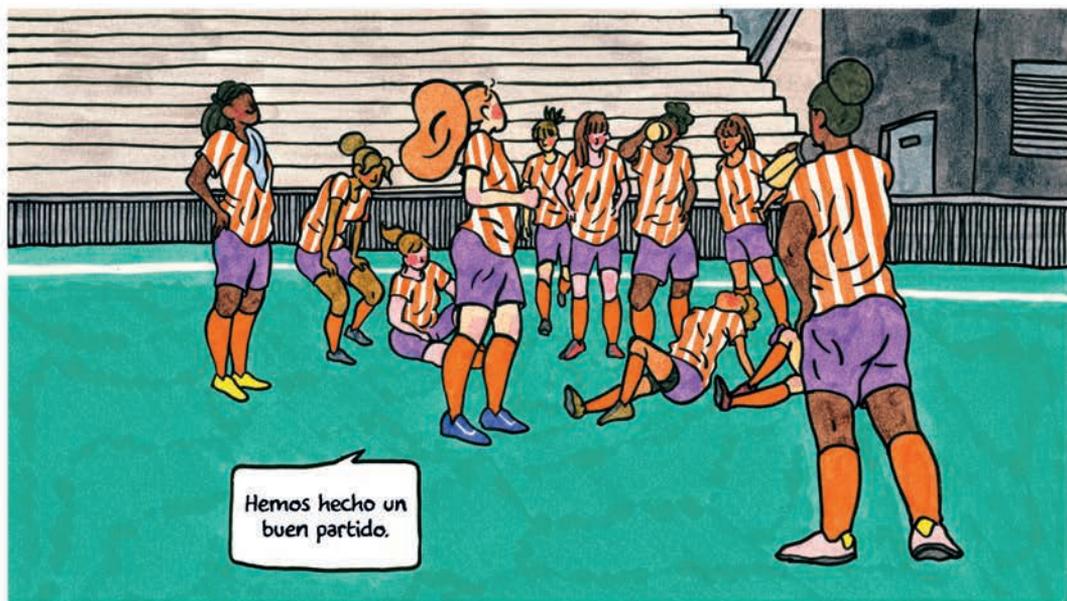
CHLOÉ WARY

*Temporada
de Rosas*

ASTIBERRI





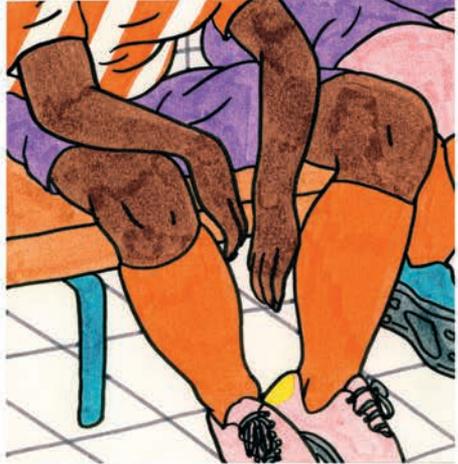




Podéis estar orgullosas, chicas.



Hoy habéis estado fuertes y unidas sobre el terreno: habéis hecho piña.













PARAÍSO CANALLA

FRAGMENTO

Francisco Mouat

Lo que más me impresionó del Colorado Vázquez fueron el brillo y la expresión de sus ojos cuando le explicaba a la cámara, alargando las sílabas, por qué se llamaban “canallas” los hinchas de Rosario Central y “leprosos” los de Ñulsolboys. Acá en Rosario, decía él, o se es de Ñulsolboys o se es de Rosario Central:

Nos llaman “canallas” porque hace muchísimos años se organizó un partido para recaudar fondos para ayudar a los enfermos de lepra, y Rosario Central negó la participación de su equipo, cosa que no hizo Ñulsolboys.

Sus ojos detonaron en mí una atracción inmediata hacia ese mundo habitado por canallas y leprosos. Quiero conocer a Aldo Pedro Poy y al Colorado Vázquez, pensé, quiero ser parte de la fiesta del 19 de diciembre. Hacerme canalla y acompañar a Poy en su vuelo en palomita a tocar el cielo, igual que cuando éramos pendejos y el mejor lugar del mundo era el que inventábamos con los amigos para vivir en él. Nos gustaba pasar todo el día con nuestros amigos y nunca íbamos a permitir que uno de ellos quedara a la deriva, abandonado a su suerte.

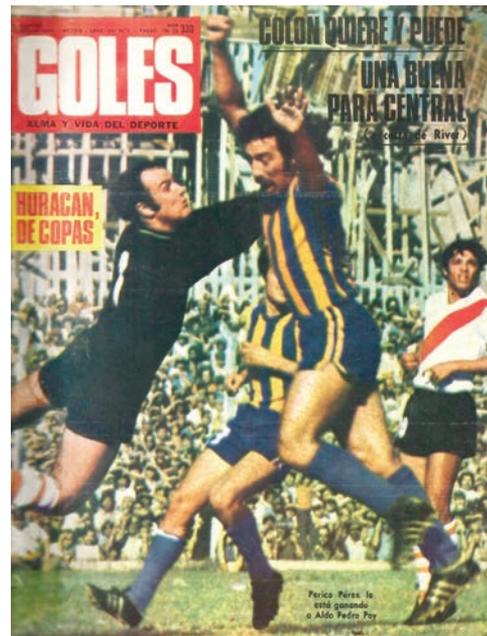
Casi no nos dimos cuenta, y esos amigos indestructibles perdieron su nombre, se esfumaron de nuestros días y nuestras noches, salieron disparados como ráfagas de metralleta hacia otra galaxia.

Si el 19 de diciembre de 1971 el gol de palomita de Aldo Pedro Poy hubiera sido contra River Plate o Boca Juniors, sería hoy un bonito recuerdo,

un gol hermoso que figuraría en las estadísticas del club. Pero el fermento de esta historia, la levadura y la sal, es que Poy anotó el único gol de aquella semifinal, y días después su equipo se coronó campeón por primera vez en el propio estadio de Ñulsolboys, para hacer aún más intensa la experiencia de humillar y ser humillado.

Pudo ser Gramajo o el Negro González o Pascuttini el que convirtiera el gol de la victoria en el arco de Fenoy, pero fue Aldo Pedro Poy, delantero de Rosario Central que en toda su vida solo defendió esa camiseta, y este es otro inmenso detalle para tomar en cuenta, porque además de ganarle a Ñulsolboys, aquel gol de palomita lo hizo un delantero identificado hasta los huesos con los canallas.

El arquero de Ñulsolboys se llamaba Carlos Alberto Fenoy, el Loco Fenoy. En estos cincuenta años de palomitas conmemorativas, cualquiera se ofrece de voluntario y hace la pirueta del arquero tarado que deja pasar la pelota para que la fiesta sea completa. Hasta yo fui Fenoy un día en un boliche oscuro en Santiago, en 2003, cuando Chile-Canalla organizó la celebración de la paloma y llegamos diez o quince a tomar unas cervezas. Colgamos unas banderas, y como a las nueve de la noche uno de la mesa sacó un teléfono satelital y lo puso en altavoz y se contactó con Poy, que estaba haciendo la paloma en Miami, en la playa, junto a un grupo de la Organización Canalla Anti Lepra (OCAL). El Colorado en la primera línea tomaba fotos del evento mientras la filial canalla del estado de Florida gritaba: "¡Aldo Poy, Aldo Poy, el papá de Ñulsolboys!". Poy agradeció el llamado, nos dio su bendición, chau amigos, chau Aldo, y a lo que vinimos: armamos un arco de beibifútbol de esos de plástico que uno les regala a los cabros chicos para chutear



Aldo Poy en la portada de la revista *Goles*, 1974

en el patio de la casa, y alguien tenía que hacer de Fenoy y dejarse meter el gol, y como todos querían ser Poy y nadie quería ser Fenoy, me puse en el arco y viví esa noche la experiencia de ser el arquero de la lepra vencido por la imaginación de un puñado de canallas, en un boliche del que solo recuerdo a esta docena de locos saltando y gritando lo mismo que habíamos escuchado desde Miami en el teléfono, "¡Aldo Poy, Aldo Poy, el papá de Ñulsolboys!". Yo los miraba desde el piso y me reía solo. [...]

El Viejo Casale, hincha de Rosario Central, nunca en su vida vio perder a su equipo contra Ñulsolboys. Nunca. Por alguna extraña razón, cuando Central era derrotado, algo le ocurría al Viejo Casale que no llegaba a la cancha: se torcía un tobillo, le salía un trabajo en Misiones, le daba gripe. Él era cábala, amuleto, carta segura de triunfo si ese día, el domingo 19 de diciembre de 1971, viajaba a Buenos Ai-



El gol de “palomita” de Aldo Poy ante Newell’s en la semifinal del Campeonato Nacional de 1971. Archivo El Gráfico ©

res, al Monumental de River, a ver la semifinal Central-Ñuls.

Pero Casale había sufrido en el año 69 un infarto que casi lo despacha al Patio de los Callados. Se salvó de milagro después de un largo trabajo de reanimación, y el doctor le prohibió —entre muchas otras restricciones— ir al estadio porque su corazón no lo resistiría. Su vida se convirtió en un gran tedio. No podía comer carne, no podía tomar vino, no podía excitarse con nada, menos con su querido Rosario Central. Y en la casa su esposa y su hija lo vigilaban, no le quitaban la vista de encima, no había modo de escapar de la cárcel y el aburrimiento.

Como al Viejo Casale aún le funcionaba el seso y sabía que la tarde del 19 de diciembre de 1971 toda la ciudad de Rosario estaría pendiente del clásico y no habría manera de no enterarse de lo que ocurría en Buenos Aires, organizó las cosas para largarse en ómnibus muy temprano en la mañana a la quinta de su hermano, en Villa Diego, donde estaría a salvo hasta que el partido hubiera terminado. A ese hermano el fútbol le importaba un pepino, y los dos se pasarían el día entero tirados en una hamaca dejando que las horas corrieran.

El problema es que la historia del Viejo Casale y su buena fortuna en los clásicos comenzó a circular como una noticia de terror entre la fanaticada: “Hay un señor que nunca en su vida ha visto perder a Rosario Central contra

Ñulsolboys, los médicos lo tienen asustado porque tuvo un infarto hace dos años, y el domingo se va a Villa Diego a ver a su hermano para no exponerse. ¿Vamos a permitir que esto ocurra? Tenemos que hacer algo, rápido, para asegurar que el Viejo esté con nosotros en Buenos Aires, nada ahora es más importante y urgente en el mundo que romperle el culo a la lepra”. Eso fue lo que dijo el Valija en la reunión en la que decidieron secuestrar al Viejo Casale.

El Rulo consiguió un ómnibus igualito a los del 305 que iban a Villa Diego, y el resto de los muchachos que participó en la operación ya tenía estudiados los movimientos que haría Casale esa mañana, la esquina exacta en que estaría esperando al ómnibus, incluso la hora en que saldría de su casa. El Rulo pasó a buscar al Valija, al Miguelito, al Turco, al Perico, al Dani, al Colorado y también al Rábano, que se ofreció para hacerle respiración boca a boca si por alguna razón se ponía mal en la ruta a Buenos Aires.

Al Viejo Casale lo subieron engañado en la calle San Luis. Qué se iba a imaginar, cuando estiró la manito en la esquina e hizo parar el ómnibus, que allí adentro viajaban sus secuestradores. Subió y le pasó un billete al Rulo. Los pasajeros: unos muchachos sentados al fondo medio dormidos y con pinta de venir de vuelta de algún bar, mañana típica de domingo temprano arriba de un 305. El Rulo le estiró el boleto con el cambio y le indicó un asiento

Ahí el Viejo Casale se entregó y se hizo uno más, y se olvidó del corazón y del doctor.

libre. Y el Viejo Casale inició camino a Buenos Aires arriba de un ómnibus, acompañado de una tropa de supersticiosos hinchas de Rosario Central, en un viaje que le iba a cambiar la vida de un modo extraordinario.

El engaño, obviamente, duró lo que el viaje a Villa Diego, hasta que el Viejo Casale se levantó de su asiento y le indicó al Rulo que lo dejara por favor en la próxima esquina, que si fuera tan amable de abrirle la puerta, y el Rulo después de hacerse el loco y decirle que se esperara un momentito, los miró a todos como diciéndoles ya no más show, y en ese momento la farsa se acabó y aparecieron el bombo y las trompetas y los pitos y las poleras de Rosario Central, y se abrieron las ventanas y flamearon las banderas canallas y empezaron a darle con las manos a la carrocería siguiendo el ritmo del bombo, y el Viejo Casale, aparte de la impresión del comienzo y un primer alegato, que eran unos irresponsables, dijo, unos asesinos, se convenció rápido de que no había manera de torcer el destino, y en el fondo se alegró, sobre todo cuando el Miguelito le dijo muy serio que esto incluso se había conversado con su médico y su familia, que habían querido darle una bonita sorpresa, que estaba hecho un toro, y ahí el Viejo Casale se entregó y se hizo uno más, y se olvidó del corazón y del doctor, y lo que cuenta el Negro Fontanarrosa es que el Viejo Casale ese día fue el hombre más feliz del mundo:

El viejo cantaba, puteaba, chupaba mate, comía facturas, gritaba por la ventana y a la cancha se bajó envuelto en una bandera. No había, en la hinchada, un tipo más feliz que él. Vino con nosotros a la popu y se bancó toda la espera del partido, que fue más larga que la puta que lo parió, y después se bancó el partido. Estaba verde,

eso sí, y había momentos en que parecía que vos lo pinchabas con un alfiler y reventaba como un sapo, porque yo lo relojeaba a cada momento. Y después del gol del Aldo yo lo busqué, lo busqué porque fue tal el quilombo y el desparramo cuando el Aldo la mandó adentro que yo ni sé por dónde fuimos a caer entre las avalanchas y los abrazos y los desmayos y esas cosas. Pero después miré para el lado del viejo y lo vi abrazado a un grandote en musculosa, casi trepado arriba del grandote, llorando. Y ahí me dije: si este no se murió aquí, no se muere más. Es inmortal. [...]

Los que organizaron y ejecutaron el secuestro del Viejo Casale tenían que asegurar que el amuleto viajara a Buenos Aires y alentara al equipo desde la galería. Cumplieron su tarea: el Viejo Casale estuvo ahí. La primera parte del trabajo se hizo, y bien. Pero había otra tarea en la que ninguno de ellos podía intervenir. Rosario Central tenía que ganarle a Ñulsolboys. Alguien tenía que hacer un gol en el arco de Fenoy, y la valla de Central defendida por Menutti debía mantenerse invicta. Alguien en la cancha, un Elegido, tenía que meter el gol que sirviera para derrotarlos y llevar a Central al primer título de su historia. Y ese Elegido fue Aldo Pedro Poy, que a los nueve minutos del segundo tiempo se zambulló en palomita para anotar un gol que los hinchas de Ñulsolboys jamás olvidarán, y que los hinchas de Rosario Central decidieron celebrar desde ese día hasta el fin de los tiempos. **U**

Francisco Mouat, *Paraíso canalla*, Overol E.I.R.L., Santiago de Chile, pp 9-37. Se reproduce con el permiso del autor.





EL EXTRANJERO

Pedro Mairal

Se me ocurren varias cosas que me dan vergüenza, por ejemplo: despedirme de alguien con un gran abrazo a la salida de una fiesta y después ir caminando los dos para el mismo lado. Que un mago me elija como voluntario. Los diálogos de ascensor. Salir del cuarto oscuro y poner el voto en la urna. Ganar. Contestar preguntas sobre el oficio de escritor en los periodos en que no estoy escribiendo. El fútbol... Sí, el fútbol, que tanta alegría le da a tanta gente, para mí siempre ha sido motivo de bochorno. El desinterés por el fútbol te vuelve un poco menos argentino, un poco menos hombre. Yo padecí eso toda la vida. Me hubiese gustado ser parte de la gran hermandad futbolística, poder integrarme a la memoria colectiva de cada domingo y hablar después durante la semana, como los porteros, de vereda a vereda; como los oficinistas, de escritorio a escritorio, cargándose por derrotas y rivalidades, insultándose de esa manera tan colorida y ocurrente. Pero el fútbol siempre me expulsó.

Nunca logré ser de ningún equipo. En casa me habían regalado una camiseta del Boca. Yo me la puse un par de veces y la sentí como un disfraz. Un día me vino a visitar Gonzalo, un compañero de primer grado, y cuando vio la camiseta se rio de mí, me despreció porque él era del River. Finalmente me convenció para que me uniera a los millonarios y yo acepté. Hice un gran esfuerzo pero fue en vano, no me interesaban las formaciones, ni los resultados, ni los cantitos, y así quedé sin camiseta, conde-

◀ ©Charlie Crane, de la serie *Football*, 2007. Cortesía del artista

“Pónganse las pilas, muchachos”, y yo sabía que eso estaba dirigido enteramente a mí.

nado a revelar mi desnudez apátrida cada vez que me preguntan de qué equipo soy.

Como jugador, mi historia no es mucho mejor. En el colegio, en el recreo de las 10:10 a.m., salíamos corriendo de la clase y los dos líderes hacían “pan y queso” en las baldosas del patio. El que le pisaba la punta del pie al otro empezaba a elegir. Iban seleccionando a los mejores, y cada elegido se unía contento a uno de los dos equipos que se iban formando. Los “pataduras” íbamos quedando entre los últimos. Vos veías que tu amigo buscaba un jugador entre los aspirantes y te evitaba la mirada una y otra vez, como si fueras transparente. Él sabía que vos estabas ahí, pero no te elegía porque la victoria era más importante que las sutilezas de la amistad. Yo quedaba último o anteúltimo, sin decir nada (porque suplicar era peor), hasta que me elegían porque no quedaba más remedio.

Nos poníamos a jugar en el patio de cemento, donde había dos o tres partidos simultáneos. Lo que me empezaba a pasar en ese momento es difícil de explicar. Era como que te sienten en una orquesta filarmónica a tocar un instrumento con el que ensayaste apenas un par de veces. Tenés miedo de arruinar todo, miedo a equivocarte, a ser una vergüenza para la historia de la música, pifiar algo grosero en pleno concierto y que se interrumpa la función por tu culpa. Esa era la sensación que tenía. Mi equipo hacía jugadas magistrales hasta que la pelota llegaba a mis pies, que estaban totalmente fuera de tono y entonces yo pifiaba, pateaba mal o me la sacaban los contrarios y arruinaba toda la jugada, todo el esfuerzo de mis amigos. Y lo peor es que ellos, por ahí, no

decían nada, o a lo sumo, mientras volvíamos a la media cancha después del gol de los contrarios, decían “Pónganse las pilas, muchachos”, y yo sabía que eso estaba dirigido enteramente a mí.

Cuando me preguntan de qué equipo soy, contesto: “De ninguno; no soy muy futbolero”. Prefiero ese baldazo de agua fría, esa confesión antipática, a intentar simular una pa-



©Charlie Crane, de la serie *Football*, 2007.

sión por alguna camiseta, porque si lo hago, enseguida sale a la luz mi ignorancia y es mucho peor quedar como impostor que como extranjero.

Hace poco un taxista me preguntó de qué equipo era y yo quise contestar como siempre, pero supongo que lo dije con tono de fastidio porque me preguntó si me molestaba el tema. Yo le dije: "¿A vos te gusta el ballet?". "No", me



Cortesía del artista

contestó. "A mí tampoco, no me gusta nada", le dije. "Ahora imaginate que el país entero fuera fanático del ballet y a vos no te gusta el ballet. La gente va los domingos a ver ballet a los teatros; unos son fanáticos de Maximiliano Guerra, otros de Julio Bocca; y en cada teatro compiten dos bailarines y bailarinas. Imaginate que paran el tráfico por la cantidad de gente que va a ver ballet, que los noticieros le dedican quince minutos todos los días al ballet, imaginate si hubiera siete canales de TV que pasan solo ballet". El taxista me miraba por el espejito. Yo seguí: "Imaginate que los pasajeros que se suben al taxi te hablen de la coreografía y los saltos geniales que hizo un bailarín el domingo y vos no lo viste y no te gusta el ballet. En la calle todos hablan de ballet, las tapitas de gaseosa tienen adentro imágenes de bailarines. Cuando un chico nace ya el padre lo hace fan de un bailarín. Los chicos en la plaza ponen música y bailan. Hay barra-bravas de ballet, se matan a cadenzazos y balazos a la salida del Colón cuando es la gran final. Una o dos veces por mes alguien te pregunta '¿Vos de qué bailarín sos?', y vos no sos de ningún bailarín. Lo decís y te miran raro. La gente en los bares mira ballet por televisión...". A esta altura el tipo empezó a resoplar, así que no le di más ejemplos y le pregunté: "¿Me entendés?". "Sí —me contestó—, te entiendo". "¿Cómo te sentirías vos si la cosa fuera así?", le pregunté. "Y... no... claro", contestó, después se quedó callado y al rato dijo: "Pero no vas a comparar el fútbol con el ballet". Y yo me hundí un poco en el asiento y miré por la ventanilla con vergüenza porque pensé que él quizá tenía razón. **U**

Revista *Latidos*, octubre de 2001, núm. 28, Buenos Aires, pp. 28-29. Se reproduce con el permiso del autor.



MUNDIAL DE CATAR: FÚTBOL PARA OCULTAR LA REALIDAD

Ángel Cappa

Investigación y datos de María Cappa

*Y la verdad sea dicha, este hermoso espectáculo,
esta fiesta de los ojos es también un cochino negocio.*

Eduardo Galeano

Hasta que el negocio descubrió en el fútbol una enorme fuente de ingresos, los mundiales eran una fiesta para los pueblos. Se reunían los mejores jugadores y competían representando a sus respectivos países hasta consagrar al campeón, que generalmente era el que mejor jugaba.

Por entonces el juego tenía casi la misma importancia que el resultado. En todo caso, su significado ocupaba un lugar de privilegio en el patrimonio emocional de cada cual. En la consideración general, valía menos ganar sin jugar bien que perder jugando bien (como ocurrió con la Hungría del 54, la Holanda del 74 o el Brasil del 82, por poner algunos ejemplos).

Quiero decir que el buen juego tenía un valor y un respeto que, como veremos más adelante, fue perdiendo a medida que el capitalismo le transmitía su lógica.

Una vez que el negocio le arrebató a la gente la propiedad material y conceptual del fútbol y las grandes empresas impusieron sus leyes comerciales, los mundiales dejaron de ser la fiesta mayor del fútbol para convertirse en uno de los más eficaces medios de rapiña de empresas oportunistas, la FIFA y en general de quienes dirigen los destinos de este deporte.

¿POR QUÉ CATAR?

¿Por qué un país sin tradición futbolera, que se distingue por violar los derechos humanos y laborales, que oprime descaradamente a las mujeres, que no respeta a los homosexuales y que comete una fechoría tras otra en perjuicio de los más débiles, es elegido por la FIFA para organizar el Mundial 2022?

¿Tal vez sea por su poderío económico, sus reservas petroleras, sus relaciones comerciales con los países dominantes? Veamos.

Las sedes de los campeonatos mundiales son elegidas por los votos de los representantes de todas las federaciones de fútbol en la FIFA.

Varias acusaciones e investigaciones sugieren que la razón principal para que los dirigentes del fútbol mundial hayan elegido a Catar (y también, de paso, a Rusia para el campeonato

anterior) resume uno de los motores principales del capitalismo: la corrupción; en este caso concreto, los sobornos.

Pero antes, repasemos, aunque sea someramente, las características claramente antidemocráticas de Catar.

EL NEGOCIO MIRA PARA OTRO LADO

Cuando se trata de acumular dinero, los derechos humanos no se suelen tener en cuenta y el capitalismo desnuda toda su hipocresía.

El "otro lado" de Catar, el que quieren blanquear es, resumiendo, el siguiente:

Penal de muerte: En mayo de 2020 el país recuperó la pena de muerte tras ejecutar a Anil Chaudhary, un nepalí que trabajaba en un lavadero de coches y fue acusado de matar a un ciudadano catarí.



West Bay, Doha, Catar, 2022. *Unsplash* ©

Libertad de expresión: Si se considera que una información es "tendenciosa" (es decir, contraria al discurso oficial), el castigo puede ser de cinco años de cárcel y una multa de hasta veinticinco mil dólares. Además, se puede imponer la prohibición de viajar sin un proceso judicial.

Discriminación contra las mujeres: Es frecuente y, en muchos casos, está avalada por ley. Hay impedimentos legales al divorcio y las menores de 25 años necesitan permiso de sus tutores para actividades como viajar al extranjero, firmar un contrato o incluso salir de casa.

Homosexualidad: Prohibida por ley. La pena por incitar a la "sodomía o disipación" o a "acciones inmorales" es de siete años de prisión. Para este Mundial, el presidente del comité or-

ganizador, Nasser Al Khater, llamó a no expresar públicamente muestras de afecto por respeto a la cultura de su país.¹ En general, está mal visto darse la mano, abrazarse o darse besos, pero particularmente entre homosexuales.

Derechos laborales: Rige el sistema de la *ka-fala*, que significa "garantías" en árabe, pero la realidad es que los empleados no pueden decidir cambiar de trabajo, las empresas pueden confiscarles el pasaporte y no hay posibilidad de reclamar condiciones mínimas a través de sindicatos. Es decir, persiste una suerte de tra-

¹ Véase Amanda Davis, "Qatar 2022 y derechos humanos: la tensa charla con el presidente del comité organizador del Mundial", CNN. Disponible en <https://cnnespanol.cnn.com/video/qatar-2022-mundial-leyes-anti-homosexuales-lgbtq-deportes-cnne-pkg/> [N. de los E.]



El equipo alemán protesta por violaciones a los derechos humanos, Duisburg, Alemania, 2021. Fotografía de ©Tobias Schwarz

Históricamente, los procesos de adjudicación de la Copa del Mundo han estado plagados de irregularidades.

bajo forzoso que se ha intensificado por el Mundial 2022 y que ha hecho que la frecuencia de “accidentes” se haya disparado.

REFORMAS QUE NO REFORMAN

Ante la presión de algunos medios de comunicación y especialmente la difusión de una investigación de *The Guardian*, que cifraba en 6 mil 500 el número de muertes por causas laborales de trabajadores de India, Pakistán, Nepal, Sri Lanka y Bangladesh desde que Catar fue designada sede del torneo, el gobierno catari anunció reformas laborales favorables a la mano de obra migrante.

Las reformas fueron avaladas por la FIFA y también por la Organización Internacional del Trabajo (OIT). Puede resultar un detalle importante saber que la FIFA prevee superar los 5 mil 745 millones de euros en ingresos por el Mundial 2022 que tenía contemplados en un principio. Y que la operación de supervisión de las reformas de la OIT con sede en Doha está totalmente financiada por los cataríes.

Sin embargo, Human Rights Watch, Amnistía Internacional, Migrant Rights y otros organismos defensores han documentado que los abusos contra los derechos humanos siguen siendo una parte muy importante de la vida cotidiana de los aproximadamente dos millones de trabajadores migrantes en Catar.

Por ejemplo, un informe de Amnistía Internacional Reality Check de noviembre de 2021 afirma que “los cambios llevan un año paralizados” y que han “resurgido las viejas prácticas abusivas, que recuperan los peores momentos de la kafala y socavan algunas de las recientes reformas”.

En agosto de 2021, Amnistía Internacional documentó la pasividad de las autoridades cataríes a la hora de investigar la muerte de mi-

les de trabajadores migrantes pese a la existencia de una relación demostrada entre las muertes prematuras y la falta de seguridad en el trabajo.

EL SOBORNO COMO MÉTODO

Después de años de investigaciones y acusaciones, el Departamento de Justicia de Estados Unidos acusó a representantes de Rusia y Catar de pagar sobornos a funcionarios de la FIFA para asegurar los derechos de sede de la Copa del Mundo de fútbol masculino.

Los fiscales estadounidenses revelaron detalles sobre el dinero pagado a cinco miembros de la junta directiva de la FIFA antes de la votación de 2010 para elegir a Rusia y Catar como anfitriones.

Según esta acusación, tres funcionarios sudamericanos recibieron pagos para votar por Catar: Julio Grondona, de Argentina (fallecido en 2014), Nicolás Leoz, de Paraguay (también fallecido) y Ricardo Teixeira, exlíder del fútbol brasileño (quien sigue en su país, ya que Brasil no tiene tratado de extradición con Estados Unidos).

David W. Larkin, un abogado especializado en industria deportiva y anticorrupción, y también codirector del grupo de presión Change FIFA, se refirió a la elección de las sedes para los mundiales en los siguientes términos:

Basándonos en lo que sabemos, creo que se puede concluir que, históricamente, los procesos de adjudicación de la Copa del Mundo han estado plagados de irregularidades. También considero que la respuesta de la FIFA a las numerosas denuncias y admisiones de corrupción relacio-

nadas con la designación de las sedes para celebrar los mundiales a lo largo de los años ha sido deplorablemente insuficiente. ¿Que si creo que la deficiente respuesta por parte de la FIFA fomenta que este tipo de comportamientos se repitan en un futuro? En mi opinión, sí.

NO TODO ES SILENCIO: HABLAN LOS PROTAGONISTAS

A pesar del silencio y la complicidad de la mayoría de los medios de comunicación en razón de las ganancias que esperan obtener, algunos jugadores, exjugadores y equipos participantes objetaron la designación de Catar como sede del Mundial 2022. Ya sabemos que cuando se trata de dinero los derechos humanos importan poco. No obstante, las voces discrepantes los tienen en cuenta y lo han dejado claro con mayor o menor énfasis. Philipp Lahm, destacado exjugador de la selección alemana, declaró:

No formaré parte de la delegación alemana y tampoco estoy interesado en ir allí como aficionado. Prefiero seguir el torneo desde casa. Los derechos humanos deberían desempeñar un papel importante en la adjudicación del torneo. Si se adjudica el contrato a un país que es uno de los peores en ese aspecto, comienzas a cuestionar los criterios utilizados para tomar la decisión.

La selección de Noruega usó camisetas con los lemas "Respeto —dentro y fuera del campo" y "Derechos humanos —dentro y fuera del campo" antes de su partido clasificatorio contra Gibraltar. Con este gesto los noruegos buscaban enviar un mensaje para defender a los trabajadores en Catar.

Antes del partido de clasificación para el Mundial 2022, el seleccionado alemán salió a

la cancha con camisetas donde se leía "Derechos Humanos". Leon Goretzka, centrocampista de la selección germana, confirmó que el mensaje apunta a las difíciles condiciones de los trabajadores migrantes en la sede mundialista. "Queremos mostrarle a la sociedad que no estamos ignorando lo que sucede en Catar", manifestó: "Queremos dejar claro qué condiciones deberían estar ahí. Tenemos un gran alcance que podemos utilizar bien, para dar ejemplo de los valores que queremos defender".

Toni Kroos, exjugador de la selección alemana y centrocampista del Real Madrid, ha calificado de "inaceptables" las condiciones laborales vigentes en Catar:

Los trabajadores migrantes están sometidos a jornadas sin descanso bajo unos tórridos 50°C, sufren una alimentación insuficiente, sin agua potable y a temperaturas de locura [...] no hay ninguna garantía, tampoco de seguridad, para quienes trabajan para el torneo, ni atención médica. [...] Todo esto es absolutamente inaceptable.

El futbolista del Madrid recuerda, además, que en Catar se persigue penalmente la homosexualidad y que se practica "cierta violencia" sobre los trabajadores. En cuanto a un posible boicot, Kroos estimó que no serviría para mejorar las condiciones laborales. En cambio, cree mejor aprovechar el torneo para llamar la atención sobre esas situaciones, ya que "el fútbol despierta siempre una atención extrema. Sea antes o durante el torneo".

Eric Cantoná, exfutbolista de varios equipos, incluido el Manchester United, anunció que no verá la próxima Copa del Mundo: "No es para mí", dijo. Agregó que Catar no reúne los requisitos indispensables para ser una sede mundialista: "solo es cuestión de dinero... y la forma



Trabajadores migrantes, Catar, 2011. International Labour Organization/Flickr ©

en que trataron a las personas que construyeron los estadios es horrible. Miles de personas han muerto. Y, sin embargo, vamos a celebrar este Mundial”.

Harry Kane, delantero del Tottenham y de la selección inglesa, dijo que los jugadores de la selección se reunieron para decidir de qué manera pueden destacar los problemas que se viven en Catar y cómo ayudar a que se solucionen: “Lo que se puede hacer es poner el foco en los problemas importantes de los que no se hablaría si la Copa del Mundo no se celebrara ahí”.

A PESAR DE TODO

Dice Eladia Blázquez en una hermosa canción que: “A pesar de todo, me trae cada día la loca esperanza, la absurda alegría”.

Efectivamente, a pesar de todo: de la invasión del negocio en el fútbol, de la distorsión de sus valores deportivos y la adopción de los valores empresariales, de la intromisión de la tecnología que todo lo mide, lo compara, lo

cuantifica. A pesar de que el próximo Mundial se celebrará en un país que se destaca por la violación de los derechos humanos, los que amamos el fútbol esperamos ansiosos que empiece el juego.

Recuerdo cuando en Madrid formé parte de una organización que pedía el boicot al Mundial 78 de Argentina. En realidad lo que hacíamos era denunciar las atrocidades cometidas por la Junta Militar que gobernaba en esos momentos. Pero a la hora de los partidos nos juntábamos delante del televisor como cualquier hincha. Eduardo Galeano ponía un cartel en la puerta de su casa que decía: “Cerrado por fútbol”, y no estaba para nadie. Pienso que es necesario y saludable separar el juego de todo lo que lo rodea, que suele ser despreciable.

El Mundial se jugará de todos modos. Entonces, sin dejar de denunciar los atropellos de las autoridades cataríes y de la FIFA, nos preparamos para ver los partidos con entusiasmo. Es la única manera de disfrutar “la absurda alegría” del fútbol. **U**

ONCE CANTOS FUTBOLEROS



¿CÓMO NO TE VOY A QUERER? (PUMAS, MÉXICO)

¿Cómo no te voy a querer?

¿Cómo no te voy a querer?

Si mi corazón azul es y mi piel dorada.

Siempre te querré.

aunque no entiendan que por Boca
[doy la vida
cuando me muera no quiero nada de
[flores,
yo quiero un trapo que tenga estos
[colores.

Y dale, dale, dale, dale, dale, bo
y dale, dale, dale, dale, dale, bo
y dale, dale, dale, dale, dale, bo
y dale, dale, dale, dale, dale, bo.



YO QUIERO UN TRAPO QUE TENGA ESTOS COLORES (BOCA JUNIORS, ARGENTINA)

Al gallinero ya se lo prendimos fuego,
a San Lorenzo lo corrimos en Boedo,
a Avellaneda lo defiende un policía.

Ay, qué puta que son las Hinchadas
[Unidas.

Quiero que sepan que el Xeneize es
[mi alegría,



HINO DO FLAMENGO (FLAMENGO, BRASIL)

*Uma vez Flamengo,
sempre Flamengo.
Flamengo sempre eu hei de ser.
É o meu maior prazer
vê-lo brilhar
seja na terra,
seja na mar.
Vencer, vencer, vencer.*

Uma vez Flamengo,
Flamengo até morrer.
Na regata ele me mata,
me maltrata, me arreбата.
De emoção no coração,
consagrado no gramado.
Sempre amado, o mais cotado
nos Fla-Flus é o Ai, Jesus.
Eu teria um desgosto profundo
se faltasse o Flamengo no mundo.
Ele vibra, ele é fibra,
muita libra já pesou.
Flamengo até morrer
eu sou.



EL CANT DEL BARÇA (BARCELONA, ESPAÑA)

Tot el camp
és un clam.
Som la gent blaugrana,
tant se val d'on venim:
si del sud o del nord.
Ara estem d'acord,
estem d'acord.

Una bandera ens agermana.
Blaugrana al vent,
un crit valent.
Tenim un nom el sap tothom:
Barça, Barça, Barça!



YOU'LL NEVER WALK ALONE (LIVERPOOL, INGLATERRA)

When you walk through a storm,
hold your head up high,
and don't be afraid of the dark.
At the end of a storm,
there's a golden sky,
and the sweet silver song of a lark.

Walk on through the wind,
walk on through the rain,
though your dreams be tossed and blown..

Walk on, walk on,
with hope in your heart,
and you'll never walk alone.
You'll never walk alone.



VOLVEREMOS, VOLVEREMOS (LA U, CHILE)

Volveremos, volveremos,
volveremos otra vez.
Volveremos a ser grandes,
grandes como fue el ballet.

Volveremos, volveremos,
volveremos otra vez.
Volveremos a ser grandes,
como lo fue el ballet.



HINO DO SÃO PAULO (SÃO PAULO, BRASIL)

*Salve o Tricolor Paulista,
amado clube brasileiro.
Tu és forte, tu és grande,
dentre os grandes és o primeiro.*

*Oh, Tricolor,
clube bem amado.
As tuas glórias
vêm do passado.*

*São teus guias brasileiros
que te amam ternamente.
De São Paulo tens o nome
que ostentas dignamente.
De São Paulo tens o nome
que ostentas dignamente.*



HALA MADRID (REAL MADRID, ESPAÑA)

Historia que tú hiciste,
historia por hacer,
porque nadie resiste
tus ganas de vencer.

Ya salen las estrellas,
mi viejo Chamartín,
de lejos y de cerca
nos traes hasta aquí.

Llevo tu camiseta
pegada al corazón.
Los días que tú juegas
son todo lo que soy.
Ya corre la "Saeta",
ya ataca mi Madrid.
Soy lucha, soy belleza.
El grito que aprendí:

Madrid, Madrid, Madrid.
¡Hala Madrid!

Y nada más, y nada más.
¡Hala Madrid!



HO VISTO MARADONA (NAPOLI, ITALIA)

'O mamma, mamma, mamma.
'O mamma, mamma, mamma,
¿sai perché mi batte il corazón?
Ho visto Maradona,
ho visto Maradona.
Eh, mamma, innamorato son.



GLORY, GLORY (MANCHESTER UNITED, INGLATERRA)

Glory, glory, Man United!
Glory, glory, Man United!
Glory, glory, Man United!
As the Reds go marching ¡on, on, on!

*Just like the Busby Babes in Days gone by
we'll keep the red flags flying high.
You've got to see yourself from far and
[wide,*

*you've got to hear the masses sing with
[pride:*

*United! Man United!
We're the boy in Red and we're on our
[way to Wemberly.*

*Wemberly! Wemberly!
We're the famous Man United and we're
[going to Wemberly.
Wemberly! Wemberly!
We're the famous Man United and we're
[going to Wemberly.*

*In seventy seven it was Docherty,
Atkinson will make it eighty three.
And everyone will know just who we are,
they'll be singing Que Sera Sera.*



GOYA (PUMAS, MÉXICO)

México, Pumas, Universidad.
¡Goya! ¡Goya!
¡Cachún, cachún, ra, ra!
¡Cachún, cachún, ra, ra!
¡Goya!
¡Universidad!





EL GOL QUE LOGRÓ MÁS QUE LOS FUSILES

Jacobo García

Una vez fui a un partido de fútbol en Tegucigalpa y no dejó de caerme orina desde la grada superior. Se jugaba el clásico de la capital entre Olimpia y Motagua y yo no le iba a ningún equipo. Solo quería observar. Y en el fútbol ir de antropólogo neutral es la peor posición posible. No hay afición entre la cual resguardarse ni gol que celebrar, lo que directamente te convierte en la botarga a vapulear. El Doctor Simi de los conciertos.

Bajo el intenso sol del trópico, solo en el segundo tiempo entendí el sentido de los chubasqueros. En bolsas de jugo o en vasos de unicef, el orín amarillo volaba por la grada de una hinchada a otra. Por aquel entonces Honduras era uno de los países más violentos del mundo, así que nadie se extrañó de que al día siguiente los periódicos midieran la intensidad del encuentro por el número de muertos y no por los goles. Sirva esto para describir el entusiasmo con el que se viven los partidos en Honduras.

Pondré otro ejemplo: en julio de 1969 El Salvador y Honduras mantuvieron una guerra de cuatro días que Ryszard Kapuściński popularizó como "la guerra del fútbol". En realidad, el deporte fue la excusa para un conflicto bélico nacionalista entre militares de uno y otro país, que tuvo como detonante los partidos de clasificación para el Mundial de México 70. En poco más de cien horas murieron seis mil personas y más de veinte mil fueron heridas en una absurda lucha entre vecinos, entre dos países que, hasta el momento, habían convivido como hermanos. Sirva también esto para describir el entusiasmo con el que se viven los partidos en Honduras.

Cuarenta años después, un gol volvió a cambiar el rumbo del país en el momento más tenso de su historia reciente. Para ello necesitó, no obstante, comenzar por el contexto.

Sucedió el miércoles 14 de octubre de 2009 durante un partido de clasificación para el Mundial de Sudáfrica. Yo estaba en Tegucigalpa cubriendo para el periódico *El Mundo* el golpe de Estado que cuatro meses antes había sacado al presidente Manuel "Mel" Zelaya del poder y del país. Aquella madrugada del 28 de junio de 2009, un grupo de soldados entró hasta la cama de Zelaya, lo subieron a un avión y lo sacaron del país. Al otro día, el presidente, que coqueteaba con la izquierda bolivariana, apareció en Costa Rica en pijama y con sombrero de cowboy para denunciar al mundo que lo despertaron con un arma en la cabeza y que una hora después estaba en un avión rumbo a San José.

Roberto Micheletti, un empresario de 66 años y dueño de varias líneas de autobuses, asumió entonces el poder apoyado por la oligarquía, los militares y el resto de los partidos políticos. Su promesa fue quedarse hasta la convocatoria de nuevas elecciones.

Al día siguiente, cuando la noticia se hizo pública, los seguidores de Zelaya comenzaron las protestas y pronto las calles se volvieron intratables por los bloqueos, la quema de comercios, las barricadas y las manifestaciones de rechazo al presidente de facto. Todas las protestas fueron reprimidas, mientras la Organización de Estados Americanos (OEA), Estados Unidos, México, Lula da Silva, Hugo Chávez y el planeta entero se esforzaban por solucionar el conflicto. El régimen golpista forzó un "apagón de noticias", es decir, obligó a cortar las transmisiones a los medios de comunicación, lo cual fue condenado por Reporteros sin Fron-



Balones de futbol, 2015. Flickr ©

teras. No habían pasado ni veinticuatro horas cuando miles de personas se concentraron en los alrededores de la Casa Presidencial y el Ejército abrió fuego con munición real.

El golpe marcó el fin de un gobierno de izquierdas que había tensado las cuerdas de la débil democracia hondureña desobedeciendo a las instituciones y forzando un referéndum ilegal sobre una nueva Constitución. La casta política tradicional y un buen puñado de las familias más adineradas del país, apoyadas por el Ejército, no soportaban ver el giro a la izquierda de un ranchero que formaba parte del ALBA (Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América), la organización económica creada por Fidel Castro, Evo Morales, Chávez y Rafael Correa.

Una semana después del derrocamiento, el 5 de julio, una avioneta venezolana intentó traer a Zelaya de vuelta, a lo que el gobierno de Micheletti reaccionó cruzando varios camiones en la pista de aterrizaje. Mientras, decenas de personas se concentraron frente al

Ningún equipo creaba ocasiones de gol hasta que los dos mejores jugadores de Honduras trenzaron una jugada mágica.

aeropuerto en apoyo al regreso del presidente, hecho que se saldó con un muerto. Fuera de Honduras la situación no era mucho mejor. La OEA suspendió al país centroamericano como miembro de la organización hasta que se restaurara "el gobierno democrático", a la vez que todos los embajadores de la Unión Europea se retiraron en bloque. Los países vecinos, El Salvador, Nicaragua y Guatemala, anunciaron sanciones económicas, y el Banco Interamericano de Desarrollo y el Banco Mundial suspendieron la ayuda financiera.

En agosto las marchas en las dos principales ciudades del país, Tegucigalpa y San Pedro Sula, eran multitudinarias en favor del retorno de Manuel Zelaya y los disturbios asolaban las calles, a lo que el Ejército y el gobierno respondieron con violencia y decretaron un toque de queda en todo el territorio hondureño. La crisis política se profundizó aún más cuando en septiembre Zelaya logró regresar a Honduras y, para evitar su detención, se encerró en la embajada de Brasil. El gobierno decidió entonces cortar la luz y el agua a la sede diplomática, que se convirtió en el nuevo destino de todas las manifestaciones de protesta.

Micheletti, conocido en la calle como "Goriletti", un hombre de modales toscos, daba muestras de fuerza reprimiendo las protestas, pero su permanencia pendía de un hilo. Con el país dividido, aislado políticamente y con la economía en quiebra tras perder el apoyo financiero de los organismos internacionales, el gobierno de facto no lograba imponer su narrativa golpista. Con la calle ardiendo, Micheletti mantenía su poder sobre los fusiles... hasta la noche del 14 de octubre de 2009.

Esa noche, después de una irregular eliminatoria para el Mundial de Sudáfrica 2010, las selecciones de Honduras y Costa Rica habían llegado al último partido con posibilidades de clasificarse y desde las ocho de la noche ambos equipos disputaban sus encuentros de forma simultánea. Costa Rica jugaba contra Estados Unidos en Washington y Honduras contra El Salvador en Cuscatlán. Las dos selecciones necesitaban ganar para llegar a la cita mundialista.

El partido de Honduras avanzaba sin goles entre el tedio y el sopor. Ningún equipo creaba ocasiones de gol hasta que los dos mejores jugadores de Honduras trenzaron una jugada mágica. David Suazo, un indígena garífuna apodado la "Pantera", que jugaba en el Inter de Milán a las órdenes de José Mourinho, recibió un balón en la esquina derecha del ataque. Elegante como su apodo, controló, levantó la cabeza y soltó la pierna derecha, colgando un balón perfecto a la olla, donde esperaba la "Sombra Voladora", como era conocido Carlos Pavón, otro negro garífuna. Su salto en el minuto 63 debería quedar guardado en los manuales sobre la mejor forma de hacer un remate de cabeza. Pavón llegó en carrera, se levantó sobre la defensa, giró el cuello de forma impecable y mandó con fuerza el balón a la escuadra, dando la victoria a su selección.

El país celebró el gol con gritos y abrazos, pero aún faltaba por disputarse media hora del partido Estados Unidos-Costa Rica. Desde ese momento toda Honduras cambió de canal para ver el final del segundo juego clasificatorio, que ganaban los centroamericanos. Cuando todo parecía perdido, Bornstein cabeceó un córner de Donovan al fondo de la red en el minuto 49 del segundo tiempo, con el que lograba empatar a Costa Rica y dar, por tanto, la clasificación a Honduras por diferencia de goles.

Cuando el árbitro pitó, unos segundos después, el país entró en éxtasis y miles de hondureños salieron a festejar. Calles, bares, plazas y centros comerciales se llenaron de gente celebrando la victoria. Las ciudades ya no estaban tomadas por las protestas de los seguidores de Zelaya, sino por fanáticos del fútbol envueltos en la bandera azul y blanca. Llantos de júbilo, abrazos, risas, cohetes y guaro hasta altas horas de la mañana. Por primera vez en muchos meses, golpistas y zelayistas se fundían en las calles en un gigantesco abrazo.

Al día siguiente, jueves, el presidente de facto Roberto Micheletti declaró día de asueto nacional y recibió a los jugadores en la Casa Presidencial durante una ceremonia transmitida por televisión. Poco después, el orondo mandatario subió con ellos las escaleras del santuario de Suyapa y todos se fotografiaron con la virgen. Por último, un autobús descapotable recorrió Tegucigalpa con los jugadores a bordo, mientras la capital se echaba extasiada a las calles. Religión, fútbol y poder resultó una combinación demasiado potente. El golpe había triunfado.

La euforia fue tal que Micheletti agradeció a los gringos haberle facilitado a Honduras "el visado para el Mundial". "Vamos a traer a ese gringo [Bornstein] que metió ese gol, sin visado, que venga aquí a Honduras, que lo vamos a felicitar". Fue el guiño irónico de Micheletti a la clasificación, después de que Estados Unidos le retirara el visado como medida de presión para que dejara el poder. Pero nada de eso le importó a él ni a nadie. Por segunda vez en su historia (la primera fue en España 82), Honduras estaba en un Mundial de fútbol. Desde ese día ya nadie se acordó de que en un hotel de la capital las partes negociaban una salida a la crisis política que paralizaba el país. Mien-



Partido de Honduras contra El Salvador en el Estadio Azteca, Ciudad de México, 1969. Archivo El Universal ©

tras todo esto sucedía, Manuel Zelaya seguía el partido desde una televisión en la embajada de Brasil, convertida en un zulo casi sin agua ni electricidad en el que no había las mínimas condiciones de salud.

Finalmente, Micheletti estuvo siete meses en el poder, hasta la convocatoria de elecciones en enero de 2010 que ganó el candidato conservador del Partido Nacional, Porfirio Lobo. A Lobo lo sucedió durante los siguientes ocho años otro candidato de su partido, Juan Orlando Hernández, hoy encarcelado en Estados Unidos por vínculos con el narcotráfico. Después de varios fracasos electorales, en 2021 Mel Zelaya cedió la candidatura del partido LIBRE a su esposa, Xiomara Castro, quien consiguió una contundente victoria electoral en las presidenciales de principios de 2022.

Si bien el golazo de Pavón consolidó el golpe de Estado, otro golpe más sutil y revolucionario se estaba dando en medio de las celebraciones. El gobierno de élites que manejaba el país no cayó rendido a la izquierda sino ante un grupo de chicos negros con rastas y aspecto de banda de rap que habían llevado a su selección tan lejos como soñaban. **U**



OTRO CAMPO DE BATALLA DE LAS LESBIANAS

Pascale Nivelles

Traducción de Edith Verónica Luna

En la cancha, en las gradas, hay mujeres por todas partes. Golpes, fintas, chilenas, los corazones que laten bajo las camisetas de Les Lyonnasses o de Les Touffes. El termómetro roza los 40 °C el 18 de junio de 2022 y no hay sombra. “¡Nos vamos a volver lesbianas!”, bromea una de ellas. Este sábado de canícula, en el polideportivo Maryse-Hilsz, cerca de la Puerta de Montreuil, en París, equipos de chicas de toda Francia defienden los colores del Bayern de Monique, el Toofball Club de Caen y del Olympique Montmartre. El torneo está organizado por Les Dégommeuses (“Las que arrasan”), pionero de estos equipos de lesbianas, que celebra su décimo aniversario. Al margen, Alice Coffin, concejala del grupo ecologista Los Verdes de París, espera su partido.

A los 44 años, con las piernas ya un poco lentas, la activista feminista abandonó ese día a Les Dégommeuses por el veterano equipo Les Vieilles Gouines (VG, “Las Viejas Lesbianas”) sin perder la gracia: “El humor compensa nuestro pésimo nivel, esa es nuestra esencia”. Dispuesta a unirse a un equipo de cuarentonas, Alice saborea el calor repentino, la multitud de chicas felices en el césped, aquellas que se rocían para refrescarse sin camiseta, el equipo de sonido en el que se reproduce a las cantantes Pomme, Adele o Cléa Vincent (“No tengo el sexo de un chico, pero sí lo necesario para hacerme escuchar”, se oye en una de las canciones). Con su camiseta roja de las VG, rodeada de sus amigas, Alice vive “un momento lésbico”. Está en la luna.

Imagínate a doscientas jugadoras lesbianas, no binarias y transexuales en un estadio para-ellas-solitas, sin ningún hombre cisgénero a la vista. "Esas personas que suelen ocupar todas las canchas de fútbol", en palabras de la misma Alice.

Durante su infancia en París, ella sentía celos de sus tres hermanos, locos por el fútbol. Sus shorts, sus rodillas raspadas, el espíritu del club, todo la hacía soñar. "Pero había comprendido que nunca jugaría. Estaba prohibido, igual que ser lesbiana". Alta y bien formada, cálida y susceptible, lleva jugando de defensa desde que dio rienda suelta a su libido, cuando tenía como 20 años: "La defensa es la última barrera antes de la portera, está ahí para sacar y meter el balón. Básicamente, es como mi vida: en cuanto hay un hueco, recupero el pase y lo devuelvo".

En su activismo juega una posición similar. Cuando recién había sido elegida como concejala en 2020, Alice y algunos miembros de la asociación Osez le féminisme! ejercieron presión sobre Christophe Girard (el histórico diputado de cultura del Ayuntamiento de París) por su amistad con el escritor Gabriel Matzneff, acusado de pedofilia por la escritora Vanessa Springora. En medio del consejo municipal, Alice le gritó a Girard: "¡Es una vergüenza, es una vergüenza!", con la misma vehemencia que puso la actriz Adèle Haenel cuando abandonó los premios César para denunciar a Roman Polanski.

Ese mismo año, Alice impulsó la causa queer con un ensayo atronador, *Le génie lesbien*, publicado por la editorial Grasset. Su última victoria data de hace unos meses:

¡La palabra lesbiana entró en el Consejo de París! No hace mucho, cuando les envié un correo electrónico a mis colegas sobre la Conferencia de Lesbianas, fue a parar a la carpeta de correos no deseados, como todo lo relacionado con el culo.

Esta serie de ataques provocaron que la demandaran por difamación e insultos públicos, que la amenazaran de muerte y la pusieran bajo protección policial durante varios meses.

Cuando la revista *Valeurs Actuelles* la retrató como una "arpía del feminismo"; cuando la filósofa Elisabeth Badinter denunció "los excesos de su neofeminismo combatiente", Ali-



Marthe'Oh, *Les Dégommeuses*, 2015. La Rage ©

ce se puso los tacos. Su válvula de escape es "entrenar con sus amigas".

Dos veces por semana, dirigidas por su entrenadora (escrito *entraîneure* y no *entraîneuse* por resultar confuso, según una jugadora), Les Dégommeuses se reúnen a practicar en un estadio. Su fracción de campo, la mitad de una cancha reglamentaria, se ha ido ganando poco a poco. En palabras de Verónica Nosedá, una de las miembros más antiguas, para ellas la importancia de acudir a los estadios radica en que

el fútbol sigue siendo un bastión de la masculinidad y un ideal de virilidad. De niños, los chicos aprenden sobre la cooperación, la conquista del espacio, el manejo de la agresividad, la cohesión... todas las herramientas de emancipación que siempre han estado prohibidas para las mujeres.

En el pueblo del Finisterre donde nació hace 46 años, Cecile Chartrain soñaba con jugar en "la Copa del Mundo con Rocheteau y Platini". A los 7 años, cuando era una pequeña rubia de pelo largo, jugaba en el club de su ciudad, y era la única niña en las fotos del equipo. Después de unos cuantos partidos, los niños ya no hacían ninguna diferencia, pero cuando el equipo jugaba de visitante, las cosas solían ir mal para Cecile: "Tienen una niña, vamos a darles una paliza", se burlaban los contrarios. Un día, después de marcar tres goles para el equipo de su ciudad, el entrenador del equipo contrario le dijo: "El fútbol jugado por chicas no es algo agradable a la vista". Silencio en su cancha.

A los 13 años, la edad en que crecen los senos y aparece la menstruación, le pidieron que se cambiara en el closet de las escobas. Ese



Copa Mundial femenino de Fútbol, Canadá, 2015.

fue el fin de la inocencia. Privada de vestidor y de camaradería, marginada en la banca, terminó por abandonar su club entre lágrimas. Nadie la retuvo. Cuando quiso unirse al único equipo femenino de la región, a treinta kilómetros de su casa, tampoco hubo nadie que la animara a hacerlo. "Es un nido de lesbianas", les dijo su entrenador a sus padres. "¿Qué es una lesbiana?", preguntó Cecile, quien descubrió su orientación sexual a los 20 años, durante sus estudios en Rennes.

Tiempo después, en París, la joven retomó el gusto por el fútbol, pero se dio cuenta de que su deporte favorito, además de sexista, era lesbofóbico. De ahí la aventura comunitaria, que no había previsto al principio. Con un equipo pequeño de chicas, todas activistas del grupo



Fotografía de Júbilo Haku. Flickr ©

de acción feminista La Barbe, empezó a darle patadas al balón en los parques. Junto a otra amiga intentó unirse al Paris Arc-en-Ciel, el equipo LGBTQ+ más antiguo de la capital, "pero, como en otras partes, los hombres se apoderaron de todo y fue imposible encontrar un lugar". Anne Susset, con quien después fundaría Les Dégommeuses, aún recuerda esa época:

La idea era combinar el deporte y el activismo feminista para conquistar un pedacito del espacio público. No obstante, era un infierno, los hombres no dejaban de invadir nuestro espacio.

En 2012 crearon su pequeño bastión de chicas, Les Dégommeuses. En este equipo de fútbol "feminista e inclusivo", la "benevolencia" es

la norma y la "visibilidad lésbica" el objetivo. Los hombres no tienen derecho a entrar. La primera victoria consistió en que el Ayuntamiento de París les concediera dos espacios semanales de entrenamiento en el estadio Louis-Lumière. En el vecindario obrero del distrito 20, a las orillas del periférico, se les ve como unas rarezas con sus elegantes uniformes color verde botella y sus cortes de pelo queer.

Conseguir el derecho a jugar en horarios fijos fue una primera victoria. Cecile piensa que si las mujeres contribuyen al financiamiento de los estadios por medio de sus impuestos (igual que los hombres), las instalaciones públicas de acceso libre no deberían estar ocupadas en su mayoría solo por ellos. [...]

Virginie Despentes, lesbiana desde 2004 y aficionada al fútbol, entrenó con Les Dégommeuses por un tiempo y pronunció un extenso discurso el 24 de junio de 2022 en la fiesta de clausura del torneo en La Flèche d'Or, un bastión histórico de las luchas y celebraciones LGBTQ+, recordando los días heroicos del equipo:

Se trata de derribar los estereotipos de una sola patada... Ganar terreno, ocupar el espacio que los hombres están acostumbrados a reservarse, se trata de ganar siempre visibilidad para existir [...] Ganar terreno cuando trabajamos en las nociones de feminismo y política no es nada banal.

El público aplaudió como una sola mujer. En "Gouinistan" ("Lesbianolandia"), como llaman a su territorio sociopolítico, sexual y cultural, Despentes es una estrella, a la altura de Megan Rapinoe, la mejor jugadora de la selección femenina de fútbol de Estados Unidos, capita-

na de la franquicia OL Reign de Tacoma y ganadora del Balón de Oro 2019.

Estas futbolistas no solo hacen política con los pies. “El fútbol es ante todo un juego, pero también puede ser un vector de cambio individual y social”, anuncia el sitio web del equipo francés.

Entre los miembros de este club interseccional hay personas en situación de pobreza, inmigrantes indocumentadas, exiliadas de Mali o Burkina Faso y mujeres que se cubren la cabeza con pañuelos, las cuales tienen su propio equipo, Les Hijabeuses (“Las del hiyab”), y luchan por el uso de símbolos religiosos durante los torneos oficiales. Cuando no están jugando, las lesbianas atacan el pavimento parisino marchando alegremente bajo lemas

provocadores: manifestaciones por el matrimonio igualitario, el derecho a la reproducción asistida para todos, tortilleras contra la extrema derecha, marchas por las mujeres indocumentadas, el Día de la Visibilidad Lésbica (26 de abril).

Comprometidas con todas estas luchas, las futbolistas se distinguieron en su propia cancha vilipendiando a las autoridades futbolísticas. El 20 de junio de 2020 desplegaron una pancarta en el hotel de la Marine, el escaparate parisino de Catar: “La FIFA mata” y denunciaron la violación de los derechos humanos en el emirato que organiza la Copa Mundial de Fútbol.

También tienen en la mira a la Federación Francesa de Fútbol (FFF) y a la selección feme-



©Teresa Suarez, *Les Dégommeuses*, 2022. Cortesía de la artista y Les Dégommeuses

El 20 de junio de 2020 desplegaron una pancarta en el hotel de la Marine, el escaparate parisino de Catar: "La FIFA mata".

nina francesa. "Todas van de rosa, todas con el pelo largo, se llaman el 'equipo de la coleta'", dijo en una ocasión Alice Coffin en tono burlesco. En los torneos internacionales, las jugadoras canadienses, belgas, suecas o británicas se dan un beso en los labios. Nada de eso sucede en la selección francesa, donde "salir del closet sigue siendo poco común y complicado, como si la FFF quisiera borrar a las lesbianas; sin embargo, por pura estadística, seguro que las hay". La federación llama "Fútbol para princesas" a las campañas de sensibilización en las escuelas, y esto les pone los pelos de punta a Les Dégommeuses; sin embargo, su afición es más fuerte: no se privan de ver los partidos de los equipos franceses y no se pierden una Copa europea.

En París tienen su cita anual: la Copa Bernard Tapine, también conocida como *la Tapine*, un torneo de fútbol de salón femenino bautizado con el más puro humor de vestidor lésbico (pues *tapiner* significa *prostituirse*), que fue fundado en 2015 por el equipo de Baston et Courtoisie, un colectivo de profesionales del cine. Anaïs Couette, presidenta del club y asistente de dirección, trabajó con Céline Sciamma en *Portrait de la jeune fille en feu*, "una película completamente lésbica", según Virginie Despentes, que ganó el premio de guion y la Palma Queer en el Festival de Cannes de 2019.

Para las feministas de la industria cinematográfica, el vínculo entre el Colectivo 50/50 (asociación que promueve la igualdad entre hombres y mujeres y la diversidad sexual y de género en el cine y los medios audiovisuales) y el equipo de Baston et Courtoisie es natural. Activistas por encima de todo, las futbolistas se cruzaban de vez en cuando en la marcha del Orgullo Gay, en las manifestaciones por el derecho a la reproducción asistida y al ma-

trimonio igualitario, y a veces en las reuniones de Les Dégommeuses, con las que compartían la pasión por el fútbol sin atreverse a involucrarse.

En 2014, poco después de la aprobación de la ley sobre el "matrimonio igualitario", agotadas por la lucha contra Frigide Barjot y sus tropas opuestas al matrimonio homosexual, necesitaban reunirse entre mujeres y crearon Baston et Courtoisie (que significa "lucha y cortesía"). Como su nombre indica, este colectivo es militante y benévolo.

En lo que respecta al deporte, Baston et Courtoisie puede hacerlo mejor, según su presidenta:

Empezamos desde una posición muy baja y no hemos subido mucho, quizá hasta el cuatro en una escala del uno al diez. Además, nunca ganamos ningún partido, ¡excepto el de la homofobia!

Según la diseñadora Soizic Limage, un elegante pilar de Baston et Courtoisie, "las cosas están mejorando, nos dejan en paz y las bromas son cada vez menos pesadas". Ella cree que, en unos años más, el fútbol profesional femenino igualará al de los hombres:

No es una cuestión de nivel, sino de medios. Los hombres obtienen resultados porque consiguen cobertura mediática y subvenciones.

Mientras tanto, este partido no ha terminado. Entre el humor y la rabia, la sororidad crece en la cancha. Se avecina un nuevo momento lésbico. **U**



LA FEALDAD

Sebastián Kohan Esquenazi

1

Hace cuatro años me rompí la rodilla en un partido de fútbol con mis amigos. No nos juntábamos exactamente para jugar, sino para tener la excusa de ir a cenar después. Todos rondando los 40 y sin condición física alguna. En una jugada sin riesgo ni roce, la rodilla hizo crack y todo se derrumbó. Cuatro años de rehabilitación, dos de pandemia y una hija me pasaron por encima. Cuatro años después de mi último partido estoy en condiciones de volver a la cancha. Creo.

Un amigo me invita a un partido. Estoy muy ilusionado. Nada me hace tan feliz como jugar a la pelota, pero me falta ropa deportiva. La que tenía ya no sirve. No quepo en ella, quiero decir. Me pruebo la única playera de fútbol que tengo y la realidad arremete veloz e insoportable. No soy el mismo de antes. La panza es la evidencia. Sin embargo, el problema no es la playera sino el calzado. No puedo jugar a la pelota con los mismos tenis que uso para el resto de mi vida. Los únicos que tengo, por cierto. Debo comprar unos.

El solo hecho de tener que acercarme a la tienda de artículos deportivos me mata del asco. Me da grima, repelús, escalofríos. Esos santuarios del consumo, siempre dentro de los centros comerciales, donde el deporte se ha convertido en sinónimo de moda deportiva. Sucursales de Estados Unidos esparcidas a lo largo del planeta. Elijo ir a Oasis, el único centro comercial relativamente abierto, suponiendo que la corriente de aire me oxigenará el cerebro y evitará el soponcio. Tomo aire, me

tapo la nariz y entro a la tienda. Es todo mucho más feo de lo que imaginaba. Mucho más que hace cinco años, cuando había vivido el suplicio de mi última experiencia deportivo-comercial. Todo es más exagerado, más colorido, más confuso. Más que una tienda parece un museo de instalaciones, un muestrario de experiencias exitosas. Los maniqués ya no parecen maniqués, sino deportistas de alto rendimiento. Solo les falta cara, pero claro, ahí las únicas caras son las de Messi, Cristiano y las estrellas de otros deportes que ya no sé ni cuáles son. El resto somos extras.

El lugar es triste, pero más lo es su público. La gran mayoría de los clientes están vestidos con ropa deportiva. Todos lucen inmensas marcas en sus pechos, en sus nalgas y en todas sus partes. Se desplazan con la certeza de su belleza. Pero no es así. Distan bastante de los maniqués. Supongo que creen que los logos de Nike y Adidas en sus cuerpos les confieren inmediatamente la belleza del hombre y la mujer modernos. Pero no. A mí, sin embargo, lo que más me llama la atención es que se vistan así. ¿Salen de su casa en la mañana y se suben al camión disfrazados de Usain Bolt? No lo entiendo. ¿No trabajan o son todos profesores de educación física? ¿Se van trotando de su casa al centro comercial? ¿No les da miedo que se les caiga la billetera de los bolsillos de sus pants?

Le pregunto al chico que atiende dónde están los tenis de fútbol. Él, vestido de referí de fútbol americano, me señala el camino como si marcara una de las incomprensibles reglas de ese deporte que no debería existir. Sigo su dedo y entro en una especie de limbo luminoso donde se expone una inmensa variedad de naves espaciales. Todo es exactamente igual de feo que en la televisión. Las naves espaciales son tenis de fútbol que brillan sin cesar.

Se me baja la presión. Mareo. Náuseas. Salgo corriendo del negocio buscando un poco de oxígeno. El capitalismo no solo es criminal sino espantoso.

Tomo aire nuevamente, entro a buscar al referí con la esperanza de que en la bodega tenga olvidado algún par de zapatillas negras normales, como para mí. Le pregunto si tiene algún modelo normal. Negro. Con las agujetas al medio. Sin aire ni rayos ni propulsión. Sin rosa ni verde ni naranja. Siento la tentación de decirle que no quiero ir al espacio. Que tampoco me quiero parecer a los maniqués. Que solo deseo seguir siendo yo. También siento la necesidad de explicar que no soy deportista, no creo en la sociedad de consumo y no me gusta comprar, que mi padre es judío y solo me enseñó a ahorrar, que soy un poco hippie y un poco intelectual, que cuando era joven usaba morral, que me gusta Silvio Rodríguez y estoy ahí por un simple error de la matrix. Quiero explicarle que



©Betirri, *Cafeteros vs Vinotinto*, 2014. Cortesía del artista

soy capitalista porque vivo en el capitalismo pero que no me gusta serlo, intento huir de él pero no puedo. Que al parecer no hay salida. También quiero pedirle que me responda rápido porque me estoy quedando sin aire, pero no digo nada. Solo le pido tenis negros y eso basta para que el referí de la sociedad del espectáculo me mire con desprecio. No me dice que no porque en México no se usa la palabra no, pero la respuesta es "no". Me lleva a la pared del espanto para que veamos si algo se ajusta a mis necesidades. Todo es terrible y carísimo. Mientras más horrible, más caro. La fealdad no viene gratis. Respiro, asumo la derrota y decido comprar los más baratos y huir de ahí.



Sin título, 2020. Fotografía de Connor Coyne. *Unsplash* ©

2

La pregunta obligada es: ¿fue todo siempre igual de feo? Yo creo que no. Hay algunas teorías no comprobadas que establecen que todo comenzó a irse a pique en 1990 y que el acabo se fue en 1994. Dicha teoría mantiene la premisa de que Italia 90 fue el último Mundial. Que a partir de ahí el fútbol empezó a morir. El contexto histórico lo explica todo. Cae el Telón de Acero y se acaba la pugna entre dos visiones opuestas del mundo. El fin de la Guerra Fría no fue un empate a cero, sino una goleada de Estados Unidos, que instaló de una vez y para siempre la ilusión de la libertad a través del consumo.

La expansión de la sociedad de consumo a lo largo de la faz de la tierra permitió que la cultura estadounidense permeara nuestras vidas y los seres humanos dejásemos de ser tales para convertirnos en nuestro envoltorio. Comenzábamos a ser *packaging*. Éramos libres de ser lo que quisiéramos, siempre y cuando tuviésemos el dinero necesario para comprar nuestra ropita. La imagen lo era todo. Mientras en los noventa todos los equipos del mundo tenían ropa sobria, los gringos ya estrenaban playeras repletas de barras y estrellas. El problema era de fondo, pero la forma lo expresaba de manera cabal. El fútbol dejaba de ser un deporte para volverse un bien de consumo y los jugadores dejaban de ser jugadores para ser estrellas. De a poco, esos seres se convertían en referentes y las tiendas deportivas en iglesias del éxito.

El Mundial de Italia 90 fue de seres humanos. La tecnología en la vida cotidiana no entraba aún en su apogeo y los jugadores no se convertían todavía en atletas. El fútbol se jugaba a una velocidad razonable. Los tiempos eran todavía para mortales. El gordito podía

En el 90 existía la figura del 10, el encargado de jugar con la cabeza y no con los pies, de marcar los tiempos de los demás.

triunfar si su inteligencia lograba superar la fuerza del oponente. La velocidad se contrarrestaba con rebeldía, no con más velocidad. Los jugadores no tenían aún estos brasieres que miden la frecuencia cardiaca y la cantidad de pasos. Los jugadores todavía no eran esclavos con su grillete a cuestras.

En el 90 existía la figura del 10, el encargado de jugar con la cabeza y no con los pies, de marcar los tiempos de los demás. La tecnología no dictaba los comportamientos, ni eran los dirigentes y los canales de televisión quienes imponían el ritmo del juego, o quizás sí, pero quedaban ciertos resquicios. Existía la posibilidad de rebelarse contra lo que sucedía afuera, de arruinar los designios establecidos, esos que los poderes de facto digitaban con sus billeteras. Los jugadores eran seres humanos, sin el pelo rapado a los costados, ni la playerita ajustada, ni un abdomen de ensueño. No se miraban en la pantalla del estadio para acomodarse el mechoncito discolorado. No eran millonarios prematuros. No estaban hechos en serie, con los mismos tatuajes en los mismos lugares. Eran humanos que salían de noche, se tomaban su cervecita y fumaban después de entrenar. Maradona, Valderrama, Hagi, Baggio, Gullit, Francescoli, Laudrup, Scifo. Seres brillantes con personalidad propia. Normales en cuanto a sus características físicas. Eran personas parecidas a las personas. Eran referentes posibles. Y eran, de alguna manera, bellos. Bellos por lo que hacían, no por cómo se veían.

Cuando comenzó el Mundial de Estados Unidos quedaba todavía esperanza. Quedaba viva la estela de Italia. Y quedaba, sobre todo, Maradona. Sin afán de sacar el argentino que llevo dentro y ponerme exagerado, peronista y grandilocuente, puedo decir que Maradona era el símbolo de la resistencia. No lo estoy po-

niendo en el lugar del luchador social ni del revolucionario, como se suele hacer, pero es difícil negar su carácter disruptivo, de ser pensante e imaginativo, tanto fuera como dentro de la cancha. Su sola presencia era la posibilidad de que pasara algo más allá de lo establecido. Un pase de gol donde nadie veía nada, un paso de baile, un toque de magia, un pecho afuera tipo flamenco, una pirueta, una sonrisa, un garabato, un lo que fuese. También podía ser un despiste, un exabrupto, una noche de fiesta, una raya de coca o un gesto ególatra. También una puteada a Havelange o a Blatter. Una pedrada a la FIFA. Todo eso podía pasar. Por eso un día de 1994 entró a la cancha esa enfermera rosadita y sonriente a llevárselo del brazo. Se lo llevó disimuladamente, como si no pasara nada, y no volvió nunca más. La FIFA aprovechó brillantemente la única posibilidad que tuvo. Unos gramos de efedrina eran suficientes para castigar al jugador que les incomodaba. El proceso de muerte que empezaba con la caída del Muro de Berlín terminaba con la salida de Maradona de esa cancha. Quedaba extinta la posibilidad de la rebeldía.

3

Italia 90 fue la despedida definitiva de la belleza y de la humanidad, probablemente. Los mundiales son el mejor medidor del paso del tiempo y las transformaciones culturales. O, para ser más exactos, las aberraciones culturales. Después de Italia, todo fue Marvel. Los deportistas se convirtieron en superhéroes. Toda la ropa se tornó en colores chillones y materiales radioactivos. Las canciones de los mundiales en idénticas versiones de Shakiras de

El fútbol de hoy se parece cada vez más a un videojuego. Si se mira de reojo no hay diferencia. Velocidad y uniformidad.

cualquier parte del mundo. Shakiras latinas, Shakiras árabes, Shakiras orientales. Shakiras, en suma. *Waka Waka* por aquí, *Waka Waka* por allá. Todas pop. Triste pop de fórmula elemental. Bien pegajosas. Canciones de plástico igual que los nuevos balones. Pasábamos del cuero blanco y negro de Tangos, Etruscos, Questras, a esferas multicolores parecidas a un chicle, hechas de materiales aerodinámicos, con capacidad de aumentar la adherencia, el rebote y demás cuestiones sin importancia. La más moderna produjo centenares de quejas por parte de los jugadores porque no servía para nada.

El público en los estadios es otro ejemplo elocuente de la aberración. Del 94 para acá, dejaron de ser personas que iban a ver fútbol para ser turistas de clase alta que iban a verse a sí mismos en las pantallas del estadio. Caras de gente saludándose unos a otros con un grado de emoción que evidenciaba cómo el fútbol había cambiado de destinatario. Ahora formaba parte del mundo del espectáculo.

Las mascotas de los mundiales son la prueba perfecta. Nunca me he dado a la tarea de averiguar quién inventó a Ciao, la mascota de Italia 90, pero estoy seguro de su genialidad. Poco querido por el público en general y menospreciado en sus capacidades simbólicas, Ciao fue una mascota conceptual que nadie entendió, pensada por un genio que nadie conoce. Ciao lo vio todo. Ese cubo de Rubik erguido y con cabeza de balón era, aparentemente, un simple conjunto de cubos. Sin embargo, y muy por el contrario, era el último logo analógico de la historia. Una oda a la materialidad llamada Ciao porque despedía la modernidad y daba

paso a la posmodernidad. Ciao fue el punto de inflexión.

En adelante el resto de las mascotas fueron simplemente horrendas. Japón y Corea fue la primera burla a la humanidad. Salíamos de la mentira para entrar en el cinismo. Tres gominas de azúcar posaban ante la incredulidad de los espectadores. A los alemanes en 2006 se les fue la mano con la fealdad del oso de peluche que expusieron al mundo. De 2010 a 2018 fueron dibujos inocuos sin afán alguno de significar algo. Ni transmiten ni identifican. Y 2022, bueno, 2022 es el símbolo de lo peor que nos ha podido pasar, porque el Mundial de Catar es lo peor que nos ha podido pasar. Un fantasmita blanco no demasiado feo, pero sí demasiado peligroso. Un fantasmita con turbante que no muestra de su rostro más que aquello que los agujeros de la tela permiten mostrar. Un fantasmita que puede ser un jeque verdaderamente criminal o una mujer velada sin derecho alguno a existir.

4

Puedo convivir perfectamente con la fealdad. Lo que estoy diciendo no tiene que ver con el gusto sino con la sensatez, con la incapacidad de ser nosotros mismos. El problema de la fealdad en el mundo del fútbol radica en que el consumo se sitúa en el epicentro de la vida y se erige como el referente único. Un epicentro digitado por el país creador de la cultura del espectáculo. El fútbol profesional ya no tiene fisuras. Es homogéneo. Es un negocio donde ya no se permite la diferencia. En el fútbol actual no se puede disentir. No hay lugar para la expresión. Nos han colado desde los medios que el deporte no se debe politizar, que es un espacio de salud y convivencia, pero sin opinión. En "cuerpo sano, mente sana", pero si es sin men-

te, mejor. El fútbol es un espacio vacío. Caldo de cultivo para la estupidez total.

El fútbol de hoy se parece cada vez más a un videojuego. Si se mira de reojo no hay diferencia. Velocidad y uniformidad. Paradigma de perfección. Como dice Galeano: "Para elogiar una flor, se dice: 'parece de plástico'".

Por eso, la fealdad en el fútbol no tiene tanto que ver con la estética sino con la ética. No se trata de lo espantoso que pueda ser un corte de pelo, sino del peligro de que todos tengan el mismo. Pasamos de ciudadanos a consumidores y de consumidores a consumidos. Cada vez menos nosotros y más nuestros perfiles. No se trata tampoco de la fealdad absoluta de las zapatillas violetas con propulsión 6.0 y aire en la lengüeta, se trata de la imposibilidad de

ser diferentes a los jugadores que aparecen en televisión. Se trata de que nadie nos va a vender las zapatillas negras normales para ser normales, porque lo normal, ahora, es lo que sale en la tele. Y si te quieres vestir a lo antiguo y parecerte a tu papá, entonces eres vintage. El único problema de ser vintage es que es mucho más caro.

5

Volví al fútbol. Volví vestido horrible y jugué espantoso. Corrí como un demente y me deshidraté. Me falta tomar agua, creo. Ahora me duele un tobillo. No me llamaron más y yo estoy escribiendo esto mientras dos naves espaciales de una fealdad descomunal reposan olvidadas en el fondo del armario. **U**



Juanito, mascota del Mundial México 70 ©





UN SANTO VERDE

Emiliano Monge

Todo empieza antes de que comience.

Es la primavera de 1971, han pasado nueve meses desde la final de la Copa del Mundo de 1970 y tres amigos, de viaje por las siete islas de Heptánesos, llegan a Corfú.

Los tres amigos tienen un origen diferente: el mayor es griego, los dos menores, que nacieron el mismo año, son de Brasil y México. Se conocieron estudiando un posgrado en la Cepal, así que son (eso creen) marxistas. Lo que los une de verdad, sin embargo, es el fútbol, deporte en el que no están pensando cuando ven la columna de humo que interrumpe su caminata.

Sin necesidad de decirlo en voz alta, sin llegar pues a discutirlo, los tres amigos, apenas descubren aquella columna que se levanta de una construcción que corona un promontorio —de la torre, en realidad, de una iglesia ortodoxa—, aparcen sus pensamientos, sus ideas menos a mano pero siempre acechantes y sus lecturas del *Manifiesto* y corren hacia el incendio como si de sus carreras dependiera la vida de alguien o, quién sabe, de varios. En su prisa, obviamente, ninguno se detiene a recordar que llevan días casi sin ver a nadie.

Cuando por fin llegan al viejo templo, donde las llamas han consumido la mitad de la estructura y el humo gira en remolinos, sacudido por el viento antes de elevarse imponente, los tres amigos gritan cada uno en su lengua y luego en inglés, lo que resulta natural en ese instante de emergencia —salvo en el caso del griego, que de pronto entiende el absurdo al que se ha dejado arrastrar por sus amigos—: ahí adentro, si

◀ ©Betirri, *El espectáculo*, 2009. Cortesía del artista

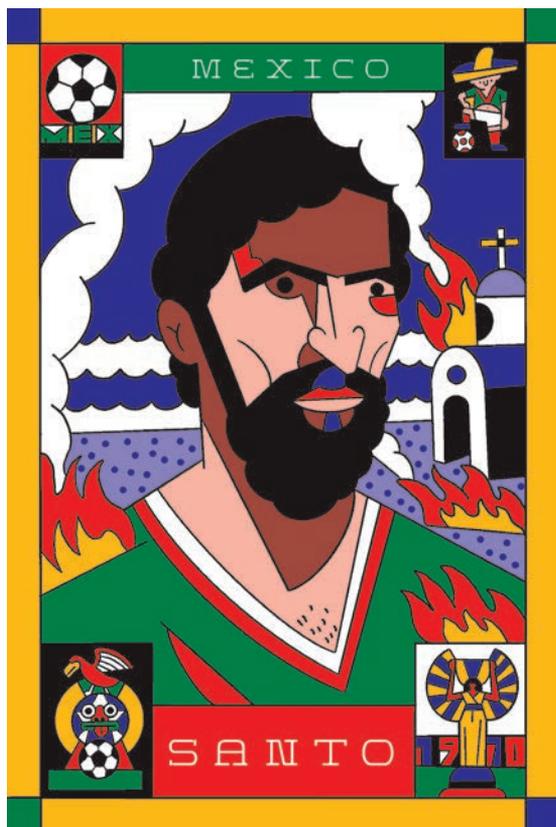


Ilustración de Santiago Solís, 2022

hubiera alguien, estaría pidiendo auxilio en su lengua. Enojado, el griego ordena a los otros que se callen. Y lo que sigue es un silencio abrasador, nunca mejor dicho: un silencio ahuecado por el crepitar de la madera que se quema y los chillidos de las piedras y la mezcla que las pega.

Sobre los tres amigos y el templo, como si la columna de humo hubiera ascendido para eso, aparecen entonces, de golpe, varias nubes, que luego son una sola y pesada masa gris, que después es un aguacero que cae con rabia momentánea sobre el promontorio —sobre la isla entera, en realidad—, aunque solo durante unos cuantos minutos. El tiempo suficiente, eso sí, para poner fin al incendio y convertir el rojo lumbre en negro carbón, para empapar los torbellinos que danzaban y dar forma con estos a esos charcos que salpican el suelo y que los

tres amigos brincan mientras se acercan, sin haberlo discutido, otra vez hacia la entrada de la iglesia, donde únicamente se escucha el murmullo débil y cansado de la evaporación.

Ellos no lo saben, pero lo que está por suceder, apenas entren a la iglesia —por más que uno actúe o crea que lo hace desde el corazón mismo del Hombre Nuevo, otro desde el nacionalismo más antiguo de todos y uno más, el mexicano, desde el inmemorial oportunismo—, pondrá fin a la amistad de estos tres hombres. Y es que al no encontrar, en el espacio que hacía nada era una inmensa tea ardiente, los cuerpos carbonizados que su temor había advertido ni tampoco a los hombres y mujeres suplicantes por ayuda que su heroicidad había anhelado, en cada uno de estos amigos se despertará algo diferente.

El griego, sin tener claro por qué, se dejará caer sobre un banco y ahí, con las manos lánquidas y el alma confundida, empezará a llorar; al tiempo que el brasileño, como imantado por los objetos dorados, empezará a recoger y guardar en su mochila copas y trofeos; mientras que el mexicano, para quien el oro y la pérdida parecerán invisibles, bajará de su pedestal un santo mediano.

Como no está claro, sin embargo, qué es un santo mediano, porque no está claro qué es uno grande o uno pequeño, diré que el santo que el mexicano robó entonces era del tamaño de un niño de dos años.

Y diré además que, tras separarse, tras quedarse cada uno con la tristeza, la victoria o la esperanza, los tres amigos se despidieron para siempre.

Pero ni el griego ni el brasileño, ni siquiera el mexicano, en realidad, importan demasiado, pues lo que importa es el santo.

Es con el santo, un santo de madera, vestido de verde, con el cabello negro y la barba igualmente negra, una barba profusa y densa, entonces, con el que todo empieza, aunque sea apenas ahora.

Y es que en la casa del hijo del mexicano, varias décadas después de que su padre colocara en otro pedestal al santo robado, él, el santo, habría de convertirse, inesperada pero también inevitablemente, en el tótem de otra tribu de amigos —en este caso, todos ellos mexicanos—, en el centro de un ritual mucho más nuevo que la ortodoxia pero no menos encendido y vehemente: la selección mexicana de fútbol que estaba por jugar su Mundial número trece, es decir, la Copa del Mundo de Alemania 2006.

Si se buscaran las coincidencias, sería fácil encontrarlas: los amigos que nos reuníamos en aquella casa para ver todos y cada uno de los partidos de todos y cada uno de los grupos de la competición, para la cual nos habíamos preparado durante cuatro años a fuerza de enfrentamientos locales, nacionales e internacionales, además de memorizando estadísticas, puliendo datos y cruzando referencias, jugando al Progol enfermizamente semana tras semana, diseñando la mejor quiniela mundialista de la historia y gastando las miserias de nuestros sueldos primerizos en sobres de estampitas del álbum Panini, contábamos con la misma edad que los amigos que habían visto arder el templo en Corfú, creíamos que también creíamos en el *Manifiesto*, abrazábamos otro nacionalismo atemporal y, claro, teníamos inscrito en el código genético el oportunismo.

Oportunismo que —poco antes de que empezara el primer partido de la selección mexicana, que se jugaría contra Irán, mientras nos infundíamos confianza unos a otros, nos en-

cedíamos las mechas de la infancia perenne que solo el fútbol mantiene ardiendo y regábamos con cerveza el entumecimiento que hacía posible que creyéramos que nuestro país, que entonces era de 125 millones de habitantes, pudiera encontrar once seres humanos que jugaran bien al juego que todos queríamos haber jugado bien —hizo que uno de los miembros de la tribu reparara, de golpe, en la similitud que otro de nosotros guardaba con el santo. “Es idéntico al Agallas”, pronunció el visionario señalando al santo. Las risas que entonces estallaron incluyeron al señalado, quien, curiosamente, era descendiente de griegos y quien, en un acto de contundente afir-

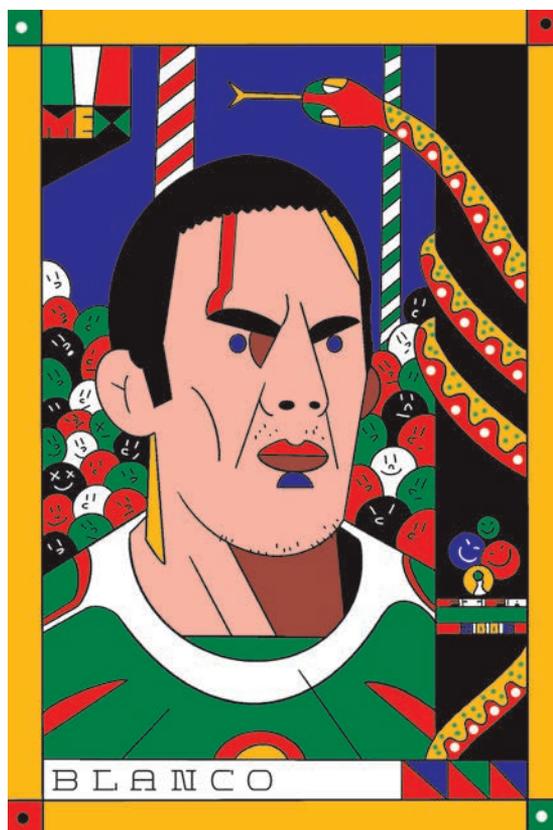


Ilustración de Santiago Solís, 2022

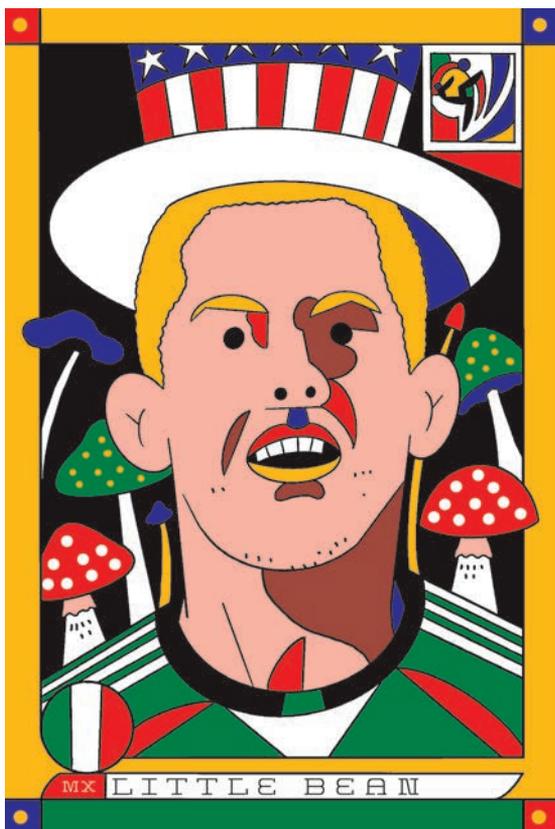


Ilustración de Santiago Solís, 2022

mación, se levantó de su asiento, se dirigió al pedestal, se convirtió de golpe en sacerdote y bajó de ahí la vieja figura de madera.

Lo que siguió, entonces, fue el nacimiento, el desarrollo y el ocaso de un dios, en tiempo récord: tras vestir al santo con una camisa de la selección mexicana, la tribu se postró ante él y le rogó por el triunfo del combinado nacional, mientras la cerveza y los anhelos seguían corriendo como ríos ancestrales. Entonces llegó el partido y nuestro equipo derrotó a su similar de Irán de manera incontestable: el santo verde había cumplido y, en agradecimiento, enloquecida, la tribu procedió a bañarlo en tequila y cargarlo en procesión; primero, dentro de la casa y, después, a lo largo de la calle en la que aquella casa se alzaba. Y así seguimos durante los días siguientes: bañándolo y adorándolo, tres veces cada día, es decir, entre el

primero y el segundo encuentro, entre el segundo y el tercero y al final del último partido de cada jornada mundialista.

Confiábamos en él de modo absoluto, sentíamos, pues, que la Copa era nuestra, que solo quedaba esperar, contar los días, para que el milagro se consumara. Pero llegó el segundo partido y la selección mexicana no pudo derrotar a su similar de Angola. Sí, Angola. El empate nos dejó mudos, extraviados, descorazonados, devueltos de golpe a esa edad espeluznante que era nuestra edad, como tantas otras veces, pero aún peor: algo nos había herido, por primera vez, el alma: el santo nos había fallado. ¿Qué habíamos hecho mal? ¿En qué nos habíamos equivocado? ¿Cuál de nuestras acciones lo había molestado? Nuevamente postrados ante la figura de madera prometimos ser aún más devotos y redoblar ruegos, promesas y ofrendas.

Nos entregamos, entonces, de modo absoluto, sin descanso y sin reparo, vivimos, literalmente, como en clausura. Así llegó el partido contra Portugal. Y contra todo pronóstico de la espiritualidad, que nos parecía infinitamente más importante que la racionalidad, perdimos. No podía ser nuestra culpa. Lo habíamos hecho todo bien. ¿Entonces? Entonces tenía que ser culpa del santo. La devoción se convirtió así en desconfianza y, tras el conciliábulo de la tribu, se optó por reducir sustancialmente los ruegos y las ofrendas y, aún más importante, advertir seriamente a la estatua.

Fue entonces que le cortamos, con un serrucho, la mano izquierda. No le cortamos la otra, la derecha, porque, al final, los cuatro puntos que habíamos conseguido sumar nos alcanzaron para calificar a los octavos de final, fase en la que nos enfrentaríamos con Argentina. Y, claro, estábamos seguros de que, una vez que había experimentado el castigo, el san-

Confiábamos en él de modo absoluto, sentíamos, pues, que la Copa era nuestra, que solo quedaba esperar.

to habría aprendido la lección y nos daría la victoria.

Pero el santo volvió a fallarnos. Y selló su destino o encontró, más bien, ese destino que era suyo por principio y del que había escapado gracias a las manos de un mexicano: enardecida, furibunda, en el espeluznante trance de otra derrota mundialista, derrota cuya sombra se prolonga cuatro años, la tribu bañó al santo en gasolina y le dio fuego.

Fue mi mano la que encendió el cerillo, la que hizo aparecer la llamarada y liberó el humo que después bailó en remolinos dentro de la casa de mi amigo, mientras otra amiga, la más furiosa, fotografiaba todo con su teléfono.

Al final, del santo no quedó más que la mano amputada y una sombra sobre el suelo.

Y aunque lo normal sería pensar que el santo ya no importaría, hacer esto sería un error.

Porque las cosas que comienzan antes de que comiencen suelen, también, terminar después de que terminan.

A la semana siguiente del partido en el que nuestra selección fue eliminada por su similar albiceleste, tras asistir con la tribu a la victoria, en penales, de Portugal sobre Inglaterra y al partidazo memorable en el que Francia venció a Brasil con un gol solitario de Henry y una actuación descomunal de Zidane, me dirigí con mi novia de entonces al teatro Helénico.

Ella, mi novia de entonces, cuyas emociones eran total y descomunamente indiferentes hacia la gran justa, había comprado boletos para una representación del viaje de Ulises, quien, como sabemos, naufragó en Córceira, es decir, en la Kérkira, que no es otra isla que la actual Corfú. Pero claro, aquel día no fui capaz de atar los hilos del oráculo ni de escuchar lo que esas otras deidades trataban de advertir-

me. Por no ser capaz, no fui capaz ni de entrar finalmente al teatro, pues lo que pasó en la calle, mientras me estaba estacionando, fue un golpe demasiado fuerte.

Tras hacer muchos más movimientos de los que seguramente habría hecho si hubiera estado sobrio —ya dije que venía del conciliábulo mundialista—, cuando finalmente me di por satisfecho y me dispuse a apagar el auto, vi aparecer, del otro lado del vidrio de mi ventana, de repente, sin haber advertido nada hasta ese preciso instante, a un hombre barbado, blanco como la leche; albino, diría incluso. Ese hombre, entonces, mientras mi novia reaccionaba y me ordenaba: "No bajes el vidrio... no lo bajes", golpeó con los nudillos de ambas manos el cristal, se cubrió el rostro un par de segundos, volvió a descubrirse y empezó a insultarme, con aquel rostro desfigurado que ya no era el que habíamos visto antes, en portugués o en brasileño. No estoy, no estuve ni estaré nunca seguro, pues no soy experto en lenguas.

Poco después, cuando sus insultos se volvieron algo más, el viejo albino, cuyo rostro parecía recomponerse al tiempo que sus facciones volvían a ser las de antes, extendió las manos hacia mí, mostrándome las palmas. E inmediatamente las cerró, juntando las yemas de los dedos al tiempo que su boca se contraía formando un corro y empezaba a jalar aire, representando, convirtiéndose, en realidad, todo él, en succión. Sentí, entonces, cómo se desprendía de mí, de algún lugar de mis adentros, algo importante, cómo se dirigía hacia mi boca y cómo eso, tan importante, me abandonaba.

Aunque me han asaltado varias veces, nunca he tenido la certeza, como ese día, de haber perdido algo. "¿Qué pasó?", le pregunté a mi no-

via cuando por fin fui capaz de hilar mis pensamientos y mis palabras, volteando a verla. Su rostro, que normalmente era la efigie misma de la certeza y la racionalidad, estaba totalmente desenchajado. Ansioso, volví la vista otra vez a la ventana, pero el albino ya no estaba ahí.

Fue entonces, al recordarlo en ese mismo sitio, donde acababa de verlo hacía nada, que supe dónde había visto su rostro deformado: en una de las fotografías que mi amiga había tomado durante la quema del santo.

Su rostro era el mismo rostro que las llamas parecían haber formado.

No es que las cosas, a veces, terminen después de haber terminado.

Hay cosas que no terminan porque uno sigue arrastrándolas consigo, aunque hayan empezado mucho antes de haberlo hecho y aunque su comienzo no tuviera nada que ver, en apariencia, con uno.

Durante años, los primeros cuatro para ser exacto, me volví loco tratando de entender qué era lo que me había sido extirpado, qué sección del alma, qué pedazo de la esperanza. Y es que eso era lo único que creía saber entonces: se habían robado un cachito de mi esencia, de eso que nos hace sentir de un modo único, se habían robado un par de gramos o mililitros de mi vehemencia —el sistema de medida, en este caso, no es importante—.

A los cuatro años, sin embargo, de golpe, di con la respuesta. Y fue incluso peor que mis temores: cuando llegó el Mundial de Sudáfrica, me descubrí fingiendo, aparentando, representando una emoción que no sentía. No es que no estuviera viviendo la pasión por el juego, por los partidos que empezarían en unos cuantos días, el asunto era mucho peor, era verdaderamente terrible: lo que estaba escenifican-

do no tenía que ver con el fútbol ni con la justa, tenía que ver, específicamente, con la selección mexicana. No sentía, no había dentro de mí nada que me conectara con nuestro combinado nacional, nada que me hiciera creer que aquel sería nuestro Mundial, que por fin había llegado la hora, que, contra todo pronóstico, esa vez —de verdad, en serio— ganaríamos.

El vacío se convirtió entonces en tristeza y la tristeza, claro, en amargura. Una amargura que me llevó a la desesperación, una desesperación que me hizo buscar cualquier solución posible, incluso donde antes no habría buscado: durante los doce años que han pasado desde entonces lo he intentado todo: brujos y brujas, limpiezas y renacimientos, acupuntura y temazcales, reprogramaciones neuronales y terapias con imanes.

Y, claro, nada ha servido. Ni el peyote ni los hongos ni la ayahuasca ni los sapos. No hay manera, modo alguno de volver a creer, volver a sentir, revivir en mí la esperanza de que, ahora sí, el próximo Mundial, lo ganaremos.

“Igual y ese es tu castigo”, me dijo el otro día el amigo cuyo padre se robó hace tanto tiempo al santo: la racionalidad. Sobrecogido, guardé silencio.

No le dije, obviamente, sin embargo, lo que descubrí hace apenas unos cuantos días, aterrado.

No es la racionalidad, claro que tengo esperanza, claro que creo que ganaremos.

El problema, el castigo, en realidad, es que creo que le voy a Estados Unidos.

Que mi pasión se ha redirigido al equipo de las barras y las estrellas.

Que, ante México, ya solo siento un terrible vacío. **U**

Timbre postal, Suiza, 1958.
National Postal Museum Collection © ▶



ARTE

LES DÉGOMMEUSES. ARRASAR EN LAS CANCHAS Y LAS CALLES

Vania Macias Osorno

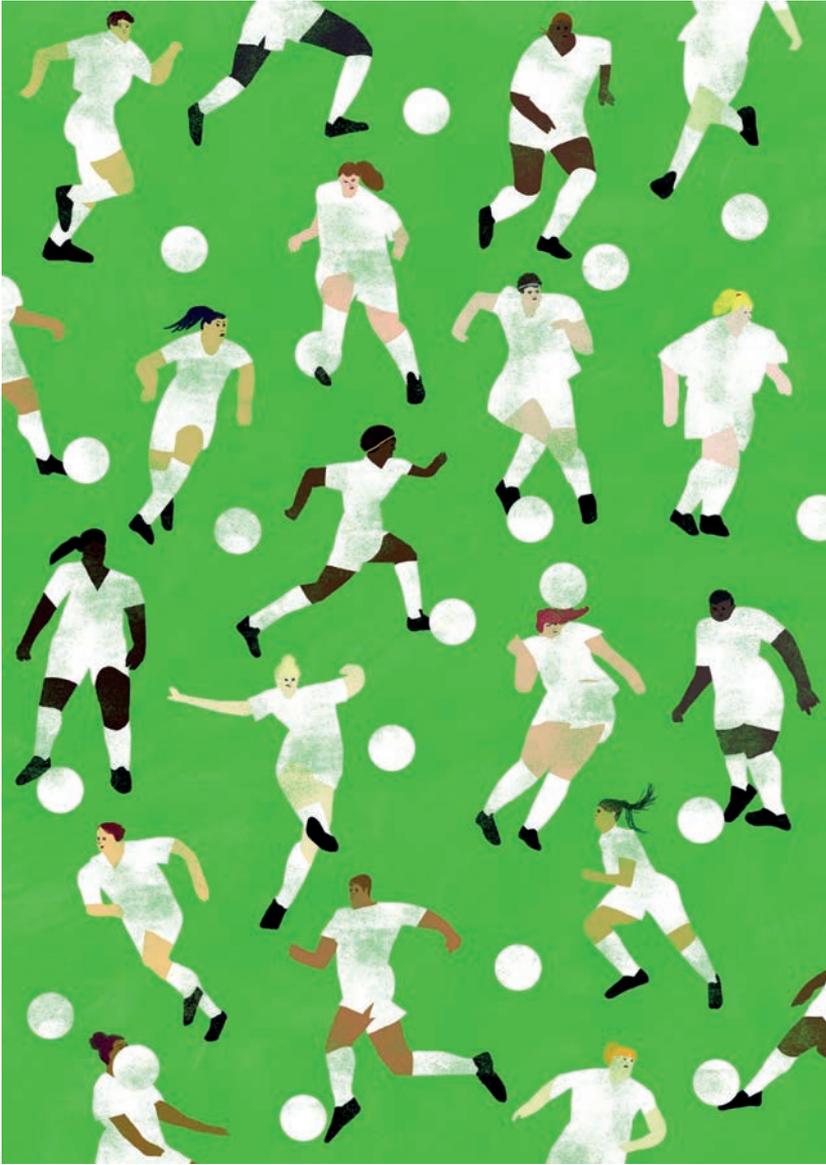
El fútbol, deporte y pasión para muchos, se ha convertido también en un vehículo de cambio y en una fuerza imparable para enfrentar las adversidades que atraviesan algunas minorías, personas que han sido ignoradas o desplazadas a los márgenes sociales. Es el caso de Les Dégommeuses, una asociación y equipo futbolístico parisino de lesbianas, trans y personas no binarias, que desde hace una década mantiene, a partir del fútbol y el activismo, una batalla decisiva frente a los discursos de odio y las fobias contra la comunidad LGBTQ+, la discriminación y el sexismo dentro y fuera de las canchas. Les Dégommeuses han ganado espacios para ejercer su práctica y han tomado, con sus cuerpos, las calles. Están presentes en múltiples manifestaciones y protestas y promueven un fútbol inclusivo, popular y emancipador.

En 2019, en el marco de la Copa Mundial femenino celebrada en Francia, las futbolistas notaron la casi nula cobertura mediática del evento y lanzaron una convocatoria para ilustradoras con el objetivo de amplificar y dar visibilidad a su lucha, así como de rebatir los estereotipos de representación visual del fútbol femenino, generalmente sexistas y llenos de prejuicios. Con ese llamado, entretrajeron arte, deporte y activismo; pegaron cientos de carteles por las calles de París, donde permanecieron como ejercicio de libertad de expresión y llamada de atención al transeúnte, signo material de celebración, orgullo y resistencia en el paisaje urbano. En sus palabras, las jugadoras de fútbol desafían al patriarcado en cada juego:

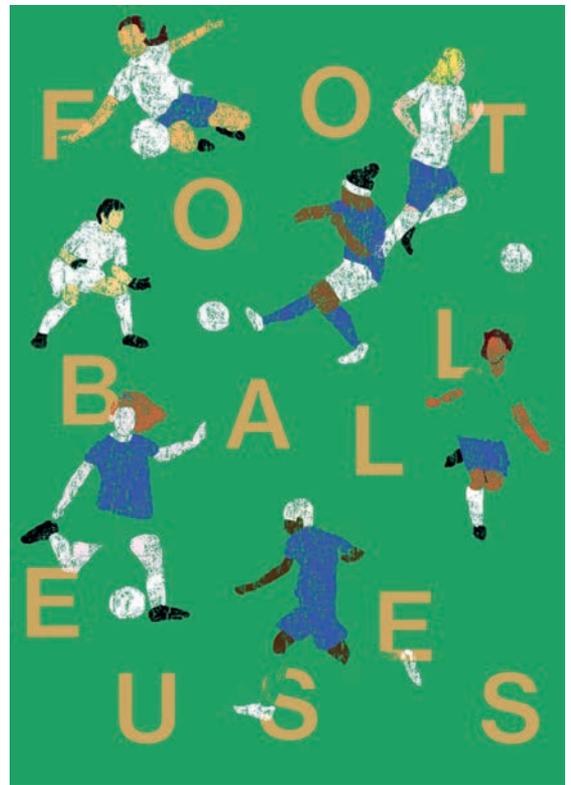
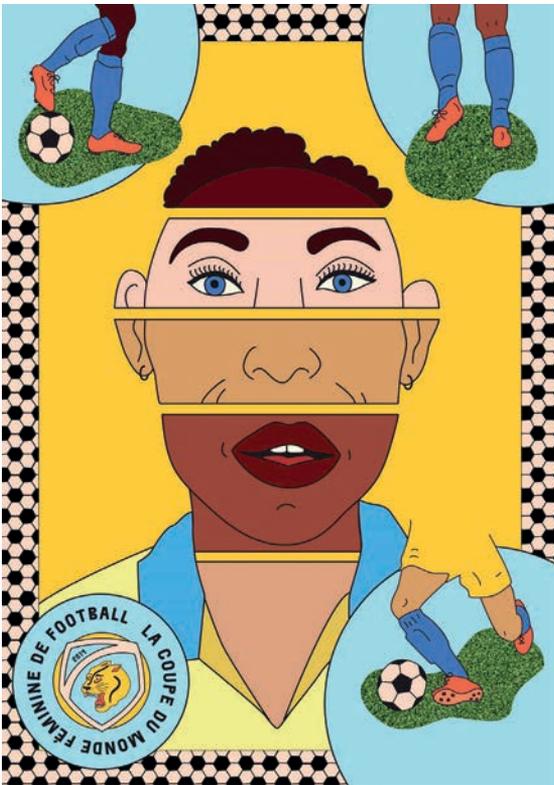
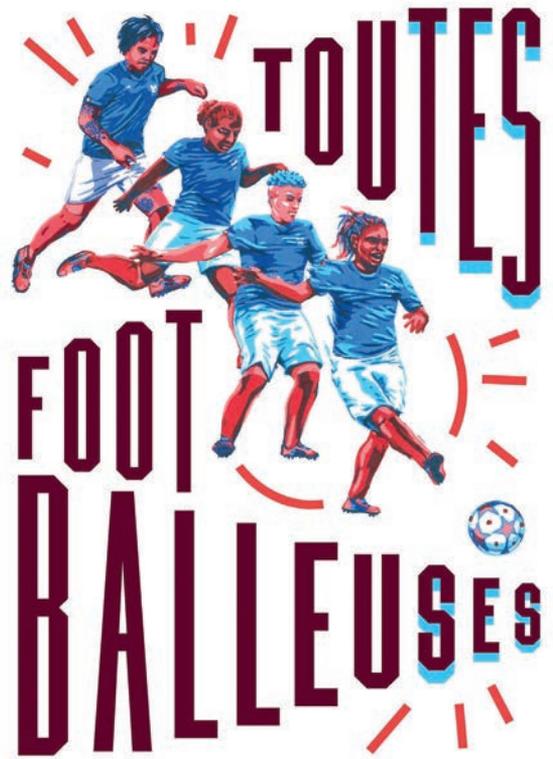
En todo el mundo, en el pasto crecido del campo, en la tierra de los municipios o sobre el pasto sintético de las grandes ciudades, ellas desafían —inevitablemente— las normas de género. Se enfrentan a los prejuicios, se afirman, ocupan el espacio. Ellas son las futbolistas.

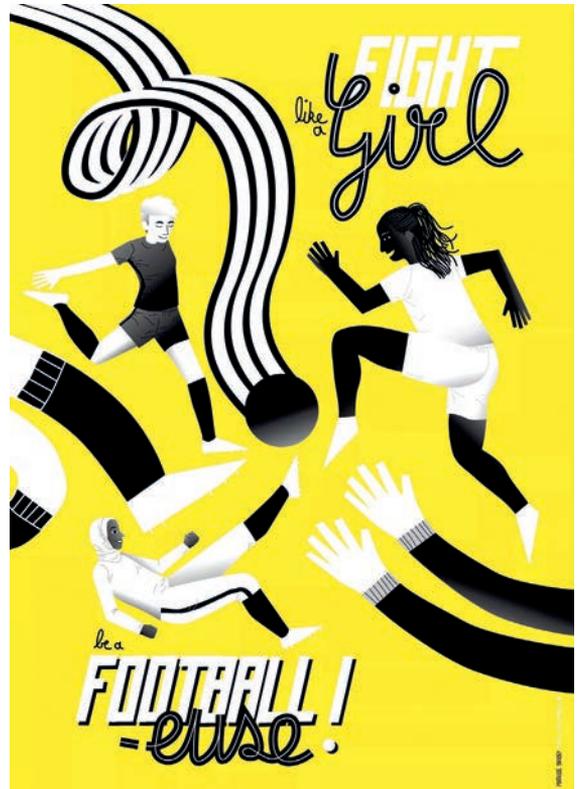
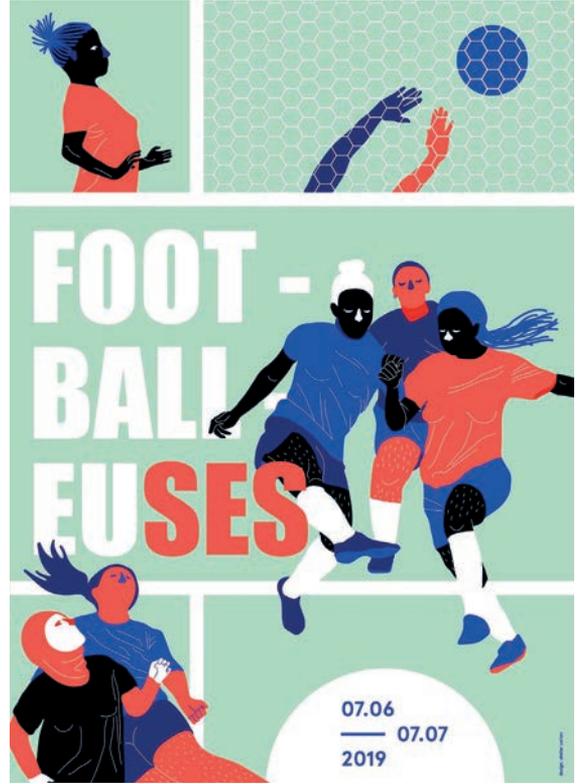
Todas las imágenes forman parte de los carteles reunidos en la convocatoria y se reproducen con la autorización de Les Dégommeuses.



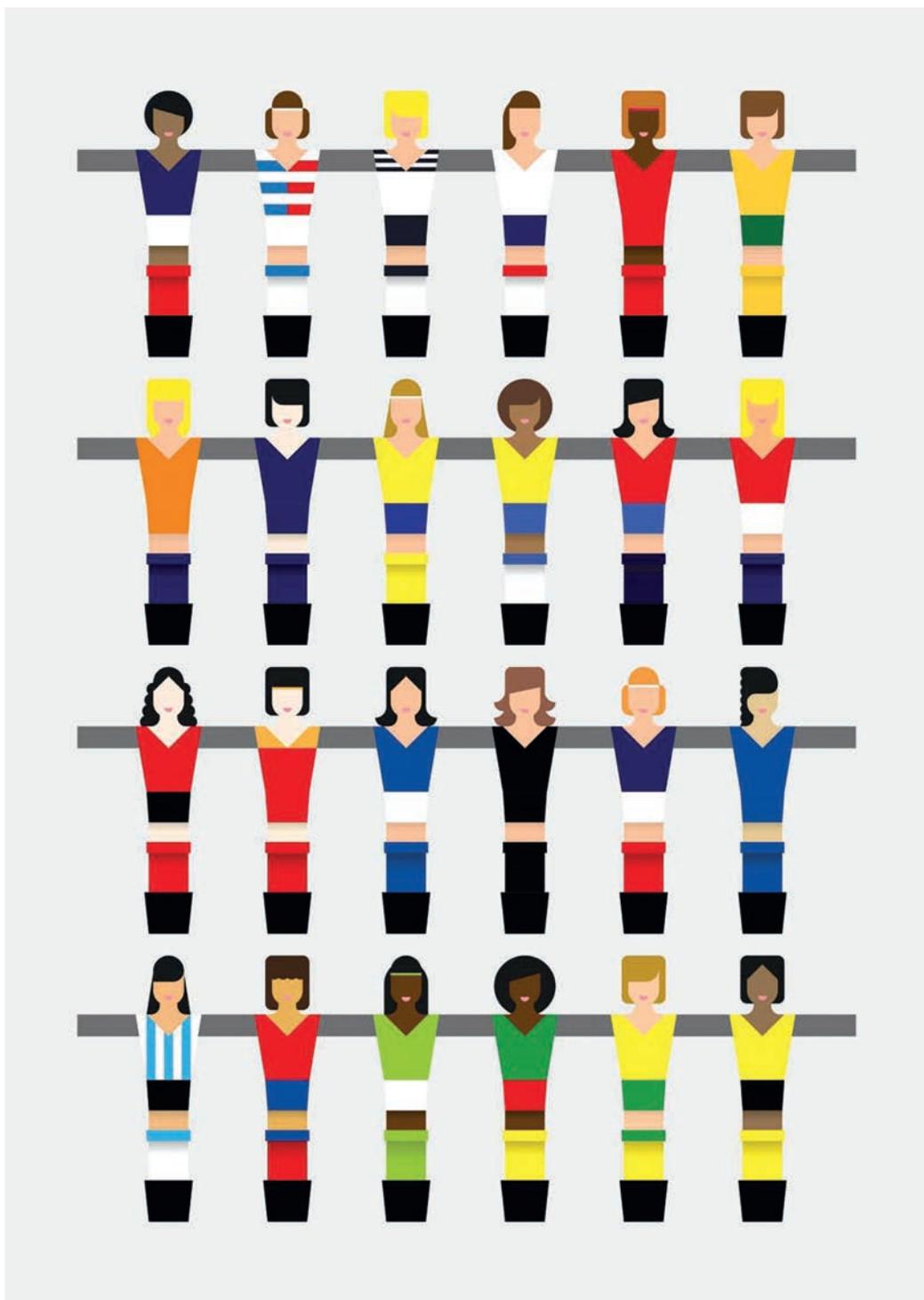














Timbre postal, Brasil, 1950. Flickr © ►



PANÓPTICO

CUATRO CIUDADES DE MARGO GLANTZ

ENTREVISTA CON MARGO GLANTZ

Mauro Libertella

No sabemos si cuando Margo Glantz subió al primer avión de su vida ya supo —ya infirió, como una intuición o un presagio— que ese iba a ser su teatro de operaciones para toda la vida, pero así resultó para ella. Como el de su amigo Sergio Pitlor, el suyo es un largo viaje que no conoce interrupciones; vivió en Londres, en Estados Unidos, en París, en Ciudad de México; recorrió la India, todos los países de Sudamérica, todos los países de Europa. De eso hablamos en una de sus muchas visitas a Buenos Aires, sentados en la cocina de una casa del barrio de Palermo. Le pedí que eligiera cuatro ciudades y dijo: México, París, Londres y Nueva Delhi.

1. PARÍS

Te fuiste a París con 23 años. ¿Cómo era ese mundo?

Me tocó una época extraordinaria. Era la posguerra, la época del Teatro Nacional Popular, de Jean Vilar, Gérard Philippe, Jean Louis Barrault y Madeleine Renaud; del existencialismo de Sartre, Camus y Merleau-Ponty, del Teatro del Absurdo. Fue un periodo de transición importante. Era un país vivo, muy vivo. Además, viajaba mucho por Europa, que en ese momento era muy barata. Había una enorme red de albergues de la juventud, y recorrimos así casi toda Europa, en autoestop.

¿Tomaste muchos seminarios? ¿Qué investigabas?

Sí, en París hice mi tesis de doctorado, en la Sorbona.

◀ Margo Glantz, ca. 2019. Archivo Margo Glantz



Estaba trabajando sobre los viajeros franceses que visitaron México en el siglo XIX y me interesaba además el teatro de los Siglos de Oro. En 1847 los estadounidenses invadieron México, llegaron hasta la capital y perdimos la mitad del territorio. En 1863 hubo otra invasión tripartita, con Inglaterra, España y Francia; los franceses se quedaron e impusieron el Imperio de Maximiliano de Habsburgo, quien fue derrotado por Juárez en 1867. Trabajé los textos que se produjeron en Francia sobre ese tema y durante ese periodo (1847-1867) para mi tesis de doctorado.

¿Y qué veían esos viajeros?

Muchos de esos textos se insertan dentro de una tradición que se inicia en Europa con el descubrimiento de América, el exotismo, textos muchas veces políticos o económicos, pero también literarios, como novelas, diarios de viaje, crónicas, etcétera. Muestran la visión que en Francia se tenía entonces sobre México. Abundaban los lugares comunes, los estereotipos, una gran discriminación, racismo, intereses políticos y comerciales, pero asimismo podían encontrarse cosas muy interesantes y novedosas que me permitieron descubrir elementos de mi país en los que no había reparado.

2. MÉXICO

Yo me fui de México a París en 1953, y la ciudad era pequeña si la comparamos con la de ahora; en mi memoria la urbe terminaba en un restaurante de carnes asadas en la avenida Insurgentes, una de las más largas del mundo. Ahora esta ciu-

dad es mucho más terrible. No hay comparación.

Era mucho más pequeña, no estaba contaminada, había muchísimos menos autos, menos gente. Era una ciudad caminable, hoy ya no lo es, salvo quizás en Coyoacán y unos poquitos lugares más, como la Condesa. La ciudad sigue creciendo desmesurada y caóticamente.

En muchas ciudades los años sesenta fueron el momento donde músicos, escritores y pintores se cruzaban en los bares. ¿En qué momento México vivió esos cruces?

En la misma época. En los sesenta, en lo que era la Zona Rosa, que ahora es una zona de desastre. Era muy bonita y la gente se reunía en cafés y restaurantes. El Carmel, el restorán de mis padres, fue un lugar de referencia. Ahí se hacían reuniones literarias o simplemente se congregaban escritores, pintores e intelectuales.

¿A Carlos Fuentes, Carlos Monsiváis y Sergio Pitol, los conociste en ese momento?

A algunos los conocí en París, como a Salvador Elizondo. En París también me presentaron a algunos pintores importantes: Lilia Carrillo, Manuel Felguérez, al uruguayo Horacio Torres o a gente que luego sería importante en la política de México como Víctor Flores Olea, Enrique González Pedrero y Porfirio Muñoz Ledo. A otros los encontré en la universidad, antes de irme a Europa, por ejemplo a Luis Villoro y a Francisco López Cámara, que fue mi marido. Cuando regresé de París, Monsiváis era aún muy jovencito. Fue muy precoz,

Para mí el francés es mi segunda lengua. No sé si eso influyó en mi propia escritura, supongo que sí.

tenía 22 años y ya había publicado sus primeros textos, pero yo lo había conocido hacia el año 1953 (cuando él tenía 15), con Sergio Pitol y Luis Prieto en una manifestación. A Carlos Fuentes lo veía en las mañanas en el Carmel, vivía cerca de allí, en la Zona Rosa, y solía comprar algunas publicaciones y libros extranjeros que se vendían en el restorán de mis padres.

¿Cuándo se empezó a hacer visible tu generación?

Cuando yo estaba en París se publicaron *El llano en llamas* y *Pedro Páramo* de Rulfo. Juan José Arreola publicó *Confabulario*; Rosario Castellanos, *Balún Canán* y Carlos Fuentes, *La región más transparente*. Pero también fue muy importante la década de los sesenta. Aparecieron los primeros libros de Salvador Elizondo, Sergio Pitol, Juan García Ponce, Jorge Ibarjúengoitia, Elena Garro, José Emilio Pacheco, Elena Poniatowska, Inés Arredondo, Julieta Campos, Juan Vicente Melo... Empezaron a publicar los autores de la generación conocida como "La Onda", y no hay que olvidar que fue una época de gran efervescencia política.

¿No sentías el deseo o las ganas de escribir ficción todavía?

Mira, yo empecé a escribir muy tarde porque no redactaba cosas que funcionaran a la manera tradicional. Uno de mis maestros fue Agustín Yáñez, un gran novelista de la década del cuarenta: le enseñaba

mis textos y me los alababa, pero para salir del paso me comentó que eran como un collar en el que las cuentas estaban sueltas, que había que aprender a engarzarlas. Pasó mucho tiempo antes de que pudiera hacerlo y decidiera optar por el fragmento como mi única forma de escribir.

3. LONDRES

Tenía 56 años. Fui agregada cultural en la embajada de México. Estando en el servicio diplomático se abren muchas oportunidades de conocer gente de todos los medios, sobre todo los académicos y oficiales de gestión cultural. Viajé mucho por Inglaterra y por Europa. Para entonces ya había publicado algunos libros, como *Las genealogías*.

¿El trabajo de agregada cultural tenía algo tedioso?

Al principio era muy tedioso porque me atuve a las reglas burocráticas pensando que ese era mi papel. Actuaba un poco como secretaria hasta que decidí que resultaba absurdo y me dediqué a establecer relaciones con los medios culturales. Iba a la embajada todos los días, pero a la hora que me daba la gana, y me pasaba el tiempo en los museos, en el teatro, en la ópera, en el cine, para calibrar y entender la vida cultural, y ver cómo se podía ensanchar mi labor, en principio muy dedicada a los intercambios escolares y las becas.

Supongo que en esa estadía habrás leído mucho en inglés. ¿Sentís que hubo algún idioma que permeara más que ese tu propia lengua?

Siempre he leído en inglés, prefiero leer en ese idioma cuando se trata de autores que lo escriben: australianos, canadienses, neozelandeses, ingleses, norteamericanos, jamaquinos, indios. Pero para mí el francés es mi segunda lengua. No sé si eso influyó en mi propia escritura, supongo que sí.

4. NUEVA DELHI

India parece producir un efecto de fascinación y rechazo. ¿El malestar físico se apacigua a medida que pasan los días?

Es como una oscilación perpetua entre la fascinación y el horror. La maravilla y el espanto. Y cuando estás a punto de morirte de asco, de susto, otra vez la maravilla. Hay gente que caga en la calle, gente que se muere en la calle, crematorios, mutilaciones, leprosos, perros sarnientos, vacas flacas, espacios públicos llenos de basura, gente sacándose los piojos. Y es un país bellísimo, sin embargo. No hay tregua entre lo fascinante y lo horrible. Pero es más fascinante que horrible.

Me da la impresión de que lo horroroso se puede explicar, pero lo fascinante es más difícil de transmitir.

Lo fascinante es el país mismo. Los colores, la gente, la miseria espantosa que hay y la belleza de la mirada, la risa de los niños, sus dientes blanquísimos, sus ojos negros, sus vestidos color verde musgo a la inglesa, el optimismo a pesar de todo. Eso no lo ves en otros países donde hay miseria. Pasolini dice en *El olor de la India* que no logra entender cómo pueden vivir con

solamente un puñado de arroz, beber agua sucia y sin embargo ser gente tan luminosa. Eso es muy hermoso. Al mismo tiempo, son unos grandes tramposos, maestros del regateo y la seducción, aunque en general no roben. También me impresionó mucho la situación de las mujeres, todas, aunque en especial las musulmanas, vestidas de negro, veladas siempre. Las mujeres hindúes son un espectáculo, en contraste con las que profesan otras religiones, vestidas de saris coloridos y lucidos con garbo, aunque sean parias. **U**



Claude Monet, *Casas del Parlamento, Londres*, 1900-1901. Art Institute of Chicago ©

MÉXICO: PAÍS TAPÓN, PAÍS SANTUARIO

ESCENAS PARA UNA IMAGINACIÓN POLÍTICA ANTIRRACISTA

Amarela Varela Huerta

Para Ethel Odriozola, mi Ítaca en muchas vidas

ESCENA 1

Son los años noventa. En el aula todos escuchamos la imagen que la profe nos propone. Pertenece a otra generación, pero las escenas que evoca para entender la undécima de las *Tesis sobre Feuerbach* nos conmueven a todos. Ella es argemex y cuenta que alguna vez optó por la vía armada. Explica a Marx desde su propia praxis. Sus narraciones buscan que entendamos que el conocimiento científico debe preguntarse siempre, y en colectivo, sobre la utilidad social del saber que produce. Sus palabras son, diría Foucault, una inscripción corporal que adquiere vida aún hoy en mis textos o mis clases. Quienes escuchamos venimos de una huelga larga, la del 99 en la UNAM, una parada más de una fiesta larga, el zapatismo.

ESCENA 2

2008 es ya el México de la violencia neoliberalizada. Viajo en autobús nocturno de regreso de la costa oaxaqueña. Nos detenemos en plena oscuridad. El chofer nos pide que bajemos todos. Tres agentes nos alumbran, vemos que son del Instituto Nacional de Migración. Nos preguntan por los nombres de los jugadores de la selección nacional de fútbol. Yo no me los sé pero tengo mi pasaporte; con mi acento de chilanga de cepa le pregunto a los migras: "¿Por qué es eso importante a las

Valla fronteriza entre México y Estados Unidos, 2018.

◀ Fotografía de Dane Van. Flickr ©



tres de la mañana en una carretera del sures-tre mexicano?". Solo consigo un: "Ya súbase".

El chavo que venía a mi lado, y que llené de baba por quedarme dormida encima de su hombro, no sube incluso cuando todos los otros pasajeros estamos en nuestros asientos. Bajo de nuevo, los migras lo tienen acorralado. Le están pidiendo que acabe la estrofa del himno nacional. Me encabrono. Y les digo que venimos juntos. "No se meta, señorita. Esta gente viene con pollero. ¿No ve que es guatemalteco?, se sabe nomás cachos del himno". "A ver, usted, recite el juramento a la bandera de cuando hacemos ceremonias en la secundaria". Se miran entre los tres. "No me acuerdo. Tú, güey, ¿te acuerdas?". El chavo está mudo y transparente. Yo no me muevo de ahí. Los de la migra se desesperan, se ofuscan por no poder seguir con su intimidante interrogatorio. "Ya se pueden ir, pero a ver, firme aquí que usted asegura que es mexicano este muchacho".

Ahora pienso: éramos todos tan nuevos... Un guardia nacional de los de ahora nos llevaría a ambos derecho a la estación migratoria más cercana, ahí donde las niñas "se mueren" por caerse de literas.

ESCENA 3

En 2019 un mar de familias, con los bebés del mismo tamaño que mis cachorros, atraviesa con carriolas el mismo México que yo no me atrevo a recorrer por las noticias que llegan de pleitos por la plaza, zonas de silencio, pueblos desplazados.

Esa mañana de noviembre, en la Ciudad de México, la *Ciudad Monstruo*, madrugamos muchos chilangos que somos parte de los esfuerzos para tender un "puente humanitario" para los integrantes del llamado *otoño caravanero*. Las familias de migrantes llevan muchos días

en el estadio Palillo Martínez, donde las albergaron entre lodo, luchas, toquines solidarios y ollas gigantes, pero han decidido seguir subiendo. Dicen que van para Tijuana.

Parece un 12 de diciembre. Pero esta madrugada no hay atole ni velas prendidas por los vecinos. Las familias caminan solas. Algunas mujeres, niños, abuelos y enfermos de ese gran éxodo vienen en los autos de las brigadas de apoyo. Los dejamos en la caseta de la carretera a Querétaro. La familia que viene conmigo, una señora con dos hijos adolescentes, dice que parará un tiempo ahí para reponerse antes de seguir caminando. Ahí siguen hoy, han construido su Ítaca.

ESCENA 4

Es ya 2021. Además de la guerra que no termina, ahora estamos en pandemia por covid 19. Vine a la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados de la Secretaría de Gobernación, frente a los velatorios de la Juárez, para hacer etnografía con una compañera de mi colectiva Inmovilidad en las Américas¹, con la que realizamos activismo epistemológico contra las fronteras. En la comisión hay dos filas. En una, mestizos que pasan por mexicanos, pero que en realidad son hondureños, salvadoreños. En la otra, negros y negras, familias haitianas y africanas que también buscan refugio en México. Ellas dicen que los centroamericanos pidieron separar las filas. Josep, un joven haitiano, me cuenta que solicitará refugio porque en Iquique, Chile, intentaron quemarlo vivo, aunque "solo" consiguieron quemar su casa de campaña. Enmudezco. Nuestra América.

A medio día, además de a los traductores haitianos que entran y salen para apoyar a su diás-

¹ Página web de Inmovilidad en las Américas disponible en <https://www.inmovilidadamericas.org/>



©Carlos Vielma, *Flag*, 2022. Cortesía del artista/obra realizada con el apoyo del SNC

pora, ya conocemos a un matrimonio mixto. Llegaron con agua y comida para sus paisanos. Viven en la Portales, como varios de sus compatriotas desde hace mucho. Traen acopio. Hablan creole. Cuentan lo que significa ser negro y llegar a la Ciudad de México.

Es el México de las muchas fosas comunes, masacres de migrantes, de más de cien mil desaparecidos y 350 mil muertos por una "guerra" que tiene un solo bando, la narcoclase política; el México de redadas continuas, detenciones arbitrarias, deportaciones masivas y en caliente, de la separación de familias, los naufragios en las costas del sur y los ahogamientos en los ríos del norte. Del grotesco nombre de "tercer país seguro", que es como se llama a la franja fronteriza más violenta del mundo. De los secuestros cotidianos y ya no noticiables. De los albergues religiosos y de ateos que siguen mu-

tando de paradas para el tránsito a campos de refugiados. Es el México de los más de veinte millones de mexicanos del otro lado del muro. De las remesas de nuestros familiares irregularizados por los Estados Unidos y el mercado que, no se nos olvide nunca, sostienen nuestro PIB y nuestra economía.

PAÍS TAPÓN, PAÍS FRONTERA, PAÍS REFUGIO

Las anteriores son todas escenas de un mismo territorio atravesado por la migración, el exilio y el desplazamiento forzado interno, en el que además vivimos millones de familias con miembros del otro lado de un muro que inventaron hace relativamente poco.

México, decía mi profe argenmex, ha sido refugio de muchos rojos, como ella. México, dicen los transmigrantes centroamericanos,

**México es todo al mismo tiempo,
como siempre y para variar:
país frontera, país tapón,
país fosa, país santuario, país
refugio, país destino.**

es una frontera vertical, un país frontera todo. Con ellos intento comprender la mutación neoliberal de este país y este tiempo, pero entiendo que al final se trata del mismo territorio, es la misma sociedad, y los funcionarios son muchas veces los mismos, aun durante diferentes gobiernos.

Que no se nos olvide que desde el siglo pasado, después de la Revolución mexicana, nuestro país es el puerto relativamente seguro que sirvió de refugio a muchas personas que apostaron por esperar aquí a que acabara la Segunda Guerra Mundial, el franquismo en España, la dictadura argentina o la chilena, el genocidio guatemalteco, la contra en Nicaragua, la guerra en El Salvador. Eligieron este país y sus complejidades para esperar a que amainara la tormenta y, de paso, nos trajeron otras imágenes, sabores, maneras de pasar los domingos, lecturas, saberes, arquitecturas, creencias, demonios, cosmovisiones; otras formas de habitar el amor, la pista de baile y las páginas en blanco.

Ese México que es santuario sigue latiendo, está encarnado en las comunidades indígenas de Chiapas que reciben a los caminantes de ahora que vienen sobre todo de Guatemala y Honduras. Esos pueblos fronterizos les dan refugio sin cámaras ni premios que los recompensen, les ofrecen agua, un lugar para dormir, frijoles, tortillas. "Hospitalidad radical", como le dice Shahram Khosravi a la ternura de los pueblos.

Y al mismo tiempo, desde que mutamos del Estado priísta al de la alternancia neoliberal, México es país frontera o frontera vertical, segmentado por las rutas migratorias, los retenes, el racismo de policías y ladrones, los mexicanos que agandallan a los migrantes. México es un tapón (como Turquía para Europa), donde más

de cuarenta mil efectivos de la Guardia Nacional vigilan las fronteras previas a Estados Unidos. Y a la vez es también el nuevo hogar de muchos desplazados. El territorio donde se quedaron atrapados en la transitoriedad permanente, o donde decidieron detenerse para hacer la vida. País expulsor, pero también país destino.

Mientras algunos migrantes llaman *ciudades cárceles* a las ciudades fronterizas de Tabasco y Chiapas, otros latinoamericanos con familias y redes comunitarias las llaman "casa". México es todo al mismo tiempo, como siempre y para variar: país frontera, país tapón, país fosa, país santuario, país refugio, país destino, país de tránsito, país de sueños y pesadillas, de muerte y de vida, de espera y retorno, de tránsito y de expulsión, de guerra y de amparo, de persecución y de solidaridad.

Apuesto a que estas postales abrirán un poco más la cancha a una discusión que nos urge para acabar con el racismo en todas sus variantes: institucional, social, estatal, mercantil, legal y epistémico. Sentipienso que podemos construir un contrarrelato a la violencia contra migrantes y solicitantes de asilo. Despleguemos una imaginación política que abraza a las familias venezolanas que recién llegan, a los exiliados africanos, a los retornados y deportados binacionales. Demos espacio a otras historias, demos cabida en nuestra imaginación teórica y literaria, académica y artística a la futurabilidad realmente existente ya en la vida de muchas familias que han hecho de este país su santuario. Imaginemos, como dijeron los zapatistas, un México donde quepan todos los mundos. **U**

DOMADOS E INDÓMITOS: ENCUENTROS CERCANOS DEL TIPO ANIMAL

FRAGMENTO

Sy Montgomery y Elizabeth Marshall Thomas

Traducción de Virginia Aguirre

MENTES ANIMALES

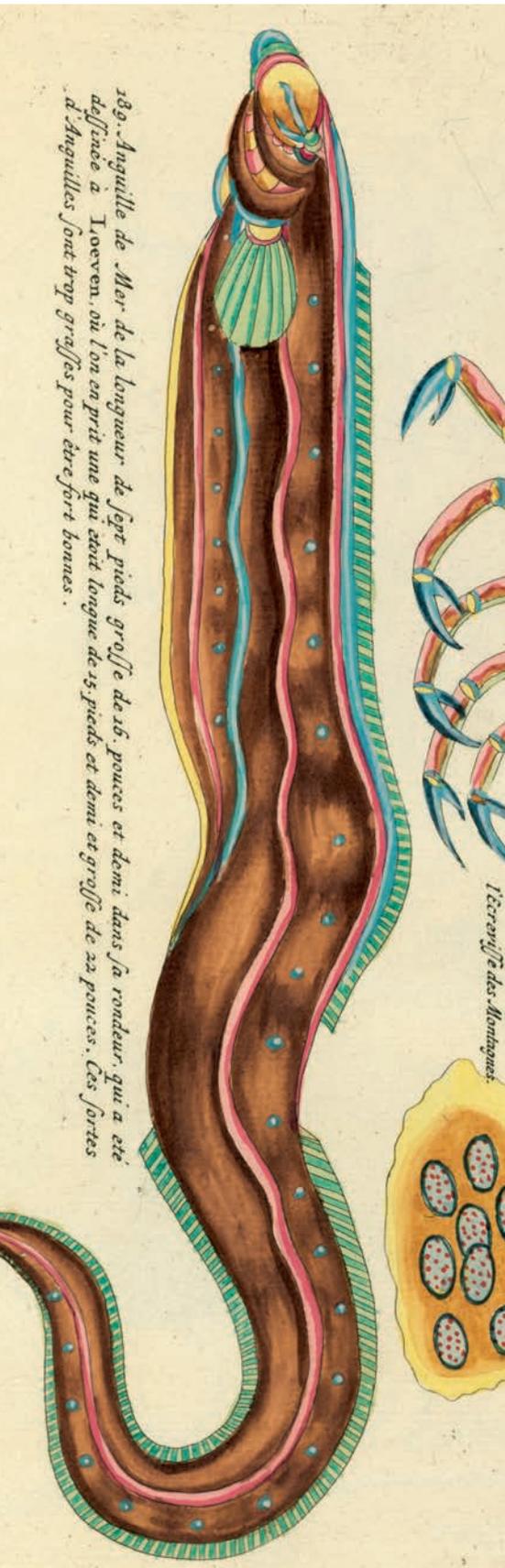
*** Liz ***

Escribo estas líneas en mi oficina con mis dos perritos al lado, acurrucados en una silla donde sueñan. A veces uno llora quedito, a veces uno mueve sus patas como si estuviera corriendo. Quienes los miran tienden a decir “está cazando conejos”, aunque el perro nunca ha visto un conejo, y asumen que el sueño no tiene importancia porque el que está soñando es solo un perro. No sabemos a ciencia cierta de qué manera nos afectan los sueños, pero como quiera que sea, inciden igual en los perros y en otros animales que sueñan, como las aves y los peces.

Prácticamente cualquier manifestación mental que a uno se le ocurra — emoción, razonamiento, aprendizaje, investigación, toma de decisiones, compasión, empatía, reconocimiento del “otro”, entre muchas otras— está presente en todos los vertebrados. Aunque algunos de nosotros distinguimos unos cuantos de estos rasgos mentales en nuestras mascotas, demasiados nos seguimos aferrando a teorías científicas obsoletas, negando la existencia de la cognición animal en casi cualquier forma.

Esto no siempre fue así. En nuestros primeros doscientos mil años como cazadores-recolectores teníamos que reconocer las capacidades mentales de otras especies, así como ellas necesitaban identificar las nuestras, en especial si nos cazaban o las cazábamos. Sin embargo, parece que cuanto más “educación formal” adquirimos, menos

Ilustración de anguila de mar, en Louis Renard, *Peces, cangrejos de río y cangrejos, de varios colores y figuras extraordinarias...*, 1754.
◀ Biodiversity Heritage Library ©



189. Anguille de Mer de la longueur de sept pieds grosse de 16. pouces et demi dans sa rondure qui a été dessinée à Ivoeven. où l'on en prit une qui étoit longue de 15. pieds et demi et grosse de 22. pouces. Ces sortes d'Anguilles sont trop grasses pour être fort bonnes.

L'écaille des Anguilles.

entendemos la verdad. Los doctores en filosofía dedican toda una vida a tratar de definir la diferencia fundamental entre las mentes de los animales y las de las personas, sin embargo no existe tal diferencia y nunca la hubo. Hasta hace muy poco tiempo, dado que no había una prueba científica que lo demostrase, la mayor parte de la comunidad científica optó por asumir que los animales no tenían conciencia, emociones o pensamientos.

Ahora hay un tsunami de datos que refutan esa idea. Películas, libros y artículos fascinantes están arrojando una nueva luz sobre las vidas conscientes y las capacidades mentales de los animales. Incluso un paramecio¹ demostró que podía aprender, por ejemplo a evitar cierto tipo de luz. Es verdad que sigue habiendo cierta distancia entre ese paramecio y Stephen Hawking o Albert Einstein, pero todos comparten la capacidad de aprendizaje.

Un importante avance en esta área se dio a conocer recientemente en un libro de Nicholas Dodman titulado *Pets on the Couch* (2017). Incluso la portada promete realismo: muestra un perrito sentado en un sofá, una guacamaya posada en el respaldo y la cola de un gato escondido debajo del sofá. Dodman es un veterinario que trata lo que llamamos problemas "conductuales", pero que en realidad son psicológicos, según él, casi iguales o exactamente iguales a los nuestros. Dodman ha observado que los perros y los gatos con este tipo de problemas responden a los fármacos que se recetan a humanos para tratar cuestiones similares. De tal forma, concluyó el veterinario, compartimos con estas especies múltiples trastornos psicológicos, desde la conducta obsesivo-compulsiva y el síndrome de Tourette

(un caballo lo padecía) hasta la enfermedad de Alzheimer, la depresión y el estrés postraumático. En mi opinión, el hecho de que el mismo comprimido alivie el mismo síntoma, ya sea en una persona o un caballo, nos demuestra que los animales son más parecidos a nosotros de lo que pensábamos. Desde hace tiempo sabemos que sus órganos —como el corazón, los pulmones y los riñones— son bastante similares a los nuestros en lo concerniente a su función y apariencia. Lo que no reconocíamos, pero no debe sorprendernos, es que sus cerebros también lo son. No todas las personas logran ver esto aún. Al respecto, Dodman señala lo siguiente:

A pesar de Darwin, Goodall, Temple Grandin y otros tantos, resulta que seguimos teniendo que disculparnos en los círculos científicos por atribuirle a los animales la capacidad de pensar.

Esto debe terminar. Llegó la hora de archivar esa teoría "científica" tan anticuada como el terraplanismo y reconocer lo que hemos tenido frente a nuestras narices por cientos de miles de años.

En lo que a mí respecta, estoy con Dodman. Sé, por ejemplo, que las aves, los mamíferos, los peces, ciertos moluscos e incluso insectos piensan y sienten de una manera muy similar a la nuestra. Aun así, los matamos y nos los comemos. Yo solía comer cuanto me servían y cocinaba comida "normal" para mi familia e invitados, pero ya no lo hago. Como Sy, que es vegetariana desde hace mucho tiempo, lo último que quisiera es comerme a un animal. Veo el trozo de carne sobre mi plato y me pregunto quién era. ¿Quiénes fueron sus padres? ¿Sus hermanos? ¿Dónde pasó su infancia? ¿Tuvo una vida placentera o difícil? ¿Qué le gustaba ha-

¹ Un diminuto ser unicelular oblongo que nada.

Nos dimos cuenta al mismo tiempo de lo que casi con seguridad estábamos presenciando. La anguila eléctrica estaba soñando.

cer o pensar, qué cosas recordaba? ¿Qué forma de cautiverio sufrió y cómo fueron sus últimas horas? ¿Y tengo que cortar un pedazo de su cadáver y metérmelo en la boca?

¿SUEÑAN LOS ANIMALES?

Sy

La anguila eléctrica exhibida en el Acuario de Nueva Inglaterra tiene una característica que la vuelve un éxito. Cada vez que está cazando o aturdiendo a una presa, la carga activa un voltímetro ubicado arriba de su tanque. La luz se enciende cuando el animal está usando su electricidad y nos permite ver lo invisible, como si fuera magia.

Un día vi otra cosa mágica ocurrir en el tanque. Gracias al voltímetro, pude ver el sueño de la anguila. Sucedió cuando estaba parada enfrente con Scott Dowd, el acuarista principal de la galería de agua dulce, observando al pez yacer inmóvil en el fondo del tanque. “Creo que está dormida”, le dije a mi acompañante. “Sí, está dando unas buenas cabezadas”, concordó. Por ser apasionados entusiastas de los peces, seguimos muy quietos observando a la anguila mientras dormía. Y entonces sucedió: la pantalla del voltímetro mostró un fuerte destello, y después otro y otro.

Las anguilas eléctricas cazan nadando hacia el frente, meneando la cabeza de un lado a otro, enviando señales eléctricas que les rebotan, en forma similar a la ecolocalización de un delfín. Pero esta seguía inmóvil. ¿A qué se debía el destello entonces? “¿Pensé que la anguila estaba dormida!”, le dije a Dowd. “Está dormi-

da”, me respondió. Nos dimos cuenta al mismo tiempo de lo que casi con seguridad estábamos presenciando. La anguila eléctrica estaba soñando.

“Parecería que no solo los hombres sueñan —escribió Aristóteles en su *Historia de los animales*— sino también los caballos, y los perros y los bueyes; sí, y las ovejas y las cabras...”. Era una obviedad: como la mayoría de nosotros, Aristóteles había observado a perros dormidos mover las orejas, agitar las patas y ladrar, lo que lo llevó a pensar que seguramente otros animales también soñaban.

Pensadores más “modernos” negaron después que los animales pudieran soñar. Se consideraba que los sueños, complejos y misteriosos, eran territorio exclusivo de las llamadas *mentes superiores*. Sin embargo, a medida que avanzaron las investigaciones sobre el cerebro, los investigadores se vieron obligados a conceder que Aristóteles tenía razón. Los animales sí sueñan. Y ahora podemos incluso tener un atisbo de lo que sueñan.

Desde los años sesenta, los científicos entienden que el mundo onírico se abre durante la fase de movimiento ocular rápido (REM) del ciclo del sueño. En ese lapso nuestros músculos normalmente están paralizados por el puente del tallo cerebral, de tal forma que no actuamos nuestros sueños. En 1965 unos investigadores extirparon esta parte del tronco encefálico a unos gatos. Descubrieron que, mientras dormían, los gatos se levantaban y caminaban, movían la cabeza como si siguieran una presa y se abalanzaban sobre ratones invisibles.

Para 2007 tendríamos un retrato aún más vívido de los sueños de los animales. El investigador Matthew Wilson y el estudiante de posgrado Kenway Louie, ambos del Instituto Tecnológico de Massachusetts, registraron la



Franz Marc, *Perro tumbado en la nieve*, ca. 1911. Städel Museum ©

actividad cerebral de un grupo de ratas mientras estas corrían en un laberinto y descubrieron que las neuronas activaban descargas con patrones distintos cuando realizaban diferentes tareas. Los investigadores observaron que exactamente los mismos patrones se reproducían mientras las ratas dormían y lo veían con tal claridad que podían decir en qué parte del laberinto estaba soñando la rata y si estaba corriendo o caminando en sus sueños.

Los sueños de las ratas se originan en el hipocampo; algo que, todo indica, también sucede en los humanos. Se sabe que esta es un área cerebral que registra y almacena recuerdos, lo que respalda la idea de que una función importante de los sueños es ayudarnos a recordar lo que hemos aprendido. Desde luego, para una rata de laboratorio es importante recordar la manera correcta de salir de un laberinto. Entonces, si las ratas sueñan que corren en laberintos, ¿qué sueñan las aves? Que cantan.

Daniel Margoliash, profesor de la Universidad de Chicago, realizó experimentos con pinzones cebra (*Taeniopygia guttata*). Como la mayoría de las aves, los pinzones cebra no nacen sabiendo cantar; lo aprenden, y mientras son jóvenes pasan gran parte de sus días ensayando. Cuando están despiertas y emiten ciertas notas, las neuronas del cerebro frontal del ave, conocido como *robustus archistrialis*, producen descargas. El investigador logró determinar

las notas individuales con base en el patrón de descargas de las neuronas. Luego, mientras las aves dormían, descubrió que sus neuronas liberaban descargas en el mismo orden, como si estuvieran cantando en sus sueños.

Los sueños se han investigado mucho menos en peces que en mamíferos y aves. Nadie ha observado el sueño REM en peces, todavía. Pero eso no significa que no sueñen. Curiosamente, tampoco nadie ha demostrado que las ballenas tengan una fase REM al dormir. Sin embargo, las ballenas sueñan, pues son animales sociales, longevos y con un cerebro muy grande, por lo que es crucial para ellos consolidar una memoria de largo plazo.

Sin embargo, los peces sueñan; hasta ahí se sabe. Se ha documentado cuidadosamente que si se priva del sueño a los peces cebra (porque unos fastidiosos investigadores no los dejan descansar), tienen problemas para nadar al día siguiente, así como una persona tiene problemas para concentrarse tras una noche sin dormir.

Entonces, finalmente: ¿Qué soñará una anguila eléctrica? El voltímetro del Acuario de Nueva Inglaterra nos dio la respuesta: cazar y electrocutar presas. **U**

Sy Montgomery y Elizabeth Marshall Thomas, *Tamed & Untamed. Close encounters of the animal kind*, Chelsea Green, Londres, 2017. Se reproduce con autorización.

ANTES DE QUE LLEGUE EL TREN

Cristina Marcano

La idea de viajar en tren puede ser muy romántica. Como si esa sensación de ver el paisaje en movimiento, cuando lo que se mueve es el vagón, nos sumiera de inmediato en un trance evocativo. Un ferrocarril es más que un simple medio de transporte. Es, también, una máquina del tiempo que suele ir en reversa. Movilidad y añoranza. El Tren Maya —aun sin haber arrancado, sin existir siquiera— convoca cierta nostalgia. Una nostalgia anticipada. La melancolía del presente, del mundo que existe —y nos deslumbra con su belleza— ahora. Antes de.

Más allá de las promesas de desarrollo y las esperanzas de un futuro mejor para la península de Yucatán, el proyecto del Tren Maya contempla un recorrido por sitios muy singulares y toca un punto sensible: la selva tropical del sureste de México, la segunda más grande del continente americano después de la Amazonia. Es por eso que la idea del tren también puede resultar inquietante. ¿Se puede evitar que la expansión urbana y turística que se anuncia afecte al medio ambiente? ¿Qué tipo de crecimiento se avecina? ¿Habrán que correr si se quiere atrapar algunos paisajes en la memoria?

Por lo pronto, las campanas suenan por el daño que ha causado la construcción de esta obra de más de mil 500 kilómetros. En su extenso recorrido por cinco estados (Chiapas, Tabasco, Campeche, Quintana Roo y Yucatán,) el ferrocarril serpenteará a través de un ecosistema único, hogar de comunidades indígenas descendientes de

Selva Lacandona, Lacanjá, Chiapas, 2017.
◀ Fotografía de Aarón Rodríguez. Flickr ©

los antiguos mayas. La región incluye dos reservas de la biósfera y una decena de áreas naturales protegidas, donde habitan los últimos jaguares, monos ruidosos, infinidad de aves, millones de murciélagos asustadizos, algunos tapires y animales que han estado antes que cualquier ser humano.

Un reino de naturaleza exuberante donde los ríos son venas subterráneas, como Sac Actun, el afluyente bajo tierra más largo del mundo (155 kilómetros), y se multiplican los cenotes, esas albercas naturales al aire libre o dentro de bóvedas adornadas de estalactitas. Un lugar privilegiado donde existe una enorme laguna azul de agua dulce y hay cuevas fantásticas que se enlazan en laberintos, como aquella en Tulum en la que se hallaron los restos de la mujer más antigua de América, una Eva que vivió hace millones de años.¹

Ese mundo, inexorablemente, cambiará. De hecho, ya está siendo transformado. Con el tren, toda la península será más accesible, más transitada, más urbanizada. Y es natural la polémica. No solo por todo lo que la construcción de una obra de esa magnitud implica, sino por la manera en que se está llevando a cabo. A trancas y barrancas. Apresuradamente. Con el afán inexplicable, a no ser por motivos políticos, de terminar en una fecha límite: diciembre de 2023.

Una discusión que pudiera haber contribuido a la búsqueda del menor daño posible, si no estuviera contaminada por la polarización, ha derivado en un absurdo dilema entre desarrollo y medio ambiente. Como si la ecología estuviera reñida con el progreso cuando es precisamente lo contrario.

¹ Redacción National Geographic, "Encuentran uno de los esqueletos más antiguos de América en una cueva submarina", 14 de septiembre de 2010. Disponible en <https://bit.ly/3SUXIRS>

De un lado, los promotores de la obra, que se asumen como desarrollistas víctimas de ataques políticos. Del otro, conservacionistas, con décadas de trabajo en la región, despachados por los primeros como "seudoambientalistas" y "conservadores" al servicio de oscuros intereses, sin detenerse un minuto a considerar en sus argumentos.

El matiz ideológico que se le ha pretendido dar a la controversia sobre la construcción del Tren Maya, como si se tratara de un duelo político, ha dejado en segundo plano el debate de fondo sobre el modelo de desarrollo que se propone para la región. Un modelo que pudiera ocasionar en el futuro más daños ambientales que la propia ejecución de la obra. Los apocalípticos lo resumen en una palabra: *can-cunización*.

Cuando a finales de 2018 se anunció el proyecto, el gobierno mexicano asumió un compromiso inalcanzable: no tirar un solo árbol. No era posible. En realidad, nadie esperaba un tren que se deslizara por mil 500 kilómetros sin rozar una planta. Desde entonces, han caído muchos árboles. Ceibas, palmas, cedros... Y no pocos, en vano. Después de sacar no uno, sino catorce mil árboles en el camellón central de la carretera Cancún-Tulum (según cifras oficiales, otros siete mil habrían sido trasplantados), se decidió cambiar la ruta del Tramo 5.

El tren ya no pasará por allí debido, fundamentalmente, a la protesta del sector hotelero. Lo hará más allá, unos kilómetros selva adentro. Ahora es posible observar dos cicatrices en la zona: la del camellón desierto — donde hubiera podido evitarse el daño — y, también, una larga mancha de troncos quebrados y secos en medio de la espesa alfombra verde.

Gran parte de las denuncias se centran en el trayecto de Playa del Carmen a Tulum no solo porque atraviesa la selva, sino por la fragilidad de los suelos calizos —“un queso gruyer”, en palabras del biólogo Rodrigo Medellín— y por los cenotes que estarían en riesgo. En este trecho de casi setenta kilómetros se puso la carreta delante de los bueyes al iniciar los trabajos sin haber presentado los estudios de Manifestación de Impacto Ambiental (MIA) exigidos por la ley.

¿Por qué se evadió este trámite cuando el Tren Maya “es un proyecto para mejorar la calidad de vida de las personas, cuidar el ambiente y detonar el desarrollo sustentable”, según la premisa del Fondo Nacional de Fomento al

Turismo (Fonatur), encargado de la obra? Fue solo después de que un juez ordenara suspender los trabajos, en respuesta a un amparo interpuesto por buzos y espeleólogos, que el organismo presentó el estudio ante la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales (Semarnat) para su aprobación.

El apuro ha jugado en contra del propio proyecto. A la planeación insuficiente —hasta ahora ha habido siete cambios de ruta en distintos tramos— se suma la ausencia de estudios geofísicos para evaluar la idoneidad de los suelos para el paso de un tren rápido de pasajeros y carga; y la falta del consenso deseable, expresada en al menos veinticinco amparos contra diferentes tramos. Punto aparte: la in-



Río Santo Domingo, Las Nubes, Chiapas, 2016. Fotografía de Roberto González. Flickr ©

El Tren Maya es, sobre todo y esencialmente, una gran apuesta por el turismo masivo.

formación brindada a las comunidades antes de la consulta indígena (2019) solo hizo referencia “a los posibles beneficios y no a los impactos negativos” de la obra, como concluyó la Oficina del Alto Comisionado de Derechos Humanos de la ONU.²

El Tren Maya, en realidad, no es un proyecto verde. Y su construcción ya ha arrojado suficientes pistas al respecto. Aunque se promete sembrar millones de árboles para mitigar los daños, el Tren Maya es, sobre todo y esen-

cialmente, una gran apuesta por el turismo masivo. Una actividad difícil de conciliar con el desarrollo sustentable, como lo demuestra la explotación de Quintana Roo, donde se han hecho concesiones a la industria sin reparar demasiado en el medio ambiente. Basta con asomarse a lo que el argot turístico denomina *hot spots* de la Riviera Maya —Cancún, Playa del Carmen y Tulum— para tener una idea.

¿Puede un lugar como Bacalar, conocida como “la laguna de siete colores”, resistir el impacto del tren? ¿Podrá mantenerse limpia con un desarrollo a lo Playa del Carmen o Tulum? Con un flujo anual de 180 mil turistas, los expertos han denunciado que la calidad del agua y la vida del arrecife ya se encuentran amenazadas por la “saturación turística” y la actividad de granjas. No hace falta ser científico para detectar la fragilidad ecológica de este paraíso, que gracias a una próxima estación de ferrocarril estará al alcance de millones de visitantes.

¿Hay algún tipo de planeamiento urbano previsto? ¿Programas para el manejo de desechos sólidos y residuales? ¿Se establecerán límites a la navegación? ¿Habrá una expansión desenfadada de hoteles? ¿Veremos desaparecer la legendaria escala de azules de la laguna? No deja de tener cierto toque de sacrificio ritual ofrendar así la naturaleza.

Además de los atractivos naturales de la península, en la ruta del ferrocarril habrá más de 45 sitios arqueológicos abiertos al público, entre los que destacan monumentos emblemáticos de la civilización maya como Calakmul en Campeche, Palenque en Chiapas o Uxmal en Yucatán.

² “ONU-DH: el proceso de consulta indígena sobre el Tren Maya no ha cumplido con todos los estándares internacionales de derechos humanos en la materia”, *Naciones Unidas. Derechos Humanos. Oficina del Alto Comisionado. México*. Disponible en <https://bit.ly/3yIV3sa>



Actualmente, unos 42 mil turistas se internan cada año en la selva para conocer las misteriosas ruinas mayas de Calakmul, reserva de la biósfera y declarada patrimonio de la humanidad por la Unesco. Con el tren llegarán muchos más. Se espera que la cantidad de visitantes aumente a 2.92 millones por año. Así, de golpe: de 42 mil personas a casi tres millones. Tal vez, más. No es una expectativa exagerada.

Este transporte servirá, como dijo el presidente Andrés Manuel López Obrador,

para que los que nos visitan de otras latitudes, que llegan a Cancún como quince o diecisiete millones de turistas extranjeros [al año] y se quedan solo en el norte de Quintana Roo, disfrutando del mar y del sol, puedan conocer, internándose en el sureste, toda esta gran riqueza cultural, artística y arqueológica única en el mundo.

Todas las ganancias del tren, si las hubiera, no serán para las comunidades ni para el medio ambiente. Serán, por decisión presidencial, para el Ejército, encargado de operar y administrar el ferrocarril y sus estaciones.

Un grupo de trescientos académicos advirtió sobre “la gravedad e irreversibilidad de los daños que están siendo causados” y resumió en veinte puntos los probables impactos del tren, en una carta dirigida a la presidencia en abril pasado. Pero no se quedaron solo en los riesgos ambientales. Fueron más allá. Pusieron el foco en el centro del asunto: en la idea de progreso que se ofrece a las comunidades locales a las que se busca favorecer, en los presuntos beneficios para la gente de Yucatán.³

³ Expansión Política, “Más de 300 investigadores le piden a AMLO detener el Tren Maya”, *Expansión*, 19 de abril de 2022. Disponible en <https://bit.ly/3SMhCPg>

El proyecto plantea la creación de polos de desarrollo alrededor de cada estación. Diecinueve estaciones, diecinueve polos. “El tren es en realidad un proyecto inmobiliario y de urbanización con bandera de turismo responsable, que busca ser motor de la economía peninsular”: según el documento, ese modelo de desarrollo, planteado como la panacea y ya probado en varias zonas de la región, “ha llevado al empobrecimiento ambiental y a una creciente inequidad social”.

En este sentido, el caso Tulum resulta ilustrador. Aunque pudiera pensarse que la proliferación de hoteles y restaurantes de lujo que atraen eso que algunos funcionarios llaman “turismo de alta gama” y son inaccesibles para el mexicano promedio ha traído bienestar a los trabajadores, la realidad es otra. “Tulum es el municipio en donde la pobreza ha aumentado más en México. La tasa se duplicó del 32 por ciento en 2015 al 62 por ciento en 2020”, según datos del Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval), citados en un reportaje del diario *El País*.⁴

Según la carta antes citada, el impacto social del Tren Maya podría ser una película ya vista: desplazamientos poblacionales, especulación con las tierras y desestructuración comunitaria; empleos de muchas horas y bajos salarios en “resorts con nombres mayas”; tráfico y consumo de drogas, aumento de la violencia y “la potencial trata de personas para prostitución”.

¿Hay tiempo para ahondar en estos factores y ver el otro lado de la postal turística antes de que sea demasiado tarde? **U**

⁴ Isabella Cota, “La pobreza de Tulum que el auge del turismo no puede ocultar”, *El País*, 8 de mayo de 2022. Disponible en <https://bit.ly/3Ccb0Y1>

MARIO SANTIAGO PAPASQUIARO: ENTRE EL CAOS, EL DELIRIO & EL OLVIDO

S. Juliana Granados M.

José Alfredo Zendejas, nombre con el que su madre lo bautizó, fue un poeta clandestino que lanzó su primer aullido el 24 de diciembre de 1953 en la Ciudad de México. A diferencia de otros contemporáneos que gozaron de mayor prestigio, reconocimiento y respeto, Zendejas acumuló más penas que glorias. Hoy nadie lo recuerda como poeta, a pesar de haberse dedicado en cuerpo y alma a componer los versos más sórdidos, extravagantes e incomprensibles que pudieran existir en la poesía mexicana.

Su nombre no resulta familiar, tampoco aparece en las antologías de poesía mexicana o latinoamericana, mucho menos en los libros de historia que relatan las hazañas de jóvenes rebeldes alzados contra el poder. De hecho, José Alfredo es un nombre que al mismo Zendejas le resultaba ajeno. Pero existió: nació y murió siendo esencialmente un poeta, aunque muchos cuestionan su calidad como escritor. En lo que sí se podría estar de acuerdo es en que fue invisible dentro de la historia literaria, incluso después de su muerte errabunda y pese a los esfuerzos de sus amigos y herederos por editar su raquí-tica obra.¹

Amante del rock and roll, la cultura popular, la calle y el cálido pero apabullante eco beat, Zendejas no era un

¹ El Fondo de Cultura Económica (en la CDMX) publicó en 2008 una antología poética de su obra que va de 1974 a 1997. Algunos títulos suyos en el mercado actual son *Consejos de 1 discípulo de Marx a 1 fanático de Heidegger*, *Jeta de santo* *Antología poética 1974-1997* y *Arte & basura* [N. de los E.]

Mario Santiago Papasquiari en el Zócalo,
s/f. Archivo familiar/Mowgli Zendejas © ▶



escritor ordinario y mucho menos disciplinado en el oficio, escribía en cualquier espacio en blanco que encontraba: márgenes de libros, servilletas, cajas de cigarrillos u hojas que él mismo terminaba por dejar en el olvido.

También se cultivó tempranamente en el noble ejercicio de recitar poemas (suyos y de autores que admiraba) hasta el cansancio, esperando comentarios, críticas y elogios de sus escuchas. Era un caminante y un perro calle-

A duras penas logró publicar en vida, pero se sabe que peleaba con todo el mundo por la excesiva acidez de sus comentarios y su sinceridad atrevida.

"1 poeta es un microbio, 1 virus que habla", escribió Mario Santiago en *Sueño sin fin*, uno de sus pocos poemas publicados, en el que aparecen versos que gritan: "¡& no quiero nada con nadie que no sepa besar como Hedonismo manda!".

Arrastrando una pierna y un bastón vociferaba groserías y le pateaba el culo a la estilización del lenguaje.

jero que a ritmo de blues merodeaba sin rumbo, con sus "pies alados sosteniendo el peso drenado de su cerebro abierto", como diría él mismo.

Se sabe muy poco de la obra de ese personaje cínico y peripatético, pues en sus andares sin destino perdió más hojas de las que se conservan. Y tiene sentido, su mejor poesía era su vida misma, que transitó bajo una suerte de lógica visceral. Sin embargo, José Alfredo decidió no vivir mucho, y una muerte simbólica le dio vida a un alter ego que llegó a conocerse mejor: Mario Santiago Papasquiario.

El cambio, dicen sus conocidos, parece que solo fue superficial, porque lo de poeta insurrecto se mantuvo. De hecho, la nueva designación la eligió en honor al nombre de la ciudad duranguense donde nació José Revueltas, pues pensaba que política y poesía iban por el mismo camino.

Tras cursar algunos semestres como estudiante de filosofía en la UNAM, abandonó la facultad y no regresó jamás a ese lugar tan tenebrosamente institucional que es la academia.

Hay una fuerza tremenda en sus composiciones que han llegado a nosotros plenas de vitalidad, ironía, burla y una particular excitación por la condición de ser un animal vivo.

¿Mi Amor por ti:

un aullido más disecado en esa cama de
[vapor & hielo
eterna espectadora de la ya carcacha
[desbalanceada
Lucha de clases.

En algunos de sus poemas hay elogios a su nueva identidad, a su nombre revolucionario, que encajaba a la perfección con su práctica de rebelde en perpetua burla de la autoridad y crítico visceral de otras escrituras. El desprecio por los fundamentos y vivir en combate eran actividades inherentes a su naturaleza, lo mismo que el arte de habitar sin domicilio, nadando entre la borrachera y el peligro.

Arrastrando una pierna y un bastón vociferaba groserías y le pateaba el culo a la estilización del lenguaje. Pero ese extraño placer

en Mario era motivo de desprecio y lo convertía en un marginado al que todos evitaban, al que muchos despreciaban. Sus enfrentamientos contra la injusta y silenciosa normalidad lo llevaron a ser tildado de insumiso del establishment literario, un indeseable más para el sistema. Ese espíritu combativo, con el que se oponía con manifiestos y boicots al canon estético de la literatura en México (moldeado históricamente por la élite cultural blanca), lo llevó en la década de los setenta a liderar un movimiento de jóvenes poetas inconformes con la poesía mexicana de la época: el Infrarrealismo, que, en sus palabras, ejercía un "terrorismo cultural".

Por ese caos natural que lo caracterizó no se conoce mucho de su obra, aunque hay que reconocer que su propia vida ha servido de testimonio de esos poemas que se perdieron. "¿Cuál es mi próxima parada? ¿Un ataúd? ¿Un campo nudista?", se preguntaba a sí mismo en uno de sus poemas.

"Soy un extranjero para mí mismo", dijo en *Jeta de santo*, y "los monstruos somos espectáculo". Papasquiario era justo eso para la pulcra poesía mexicana: un monstruo y un espectáculo, rechazado por su actitud contestataria y por su aspecto físico, su forma descuidada de vestir, su cojera, su intenso olor a alcohol y desvelo, su bigote incipiente, en fin, por ser un paria más, ajeno la casta literaria del país: "Mi Doble & yo no cabemos juntos por la misma puerta ebria pero inevitablemente cabalgamos rumbo a esa loca convulsión".

Con el tiempo el Infrarrealismo se enfrió. Muchos abandonaron el país, perdieron contacto y se entregaron a sus propias convicciones. Sin lugar en México, Mario Santiago eligió el exilio como forma de automarginación. Se marchó a Europa y pasó por Barcelona, donde

se reencontró con Roberto Bolaño, uno de sus más entrañables amigos, miembro también del Infrarrealismo. Caminó sin parar por las calles de aquella ciudad para luego perderse en las de París, Viena y Tel Aviv, mientras continuaba con su caótica y delirante escritura.

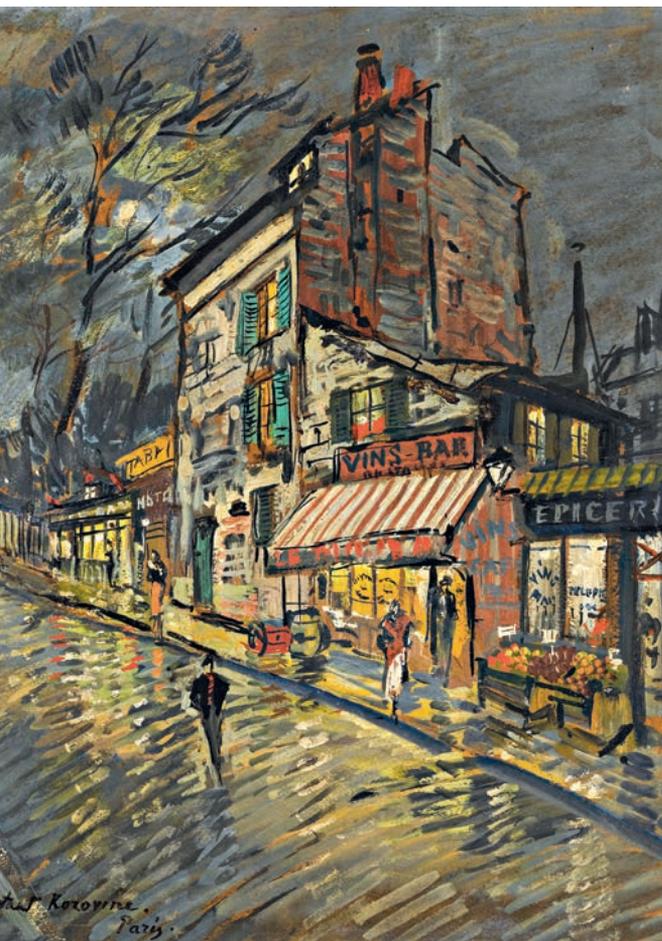
Tras su publicación en 1998 —y sobre todo tras la muerte del propio Bolaño apenas cinco años después—, *Los detectives salvajes* se convirtió en una novela de culto, traducida, leída y admirada por lectores de todo el mundo. Como el propio Bolaño le escribe a Mario Santiago en una carta, la novela pretende ser un homenaje a sus años en México, a la amistad,



Portada de *Correspondencia Infra*, México, 1977 ©

la juventud, los romances y la revolución que habían comenzado los Infrarrealistas.

Ulises Lima (Papasquiario en la ficción) es un joven y excéntrico poeta que pedía libros prestados y no los regresaba, y cuando lo hacía, los devolvía completamente humedecidos (más de uno confirmó haberlo visto duchándose y leyendo al mismo tiempo). Tanto él como Arturo Belano (Bolaño en la ficción) aparecen a la cabeza de aquellos jóvenes agitados y plenos de vitalidad que hacían desmanes en presentaciones de libros, lecturas y charlas literarias



Konstantin Korovin, *París de noche*, ca. 1900 ©

en la Ciudad de México. Si bien el homenaje no deja de ser emotivo y fiel al cariño que Bolaño sentía por Mario, el personaje de ficción terminó ocultando radicalmente al Mario Santiago poeta. Hasta hoy, pareciera que pesa más Ulises Lima que su estruendosa poesía.

Mario Santiago Papasquiario era un sujeto que hacía de la oposición su *modus vivendi*, que jugaba a mantenerse en esa dialéctica negativa cuya única arma es el conflicto constante, avivada por los delirios producidos por el alcohol y la memoria del amor. Muchos lo han llamado un "poeta maldito", al estilo de Rimbaud o Baudelaire; otros se ofenden con la mera posibilidad de esa comparación. Como sea, fue un poeta nublado (en vida y obra) por el culto colosal al personaje de ficción que lo encarna. Mario Santiago quedó en el olvido a causa de Ulises Lima. Pocos recuerdan a aquel infrarrealista orgulloso de su militancia y jeta de santo, y quienes lo hacen, pasan por el eco de Ulises Lima. Nadie lo estudia, nadie lee su obra, solo unos cuantos cautivados todavía por la posibilidad de una poesía insurrecta. Mario es recordado por todo menos por su poesía.

Quienes dicen que como poeta es un fracaso ciertamente no terminaron de leer y entender su poesía, que no son solo sus poemas, sino también su cuerpo y su vida. Mario Santiago, injustamente empequeñecido por un personaje ficticio, desafió la individuación, el principio filosófico de la identidad, que advierte que algo no puede ser y no ser a la vez. Precisamente porque era lo que se le daba la gana: poeta, viajero, perro vagabundo, crítico, lector, editor, escritor... todo a la vez y con la única máxima de deambular sin ley, porque entendía que la buena poesía está en la calle y que en la calle las reglas las hace cada quien. **U**

JAIL, NO YALE

FRAGMENTO

Christine Montross
Traducción de Adrián Chavez

Acudo a una reunión en la Manson Youth Institution (MYI) donde la administradora de altas de la prisión expresa su preocupación por las dificultades que los chicos enfrentan apenas dejan las instalaciones; tiene una comprensión profunda de cómo estos tremendos obstáculos reducen las posibilidades de los chicos para reintegrarse a sus comunidades de forma sana y apegada a la ley. Me cuenta que un tercio de los adolescentes dados de alta de la MYI terminan en la indigencia tras su liberación; luego me relata la historia de un chico a quien había estado preparando para salir.

"Había sido un cabrón conmigo", dice. La desdeñaba a ella y a la idea de planear su liberación. Pero cuando al fin llegó el día de irse, mientras le ayudaba a recoger sus cosas, él le preguntó: "¿Y dónde voy a dormir?", le respondió que no sabía, que no tenía ni siquiera un lugar que ofrecerle. Era invierno, y ese día había -10 °C. "No tengo ni siquiera un abrigo, señorita", dijo gravemente. La administradora me mira y dice: "Aunque había sido un cabrón conmigo..." Hace una pausa. Niega con la cabeza. "Por eso este trabajo es tan difícil". Se le humedecen los ojos, se levanta de la mesa y sale de prisa de la habitación. Termino en mi cabeza la oración que dejó incompleta: aunque había sido un cabrón con ella, sigue siendo una persona. Sigue siendo un niño.

Después de la reunión, camino por los pasillos de la Manson con un guardia y otros cuatro psiquiatras. Mientras avanzo, me doy cuenta de que los únicos rostros

Giovanni Battista Piranesi, *El puente levadizo*, de la serie *Las cárceles imaginarias*, 1761. Rijksmuseum © ▶



blancos que veo pertenecen a personas adultas. Tres de los cuatro psiquiatras. Parte del personal. Yo. En el piso de concreto hay pintada una línea amarilla que divide los pasillos de la prisión en dos mitades. Un lado, por el que voy caminando con mis colegas, está libre de obstáculos. El otro es el lado de los chicos, y a cada tanto lo interrumpe un detector de metales por el que deben pasar para continuar su camino. No tienen permiso de cruzar la línea. Algunos de ellos van solos o en pares hacia los trabajos que desempeñan en la prisión, o hacia sus citas médicas o legales. Otros avanzan en fila desde sus celdas hasta los salones de clase del penal. Estiran el cuello. Uno hace un chiste en voz baja para que lo escuche el de enfrente, se cubre la boca con la mano, sonrío satisfecho,

le golpea el hombro en broma. El amigo ríe, viendo al guardia de reejo, listo para congelarse en seco en caso de que este los mire de pronto.

Llevan camisetas y pantalones holgados de color marrón, que en otro contexto podría haber confundido con uniformes quirúrgicos. Mientras recorremos los pasillos, advierto a un chico en uniforme de una sola pieza, de color brillante, diferente al del resto.

"Es de fianza alta", nos explica el guardia que nos está guiando. En esta prisión eso significa que la fianza de este chico supera el millón de dólares. El guardia nos explica también que aquí hay un puñado de jóvenes en esa situación.

"Lo hacen los tribunales para que los vigilemos especialmente. Les ponen un color



Cartel por la libertad de los presos en Vietnam del Sur (detalle), International Day of Concern, 1973. National Museum of American History

“Ya sabe cómo son los adolescentes; lo que realmente significa es que aquí adentro adquieren un estatus de locos”.

distinto para que nos demos cuenta si se salen del grupo o algo así. Es como una forma de avisarnos que representan un riesgo de fuga aún mayor. Pero ya sabe cómo son los adolescentes; lo que realmente significa es que aquí adentro adquieren un estatus de locos”.

Vamos a las unidades de vivienda de la prisión, donde nos recibe un guardia particularmente bromista. Una gran sonrisa se dibuja en su rostro cuando nos presentan colectivamente como psiquiatras de la Universidad de Yale.

“Esta no es la Universidad de Yale, sino la Universidad de Jail”, suelta. “Yo trabajé en un penal de adultos, de máxima”, dice. Cuando los reclusos me pedían algún favor especial, como libros, les decíamos: “¿En dónde crees que estás? Esta no es la Universidad de Yale, ¡sino la Universidad de Jail!”. A nuestro alrededor son todas caras morenas de adolescentes que se asoman por las puertas de sus celdas y prestan atención. “Uff —dice el guardia con una risita—, hace mucho que no pensaba en eso. Disfruten su visita”.

Avanzamos, y atravesamos una hilera de celdas con chicos encerrados en ellas. Les calculo entre 14 y 20 años (secundaria, preparatoria, el inicio de la universidad para algunos) y pienso en cuánto crecimiento fundamental transpira esa etapa. Desde aprender de civismo y a escribir ensayos hasta tener primeras citas y gastar el dinero ganado. Es el territorio en el que uno se mata estudiando para los exámenes finales y no se queda en el equipo de la escuela y rompe los toques de queda y aprende a hablar de tú a tú con los profesores. Es el periodo que sirve de puente entre la niñez y la

adultez, el que comprende la pubertad y, finalmente, el de la individualización respecto a nuestros cuidadores. Todo el malestar que me produce ver a hombres y mujeres encerrados en celdas se multiplica exponencialmente cuando veo las expresiones serias de estos chicos, porque sé que pasarán meses e incluso años de su vida adolescente aquí, separados de sus familias y de sus comunidades escolares.

El guardia que nos acompaña nos lleva a una celda vacía para que podamos verla por dentro. Es diminuta. Tenemos que turnarnos para entrar porque no caben más de dos personas a la vez. Hay una litera, cada sección con un colchón de cinco centímetros de grosor. Hay un baño pequeño, de metal. Una ventanita en la puerta, también metálica. Un mínimo espacio para caminar entre las camas y el baño o la puerta. Y nada más.

Nos conducen a la biblioteca, en la que hay un muchacho, con un libro en la mano, preparándose para salir. El guardia nos lo presenta. El muchacho saluda con amabilidad, y nos comparte que lleva aquí cuatro años.

“Fue mi primera falta —dice. —Primera y única. No pienso regresar aquí”.

Me pregunto por qué primera falta te dan cuatro años. Lo miro, trato con mi mejor esfuerzo de restarle cuatro años a su cara, y pienso que no podía tener más de 12 cuando llegó aquí, aunque sé que los más jóvenes tienen 14, así que debió de tener al menos esa edad. Tal vez 14 cuando entró, y 18 cuando salga. Todos sus años de preparatoria en prisión. Habrá quienes tomen su afirmación (“No pienso regresar aquí”) como prueba de que el sistema funciona. Un flamante ejemplo de que el ob-

¹ “Jail” (pronunciado /yeil/) significa “cárcel” en inglés, y aparece aquí como un juego de palabras por su similitud con “Yale” (pronunciado /yeil/), el nombre de la prestigiosa universidad estadounidense ubicada en New Haven, Connecticut. (N. del T.)

jetivo disuasorio se cumplió en una oveja antes descarriada. Habrá otros, más cínicos, que dirán: "Eso ya lo veremos". Y habrá otros más: "En cualquier caso, ¿a qué costo?".

Hay un área educativa, y a lo largo del pasillo está el trabajo de los alumnos pegado a las paredes. Hay hojas en las que se describe lo que es un estereotipo. Hay un ensayo sobre el síndrome de Down. Hay un póster artístico: la fotografía de una máscara africana de madera. Como estamos dando un tour, nos llevan a ver el tipo de programas que se dan aquí.

No diría que no nos están mostrando nada. No quiero decir que no nos están mostrando nada. Pero la visita se ha tratado sobre todo de las cosas buenas que hace la prisión. La biblioteca. La escuela. El póster de la clase de arte. Me alegra que esas cosas existan. No dudo de su legitimidad. Pero se siente un tanto hipócrita que se evite hablar del castigo que se lleva a cabo en este lugar. El castigo inherente a la existencia de este lugar.

Asistimos a una reunión con psicólogos, maestros, trabajadores sociales, guardias de prisión. Nos dan la oportunidad de hacer preguntas. "¿Cuál es el castigo más severo al que puede someterse a un chico recluido en estas instalaciones?", le pregunto a una psicóloga. "Se le puede enviar a aislamiento", dice, dejando de manifiesto que la práctica del confinamiento solitario existe en las correccionales juveniles igual que en las cárceles para adultos. "¿Cuánto tiempo?", pregunto. "Hasta un año", responde.

Imaginemos el cerebro en desarrollo de un adolescente de 14, 15 o 16 años. Ponlo un año en aislamiento. No puede tocar a nadie. Nadie puede tocarlo. Quizá grita, quizá se queda en silencio, pero no interactúa con nadie. Recibe la comida por una ranura. Sabemos cómo el

aislamiento cambia y perjudica un cerebro adulto, pero ¿qué hay de los efectos que puede tener en el cerebro, aún en desarrollo, de un niño? Un niño, además, que presumiblemente carece de las bases para tomar decisiones, que ha actuado con una impulsividad extraordinaria, que ha provocado, y quizá padecido, traumas terribles.

¿Y después?

Sabemos que el cerebro atraviesa periodos críticos de crecimiento durante la adolescencia porque se modifica para formar las estructuras neurológicas que serán permanentes en la vida adulta. Las experiencias y los estímulos de la adolescencia afectan el cableado neuronal y tienen una influencia profunda en el desarrollo del cerebro. Esto significa que la privación sensorial y la carencia de experiencias del aislamiento tienen efectos duraderos en el cerebro del niño, no solo en términos psiquiátricos sino también neuronales. Se ha demostrado que la privación psicológica en la edad temprana *altera físicamente la estructura cerebral* a nivel celular y molecular. Las consecuencias de estos cambios estructurales se manifiestan en el cerebro como impedimentos psicológicos, conductuales y funcionales. En otras palabras, la experiencia construye el cableado cerebral, cuya configuración se refleja en la forma en la que los niños aprenden, se desarrollan y se comportan. **U**

Tomado de Christine Montross, *Waiting for an Echo: The Madness of American Incarceration*, Penguin Press, Nueva York, 2020. Copyright © 2020 by Christine Montross Reprinted by permission of ICM Partners.

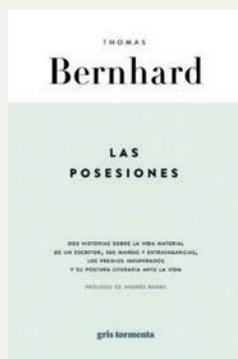
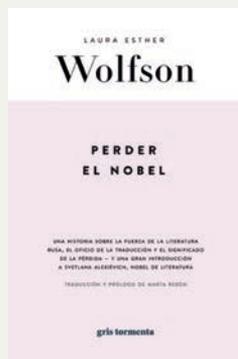
Timbre postal, España, 1980.
National Postal Museum Collection © ▶



CRÍTICA

LA ESCRITURA TRAS BAMBALINAS: LA COLECCIÓN *EDITOR* DE GRIS TORMENTA

Ana de Anda



¿Quiénes intervienen en la confección de un libro? ¿Cuáles son los tropezos en las diferentes etapas de la escritura? ¿Cuánto participa el autor en la dimensión material de su obra? ¿Qué papel juega el traductor en la recepción de un texto? Estas y otras preguntas dan pie a los ensayos que conforman la colección *Editor* de la editorial queretana Gris Tormenta, que en agosto de 2022 cumplió cinco años de existencia.

Con ocho títulos hasta el momento, el gran tema de la colección son los libros que hablan sobre libros o, si se prefiere, la escritura y sus filamentos, “el *backstage* literario” como se anuncia en sus cuartas de forros. A mi parecer, *Editor* sigue tres orientaciones: en la primera están los escritores que ensayan sobre su proceso creativo, donde caben *Fallar otra vez*, de Alan Pauls, que llama a abrazar el error y enfrentarse al círculo vicioso de la eterna reescritura; *Ilegible*, de Pablo Duarte, cuyo taller literario hipotético desanima hasta al más entusiasta; y *Dentro del bosque*, de Emily Gould, acerca de sobrevivir al desempleo, la crítica negativa y a la escritura en solitario.

Después están los autores que no escriben sobre su proceso creativo, pero tangencialmente tocan alguna faceta de la escritura. Aquí entran *Las posesiones*, de Thomas Bernhard, quien con bastante ironía habla de sus apuros económicos y de los dos premios literarios que despilfarró épicamente, y *El atuendo de los libros*, de Jhumpa Lahiri, quien escribe sobre las portadas de sus libros que, como las lecturas buenas y malas, son una suerte de traducción o interpretación. El diseño de la cubierta es una decisión en la que la autora no llega a participar y con la que no se siente satisfecha. “Nunca he hablado con los diseñadores de mis libros, no los conozco”, señala.

Por último, están mis favoritos, los textos que dejan oír la voz de participantes del proceso editorial que normalmente no leemos porque no son escritores o lo son de manera secundaria. En esta vertiente incluso a Esther Wolfson, que en *Perder el Nobel* narra su experiencia como traductora, los motivos que la llevaron a declinar traducir a Svetlana Alexiévich y el desasosiego que sufrió cuando esta última ganó el Nobel de literatura; al editor Mario Muchnik con *Editar “Guerra y paz”*, que en forma de diario relata el proceso de traducir y editar de nuevo el libro de Tolstoi; y al crítico literario Ignacio Echevarría, autor de *Una*

vocación de editor, en donde, a través de la figura de una eminencia en la edición como Claudio López Lamadrid, da cuenta de los cambios que durante las últimas décadas ha tenido la figura del editor en la industria del libro.

Cada título cuenta con su propio prólogo y aunque la tendencia general, o al menos la mía, sea saltárselo, vale la pena mencionarlo porque constituyen un género en sí mismos. A manera de ensayos breves (la mayoría, aunque hay algunos casi de la misma extensión que el texto que prologan), presentan los libros desde diferentes ángulos, ya sea la identificación etaria y socioeconómica, las lecturas en común o el conocimiento del personaje en cuestión, todos a cargo de voces actuales de la literatura en español: Marta Rebón, Emiliano Monge, Ida Vitale, Andrés Barba, Isabel Zapata, Tedi López Mills, Julián Herbert y Carla Faesler.

Puesto que no hay nada interesante en las historias en las que todo sale bien, en general cada título acarrea agua a su molino de precariedad. El hecho de que la edición, la corrección, la vida en las imprentas, la traducción literaria y la propia escritura sean trabajos usualmente mal pagados es el principal punto en común. "Tenía 40 años, estaba enferma y no había publicado un libro propio, solo traducciones de libros ajenos", escribe Wolfson; "la literatura no me había hecho feliz, sino que me había arrojado a aquella fosa appestosa y sofocante", dice Bernhard; Echevarría, quien justamente se dedicó al lado artesanal y precarizado de la edición, apunta:

La afición a leer te predispone a hacer trabajos relacionados con los libros, casi siempre precarios, de esos que te llegan poco menos que accidentalmente, y un buen día te ves introducido en la órbita del mundo editorial y, en función de tus talentos, pero también de tu suerte, te orientas en una dirección o en otra.

Mientras que Gould debió lidiar con malas críticas a su primer libro, en *El atuendo de los libros* Jhumpa Lahiri se vio forzada a aceptar cubiertas que le disgustan. Tal vez si en *Dentro del bosque* Emily Gould hubiera leído las desavenencias de Alan Pauls o de Laura Wolfson no se habría sentido menos fracasada, pero sí menos sola.

Como ocurre en cualquier conjunto de cosas, las preferencias personales se imponen y algunos títulos sobresalen más que otros. Pero en general establecen una conversación y, citando a Lahiri, "cuando los veo siento el deseo de poseer la colección entera". Además de ser reflexiones sobre la escritura y lo que la rodea provenientes de épocas, latitudes y





contextos muy diversos —cuatro traducciones, una conferencia ligeramente modificada, una reedición y dos textos escritos expresamente para la editorial—, la característica que encuentro más disfrutable es la forma en la que dialogan entre sí y un libro complementa los huecos del otro. En *Ilegible*, el texto es un cuerpo para analizar, reanimar, curar o, en el caso de Lahiri, vestir. Pero como la ropa, las cubiertas ya no son a la medida, sino hechas en serie: muchas cubiertas tienen una finalidad más comercial que estética, como muchos libros editados actualmente, coincidiría Ignacio Echevarría.

En *Editar "Guerra y paz"*, por ejemplo, aparece la voz del editor, conocemos sus experiencias de lectura y las etapas que conlleva editar un libro, pero se nos escapan las opiniones de la traductora, Lydia Kúper, al enfrentarse a la obra de Tolstoi; mientras que en *Perder el Nobel*, aunque las vidas de las traductoras son muy diferentes, justamente la experiencia de la traducción es el centro de la historia. Al igual que Muchnik, Wolfson estaba inconforme con las traducciones existentes de la obra de Tolstoi, y mientras que el primero financió una nueva traducción, ella aprendió ruso. "La traducción afecta enormemente la relación de un lector con cualquier libro escrito originariamente en un idioma desconocido", apunta Wolfson. En su escritura, retoma los debates sobre si la traducción es un segundo discurso y el traductor una especie de autor que reinterpreta al cobijo del prestigio del texto original.

Otro caso de cómo un libro complementa al otro es lo idílica que en *Editar "Guerra y paz"* resulta la figura de Mario Muchnik, un editor de la vieja guardia, como agente individual dedicado a un libro y no un conjunto de seis o siete personas malabareando media docena cada una. Aunque Muchnik continuamente relata los tropiezos que tuvo, es claro que se trata de un personaje lo suficientemente acomodado que puede sortear las desavenencias económicas del campo editorial y tomarse varios años para publicar. Cuatro años fue el tiempo que le tomó a Lydia Kúper cotejar una traducción previa de *Guerra y paz* y rehacerla, un tiempo que actualmente no se tomarían las editoriales transnacionales llenas de prisa, porque el ritmo de novedades no lo permitiría. Pero nada de esto aparece en el texto. Por el contrario, en *Una vocación de editor* se sitúa en el centro la debacle de la figura del editor que tuvo su auge a mediados del siglo xx.

En este texto, Ignacio Echevarría hace un retrato de Claudio López Lamadrid que, sin ser elogioso (lo revela como chocante la mayor parte del tiempo), es entrañable y deja claro que en la edición, como en cualquier otro trabajo, ser competente no es lo único que importa. Claudio

descendía de una “buena” familia de Barcelona, dato que no cabe obviar a la hora de explicar cómo se introdujo en el mundo editorial:

No solo su origen social y su educación, también su propia envergadura física, grande, corpulenta, su voz grave y sus maneras despreocupadas contribuían a consolidar la imagen señorial de Claudio, que tengo por una de las claves de su éxito como editor.

Lo que Echevarría condensa en el adjetivo *señorial* es lo que ahora llamaríamos un *hombre blanco privilegiado*. Así mismo, resume lo que ocurre en la actualidad, con más y más casas editoriales convirtiéndose en parte de conglomerados y la figura de López Lamadrid integrada en uno de ellos, donde equilibró su trabajo de editor como *publisher* y no como *editor* a la inglesa, lo que Echevarría llama “editor de mesa”.

Libros como *Una vocación de editor* son reveladores con respecto al panorama mexicano. La proliferación en la actualidad de pequeños sellos editoriales que se abren camino a la sombra de las grandes multinacionales poco tiene que ver con el surgimiento de sellos como Tusquets o Anagrama, editoriales generalistas que cubrieron todo el espectro literario, apunta Echevarría citando a López Lamadrid. Aunque ahora es más sencillo montar un sello, la competencia y el riesgo económico fomentan la emergencia de editoriales de nicho y enfocadas en géneros concretos. En el caso de Gris Tormenta, fundada por Mauricio Sánchez y Jacobo Zanella, esta se ciñe a un plan editorial limitado a dos colecciones: Editor y Disertaciones. Y como señalan en una entrevista publicada en el blog de la editorial,¹ tienen un criterio muy específico que funciona como contrapeso si se busca un respiro de las muchas novedades actuales. **U**



Morris Kantor, *Woman reading in bed*, 1930.
©Smithsonian American Art Museum

¹ “Gris Tormenta: la construcción de colecciones editoriales”, publicada el 25 de marzo de 2021. Disponible en <https://www.gristormenta.com/blog/colecciones-editoriales>

LA ESCRITURA AL INFINITO: CÓMO DESAFIAR LA VANIDAD

Philippe Ollé-Laprune

Traducción de Nadxeli Yrizar Carrillo y Humberto Pérez Mortera

Algo que comparten el ejercicio de la crítica literaria y su objeto de estudio es que a través de la escritura ambos se lanzan a “la búsqueda de lo absoluto”, como diría Maurice Blanchot. Tanto el crítico como el escritor trabajan la lengua hasta agotar, en la medida de lo posible, el tema tratado y producir impresiones novedosas. Se puede percibir el aspecto vano de estos afanes pero también, paradójicamente, el orgullo desmedido que los sustenta. Esta dinámica vincula irremediabilmente escritura y vanidad.

La definición y el uso de las palabras las cargan con diversos sentidos. Un mismo término abarca distintas acepciones y relacionarlas entre sí resulta en una interacción particularmente fecunda: los matices entre significados invitan a ejercer un pensamiento activo que rompe con los clichés y las ideas preconcebidas. *Vanidad* es una palabra con varios significados, de los que podemos percibir dos orientaciones diferentes. Por un lado, se refiere a aquello que es vano, inútil y cuyo valor es totalmente ilusorio. Del otro, se refiere a una persona satisfecha de sí misma y que gusta de mostrarlo. Las dos acepciones, lo sabemos, difícilmente se tocan: entre un personaje pagado de sí mismo y la idea de que todo es vano la distancia es inmensa. Por ello me parece útil analizar lo que han pensado algunos escritores sobre su propia actividad. De hecho, gracias a que frecuento a este tipo de creadores desde hace tiempo y a que a veces me dedico también a la escritura, me resulta evidente que el escriba está inmerso en una dinámica singular frente a esta complacencia ante sí mismo y el avasallador sentido de la nada. Su actividad debería protegerlo de la vanidad en ambos sentidos del término. Por un lado, esta práctica conlleva lecciones de humildad y cuestionamientos permanentes, y por el otro, rechaza el aspecto vano y nihilista que acongoja a veces el espíritu del creador ante su obra. Ambas son pruebas de la voluntad de no capitular.

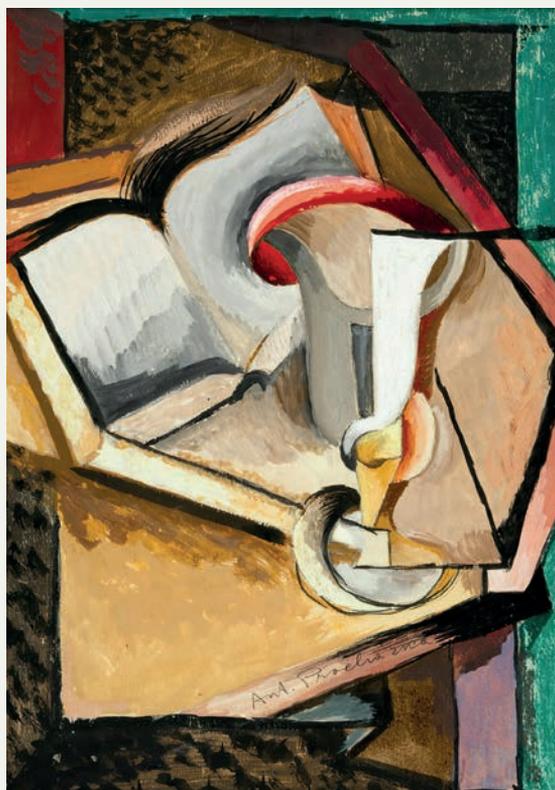
Aunque algunos son sensibles a los elogios y les gusta poner por delante su talento para brillar en sociedad, o sencillamente gustan del reconocimiento, en todos los casos surge una pregunta: la de la utilidad de la escritura, cómo interviene en la sociedad y las consecuencias de no mantenerse encerrada en una estéril zona de confort, sin lazos con

el mundo. El Eclesiastés lo dice: "Lo que fue, eso será; y lo que se hizo se volverá a hacer; no hay nada nuevo bajo el sol".

¿Para qué escribir si todo ha sido dicho ya? ¿Acaso el autor está condenado a formular simples variaciones a partir de lo ya dicho? ¿Acaso nuestra libertad consiste en adaptar infinitamente las tramas formuladas antes de nosotros? Cada escritor (e incluso quien no lo es) ha tenido que enfrentar tales preguntas. La escritura aparece como tensión entre estas interrogantes: es afirmación y desafío al mundo. Escribimos y publicamos porque no estamos satisfechos con lo existente. Como dijo Pessoa: "escribo porque el mundo no basta". Eso puede provocar cierta satisfacción, pero en exceso genera en el autor un orgullo fuera de lugar.

Sin embargo, sigue siendo la lucha contra el sentimiento de "para qué...".

En la lentitud de su ejercicio, la escritura rechaza el lado vano de las cosas e intenta atrapar el valor de la palabra y la creación. Escribir es saber rechazar, es decir, negar la vacuidad y sentir que cada palabra puede albergar una nueva dosis de utilidad y resplandor, a pesar de que en apariencia repose sobre lo ya visto. La influencia de un libro recae únicamente en el espíritu de quien lo escribe y quien lo lee. No le podemos pedir más a un texto que conmovernos, hacernos pensar y reaccionar, lo cual, claramente, puede tener consecuencias en todos los sectores de la actividad humana. Como afirma Leiris: "en el uso literario de la palabra solo veo una manera de afilar la conciencia para vivir plena e intensamente". Este papel es la única certeza que aleja al escritor y al lector del tormento de la duda y los obstáculos ligados a la atracción por el vacío o la repetición, así como de percibir la inutilidad de toda creación. La literatura debe nutrirse con el desconcierto y lo inesperado, con los secretos que afloran en la vida y los misterios de lo insondable. Percibirlo implica entrar en ella y sentir cuánto vibra cada nueva página por su singularidad, incluso si creemos estar condenados a la repetición.



Antonín Procházka, *Bodegón con taza y libro*, 1915 ©



Louis Marcoussis, *Le Lecteur*, 1937 ©

Discernir la relación entre vanidad y escritura implica saber cómo el autor puede sentirse satisfecho de aquello que ha producido: él abandona su texto cuando cree que no puede mejorarlo y, por lo general, se pone manos a la obra para comenzar un nuevo libro. Esa es la paradoja de la literatura, que la coloca en oposición al "¿para qué?" pernicioso que puede minar el espíritu de aquellos que se entregan a ella. Más que un rechazo, la escritura es afirmación infinita. Como dice Joyce Carol Oates en *The Faith of a Writer*: "El 'éxito' en sí mismo es solo una forma de 'fracaso', un compromiso entre lo que deseamos y lo que obtenemos". Hay en este acto creativo una especie de negociación entre la aspiración un poco abstracta de querer decir, de dar cuenta de los aplastantes desgarramientos que avasallan a los seres humanos y el objeto final obtenido, inevitablemente frágil frente a lo real pero con una fértil presencia, portador de dudas fructíferas e inquietudes fecundas. Como señala Oates, en el mejor de los casos, aun si el libro logra un cierto éxito no otorga una satisfacción plena y absoluta. En el centro mismo de la creación reina la insatisfacción y de ahí surge el impulso para volver a empezar una y otra vez.

La pregunta "¿por qué escribe usted?" fue planteada por los surrealistas, dado que era un cuestionamiento central para esta vanguardia. En 1919, en la revista *Littérature*, Philippe Soupault invitó a varios escritores a responder a esa interrogación, buscando poner en evidencia la arrogancia de algunos y la prepotencia de otros. Fiel al espíritu rebelde de su grupo, intentó cuestionar lo que parecía evidente. Blaise Cendrars contestó lacónicamente "porque sí...". Pero esta pregunta había sem-

brado una inquietud que acompañaría a los autores del siglo xx. Muchos años después Beckett respondió de la siguiente manera: "solo soy bueno para eso", y García Márquez: "escribo para que me quieran". Esta pregunta obliga a una reflexión sobre la vanidad: existe la literatura porque un escritor busca convencerse de que su trabajo no existe en vano. Lo puede dudar y, de esta manera, alimentar su pluma. Bernard Noël dijo: "La impotencia para cambiar el mundo no es culpa del pensamiento: este convierte esa herida en boca". Es en torno a esta interrogante que un autor encuentra su motivación, y algunas veces su freno. Ser escritor no es solo escribir, sino persistir en la escritura. Es estar insatisfecho permanentemente y encontrar en ese sentimiento las respiraciones que permiten proseguir. La intensidad de la rebeldía que empuja a la creación se mide en la persistencia del esfuerzo, en el rechazo de capitular frente al vacío.

El acto mismo de escribir se inscribe contra el sentimiento de vanidad, esa manera de invocar al vacío; crear es afirmar, rechazar el abandono de la obra en curso. El escritor debe estar convencido de la pertinencia del texto que está escribiendo y, al mismo tiempo, saber que detrás de esa certeza se esconde el orgullo de quien cree haber logrado rozar aquello que intentaba formular. Debe ser consciente también del aspecto temporal y furtivo de esta impresión. Debe confiar en sí mismo para publicar pero no siempre ser vanidoso... Este acto creador consiste, por lo tanto, en mantener un equilibrio entre el deseo de aportar un texto original, que satisfaga ante todo al autor, y la voluntad de no perder la lucidez en cuanto a la propia estatura y el alcance de la propuesta. El ego del escritor debe ser lo suficientemente imponente para creer en el valor de su obra pero no debe pesar demasiado, de manera que no se pierda de vista quién es en realidad. El equilibrio es muy frágil... La autosatisfacción acecha porque el narcisismo del artista es inevitable y necesario para la creación. ¿Cómo tomar la palabra sin estar convencido de los méritos de las aportaciones propias? Todo depende de cómo explotemos este egocentrismo, la distancia que tomemos en relación al texto y de intentar observarlo sin demagogia ni autosatisfacción.

El humor es una manera de responder a estas inquietudes para distanciarse de la imagen seria e inamovible del escritor. Además, protege contra la autocomplacencia. Recordemos el inicio del *Diario* de Gombrowicz en 1953:

Lunes
Yo.

Martes

Yo.

Miércoles

Yo.

Jueves

Yo.

Nunca un diario había comenzado de esta manera, con una broma que cuestionara el sistema mismo de la escritura. Esta primera página es una sonrisa, una burla de sí misma y de este género literario que tanto se presta a exhibir la personalidad y el ego. De hecho, ese sentido del escarnio está presente en todos los géneros literarios practicados por el gran autor polaco: novela, teatro o cuento. Y no se trata de la pose gratuita de un dandy sin envergadura, sino más bien de una manera de exhibir cierta lucidez frente a las posibles trampas de la vanidad. Gombrowicz afirma con sus escritos la necesidad de decir y continuar con su obra, relativizando con ironía el valor de sus alcances y limitando la satisfacción excesiva de su ego. Así subraya la manera en que se coloca frente a su práctica escritural: atrapado entre la necesidad evidente de continuar diciendo y la claridad de saber que sus palabras no tienen importancia fuera de la esfera literaria, de manera que expresan el sentimiento fugaz de la inutilidad.

El humor protege contra la vanidad y es necesario para el oficio del escritor. La humildad o incluso el silencio son formas de dar respuesta a la vanidad en sus dos sentidos. Callarse, dejar la obra cerrada en vida, implica reconocer que hemos llegado lo más lejos posible en nuestra búsqueda, que no podemos continuar sin arriesgarnos a la repetición. Muchos han elegido el camino del silencio, algunos de manera definitiva, como Rulfo, Philip Roth y Rimbaud, otros temporal, como Westphalen.

La acepción de *vanidad* que está más ligada al rol social del escritor adquiere su sentido más completo en el mundo literario, donde las manifestaciones de arrogancia están muy presentes, desde los pronunciamientos públicos sobre la obra hasta los esfuerzos para mejorar su circulación/difusión. Sin embargo, la práctica de la escritura en sí misma invita a la humildad: las horas que pasamos intentando redactar lo mejor posible lo que llevamos dentro invitan a constatar nuestra propia fragilidad y nuestros límites. El sentimiento de haber podido vencer las dificultades ciertamente alimenta el amor propio, o al menos mejora la percepción que tenemos sobre nosotros mismos. Esta satisfacción permite afirmar un poco más nuestros cimientos. El estatus

de escritor conlleva su dosis de romanticismo ya que esta actividad ha tenido durante mucho tiempo una imagen idealizada, tanto en su práctica como en el papel social y el aura conferidos al autor.

Quien haya asistido a una feria del libro o a encuentros literarios sabe que el ridículo no está lejos. Todo eso se observa en los detalles, indicadores de aquello que podríamos considerar como escalas de valor: qué editor nos publica, quién nos presenta, en qué mesa nos sentamos en las cenas oficiales... Este aspecto tan miserable no es de ninguna manera nuevo, pero en la actualidad, con las redes sociales y las campañas publicitarias llevadas al extremo, se cultivan los narcisismos y las apariencias engañosas. Cabe señalar que estos métodos de promoción y la idea de competencia que promueven van en contra del espíritu de la escritura. Blanchot lo dijo a su manera: "quien se consagra a la obra es atraído hacia el punto en que esta se somete a la prueba de la imposibilidad". El escritor es confrontado desde el origen de su actividad a esta verdad: una vez terminado su texto se da cuenta de que su empresa se sostenía en un espejismo y que está condenado a volver a empezar. Al constatar su incapacidad de realizar aquello hacia lo que su práctica lo lleva, el autor debe saber que, frente a la página en blanco, la escritura se erige contra la vanidad, ya sea mediante la lección de humildad aprendida cada día, o la visión nihilista que a veces lo empuja hacia la renuncia. Solo regresando sin cesar hacia la obra el escritor le otorga a su arte toda su plenitud. El Eclesiastés, una vez más, lo dice: "Y además, hijo mío, debes saber que hacer muchos libros no tiene fin".

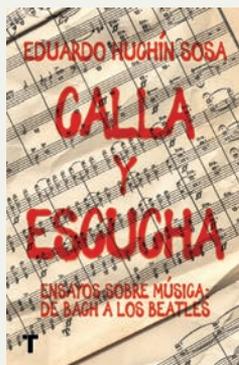
La vanidad es así motor de la escritura. **U**

CALLA Y ESCUCHA. **ENSAYOS SOBRE MÚSICA: DE BACH A LOS BEATLES** EDUARDO HUCHÍN SOSA

LO QUE HACE UN ENSAYISTA POR LAS MAÑANAS

Laura Sofía Rivero

El característico estilo de Eduardo Huchín, lleno de ingenio y humor, no falta en *Calla y escucha*, su nuevo libro de ensayos sobre música. Este volumen confirma la habilidad del autor para encontrar la óptica más interesante sobre cualquier asunto del que decida ensayar. Ya sea co-



Turner, CDMX, 2022

mentando las canciones de Cri-Cri o la biografía de la pianista Clara Schumann, Huchín nos hace sonreír y sorprendernos de todos aquellos detalles que ignoramos o pasamos por alto al oír una melodía.

Una de las mayores virtudes del libro estriba en su originalidad al indagar en aspectos soterrados: la dimensión visual de la música; las formas que puede adoptar el humor en grupos tan excéntricos como *Les Luthiers*; las razones detrás de los experimentos orquestales de los Beatles y de Arnold Schönberg; las penurias del oficio y las implicaciones de su mercantilización; las canciones (no tan) infantiles de Francisco Gabilondo Soler que, aunque aparenten ser simples cuentecitos, tienen tintes autobiográficos; así como la música religiosa que, según apunta el autor, incluso fue útil para concretar la fuga de trece presas de una cárcel en Montevideo.

Esta singular mirada es la que convierte a Huchín no solo en escritor, músico y editor, sino también en un hábil cazador de datos curiosos. Tras sumergirse en las decenas de libros que conforman la bibliografía escrita en prosa al final de *Calla y escucha*, rescató lo más sugerente entre ese inmenso océano de información. No hay desperdicio en las anécdotas, explicaciones técnicas y reflexiones: el autor las teje de tal manera que el libro deja la sensación de haber sostenido una buena y divertida conversación con un amigo. Nada más alejado del sopor característico de otros espacios dedicados a la investigación. Por ello el ensayo es una forma literaria capaz de poner en crisis nuestra idea de lo que entendemos por erudición: al leer textos como los de Huchín, no queda sino recordar que esta "escritura a partir de la lectura" (como Liliana Weinberg define el ejercicio de Montaigne) es el vehículo para saciar nuestra curiosidad.

Cuando la indagación es honesta y responde a preguntas personales e intereses genuinos no se siente como una actividad estéril ni burocrática. No se cita por compromiso, no se busca la exhaustividad, sino el mero rigor artístico de mantener el interés en lo que se dice. Por eso llama la atención que el texto inicial y el epílogo de *Calla y escucha* abrevan dos referencias a Montaigne (la pregunta "¿qué sé yo?" y la frase de "pintarse de cuerpo entero") que catapultan la reflexión final de Huchín en torno al oficio de ensayar: "Escribir una autobiografía con lo que otros tienen que decir es la única cosa que —por ahora— me interesa hacer". Hacer una autobiografía delegando la voz a otras personas significa, precisamente, recordar que no solo somos un cúmulo de vivencias sino una mirada que singulariza cualquier cosa que pase frente a ella.

Si el ensayo es la representación escrita de un paseo mental, las caminatas que siguen a las cavilaciones de Huchín se caracterizan por el trazado de puentes insospechados y extravagantes. El texto dedicado al vínculo entre música e imagen recorre el auge de los videos musicales (como los maratónicos metrajes de Guns N' Roses en donde "demasiada gente tiene unas ganas irresistibles de arrojarse a algún lado"), los espectáculos teatrales de los conciertos de rock con guitarras incendiadas, la música del cine que solía salir bastante mal en las primeras proyecciones y los virtuosos músicos con ceguera, entre quienes destaca Art Tatum, conocido por su capacidad de "distinguir la marca de una lata de cerveza con solo escucharla caer al suelo". Al leer *Calla y escucha*, no solo resulta sorprendente el excelente trabajo de documentación, sino la capacidad asociativa de Huchín, que nos hace conectar cosas que parecían no tocarse ni remotamente.

No queda duda de que los temas tratados en el libro son interesantísimos, pero quisiera recalcar que su atractivo reside en la creatividad que el autor ejercita al evitar los lugares comunes de cómo solemos presentar la información. Basta con recordar, a manera de ejemplo, su puntual relación de la vida y obra de un músico que ni siquiera existe o su refrescante manera de sintetizar la trama de *Jesucristo Superestrella*. La escritura de Huchín es una empecinada búsqueda por descubrir la forma más inusitada, capaz de sorprender a su lector y confirmar que, como decía Ricardo Piglia, se puede narrar el pensamiento "como se narra un viaje o una historia de amor". Los ensayos de *Calla y escucha* muestran que también la investigación libresca puede contener la tensión gratificante de un buen cuento.

Confesaré que, antes de abrir el libro, me asaltaba el miedo de sentirme como me suelo sentir al hablar de música: inerme ante un sinfín de cosas que desconozco. No por nada, desde mis años en la escuela, rehuyo de las personas que visten playeras de bandas y sueltan una retahíla de nombres a la menor provocación. Siempre he pecado de no recordar ni siquiera cómo se llaman las canciones que más me gustan. No obstante, desde el primer ensayo, "No te avergüences por no saber de música (los que dicen que saben tampoco es que sepan mucho)", descubrí que el propósito del autor era construir una personalísima historia cultural capaz de llamar al asombro y a las ganas de leer para sumar piezas al rompecabezas de lo que significa escuchar música. *Calla y escucha* es una invitación a oír con cuidado y a prestar atención a todos los murmullos (sean citas, anécdotas o juicios con mala leche) que enriquecen la experiencia musical. Los ensayos funcionan a la manera de

la pieza más célebre de John Cage, 4'33", pues nos hacen percatarnos de que la música es también todo lo que suena alrededor, todo lo que se ha dicho, todo lo que se puede decir.

Por esa ligereza inteligente que tienen sus páginas, sorprende saber que Huchín (quien en la semblanza de la contraportada se define a sí mismo como "un tipo frío y aburrido") escribió *Calla y escucha* gracias a que sus gatas solían despertarlo con sus maullidos a las cinco de la mañana. Un escenario radicalmente distinto al de Montaigne quien, según Stefan Zweig, en su mocedad iniciaba el día rodeado de un trío de flautistas y violinistas que esperaban una señal para entonar suaves melodías. Todo porque uno de sus preceptores afirmó que "era perjudicial para el tierno cerebro de los niños despertarlos de golpe y con violencia". Probablemente esa disonancia gatuna a la que se vio sometido Huchín lo llevó a buscar la armonía en otra parte: los Beatles, Johann Sebastian Bach, Pat Benatar, Wolfgang Amadeus Mozart. *Calla y escucha*, el producto de eso que hace un ensayista por las mañanas, confirma la riqueza que subyace a la libre investigación y constata también que hay plumas capaces de hacer música escribiendo. U



Escuela flamenca, *A glaring of cats making music and singing*, ca. 1700

PERRAS DE RESERVA

DAHLIA DE LA CERDA

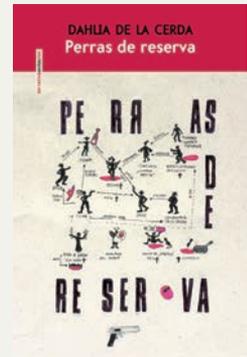
AMURALLADAS

Ana Negri

En 2019 *Perras de reserva* obtuvo el Premio Nacional de Cuento Joven Comala y fue publicada en el Fondo Editorial Tierra Adentro. Aquella primera edición incluyó nueve relatos en una disposición intrincada: tres cuentos independientes —“Perejil y Coca-Cola”, “Rosa de Sarón” y “Mariposa de barrio”— se reparten uno al principio y dos hacia el final. En el medio, seis relatos forman dos grupos de textos vinculados e intercalados. Así, las protagonistas de “Yuliana”, “Constanza”, “La China” y “Regina” comparten una misma historia y narran, desde distintos puntos de vista, el desarrollo y los antecedentes de la anécdota. El mismo recurso se emplea para articular “Que Dios me perdone” y “Dios no hizo el paro”, los cuales aparecen uno después de “Yuliana” y otro luego de “Constanza”.

A dicha configuración se incorporaron en esta segunda edición, a cargo de la editorial Sexto Piso, cuatro relatos al final: “La Sonrisa”, “Lentejuelas”, “Culo de paja” y “La Huesera”. Estos últimos, insertados al final del volumen, no están atravesados por una historia en común, sin embargo, en ellos intervienen fenómenos sobrenaturales, ya sea como meros guiños o como rupturas tajantes con el pacto de realidad. Los rasgos que unen estos cuatro textos con los publicados previamente son los que ensamblan la totalidad. En primer lugar, la violencia infligida contra las mujeres, o bien la que ejercen mujeres que pasan de víctimas a victimarias. En segundo lugar, todos están narrados en primera persona (mujer o trans, en una ocasión) y se dirigen a un interlocutor casi siempre incierto, pues la situación de enunciación solo se explicita en “La Huesera”, donde el formato epistolar obliga a dar cuenta de su destinataria. Por último, todos persiguen un lenguaje que busca reproducir las formas de la oralidad de mujeres de distintas regiones del país y de distintas clases sociales.

En los trece relatos de *Perras de reserva* la violencia es el sello distintivo. Una universitaria de bajos recursos se somete a un aborto con misoprostol sin más compañía que las *chick-flicks* que mira en la soledad de su casa; la hija de un sicario poderoso, luego del asesinato de su mejor amiga, asume el liderazgo del cártel de su padre; tres hermanas



Sexto Piso, CDMX, 2022



Will Barnet, *Sleeping Child*, 1961. ©Smithsonian American Art Museum

bordadoras, habitantes de un “asentamiento irregular”, matan a sartenazos a una persona que entra a robar a su casa; la descendiente de una larga línea de políticos mexicanos acude a sus contactos con el narco para limpiar su perfil público; una adolescente acorralada por el hambre y la pobreza comienza a robar; una mitotera encomendada en tareas menores dentro del crimen organizado se convierte en una sanguinaria sicaria al ser reclutada en la cárcel donde cumplía su condena; una adoradora de Jehová baila alrededor de su marido, que se ahoga de borracho, para luego, en un delirio místico, llevar a cabo un sacrificio de sangre aún más espeluznante; una preparatoriana de escuela religiosa hace todo lo necesario para llegar a ser bu-

chona; una joven tolera las múltiples humillaciones de un hombre con la esperanza de que su hijo tenga un padre; una mujer sube a la Bestia con la ilusión de un mejor futuro en el norte del país, donde es torturada y violada al abordar el autobús de la maquila en la que trabajaba; una persona trans, trabajadora sexual, es asesinada en un evidente acto de transfobia; una bruja lleva a cabo todo tipo de conjuros, rituales y evocaciones para acabar con su vecina; una joven le escribe a su mejor amiga, quien fue torturada y asesinada, y así se confronta con un aluvión de otros casos de feminicidio y misoginia.

A la manera de Tarantino, en esta colección de textos se retrata una realidad en la que los crímenes, la tortura y los abusos son infligidos de forma recurrente, con soltura, sin reparos. La diferencia con la película a la que hace alusión el título (*Reservoir Dogs*, 1992) es que, en este caso, se trata específicamente de la violencia contra las mujeres y, en ocasiones, la que estas despliegan a modo de reacción y defensa.

Los relatos perfilan personajes femeninos fuertes que resuelven sus problemas por mano propia porque “Dios en esto no hace paro”. Las reacciones contra las distintas violencias que padecen son enérgicas —muchas veces en la misma línea de los procedimientos patriarcales que en un primer momento las violentaron— y las protagonistas permanecen acorazadas. Dan cuenta de los eventos, describen objetos, indumentaria e incluso ofrecen instrucciones puntuales para llevar a

cabo un aborto sin vigilancia médica sin que se alcancen a escuchar sus voces. Más allá del registro oral que acude a regionalismos, *slang* y modismos de toda índole, las narradoras no tienen una voz propia que las identifique, que en su particular forma de disponer las palabras permita acceder a posibles conflictos internos, dudas, contradicciones, dolor. Dahlia de la Cerda opta por mostrar cómo la violencia que las ha atravesado conduce a todas estas mujeres a amurallarse detrás de discursos que se apegan a los eventos, que señalan la afectación como consecuencia y no como experiencia personal. Las narraciones exploran situaciones brutales, crímenes furiosos llenos de odio, pero en las voces que los relatan no parecen quedar marcas:

Jesús se metió a la alberca, me sujetó del cabello y me sumergió: estaba tratando de ahogarme [...] Como pude me salí y me fui corriendo a la recámara. Me encerré y le marqué llorando a Yuliana [...] fue lo último que supe. Luego todo se llenó de humo, plomo y sangre.

El recuento indica las formas en que se ejerce la violencia desde una distancia anecdótica porque en estas voces la única marca, la que neutraliza todas las demás, es la de una violencia que se ha implantado en quien la padece para anular su subjetividad y desplegar, desde ahí, un discurso duro, inquebrantable y hostil en quien lo recibe. Es desde esas circunstancias y bajo las pautas de ese dispositivo que las protagonistas de *Perras de reserva* son todas crueles, como aquella que pregunta:

¿Quieres que te lo cuente? Me violaron entre los cinco. Se turnaron para violarme. Me amarraron las manos y los pies. Me quemaron con cigarros, me golpearon hasta que se cansaron. Me soltaban y jugaban a cazarme...

El recuento sigue por más de diez líneas.

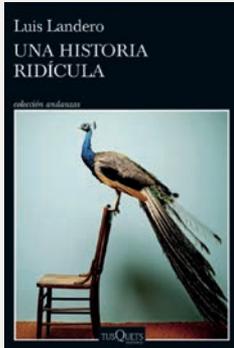
La apuesta de la autora es tan potente como la de sus personajes, pero riesgosa. Al dotar a sus narradoras de un discurso a prueba de balas para mostrar los efectos de una violencia atroz, lleva a cabo un procedimiento que inevitablemente las silencia. En consecuencia, sin una lectura que identifique esos relatos agresivos y aparentemente infranqueables como mecanismos de defensa de quienes los pronuncian, y por tanto como crítica social, podría parecer que *Perras de reserva* vuelve a colocar a sus protagonistas en el lugar de las cifras, donde la subjetividad y las voces particulares de cada una de ellas son anuladas por la fuerza. **U**

UNA HISTORIA RIDÍCULA

LUIS LANDERO

LA TRAGICOMEDIA DEL BURGUÉS ESPAÑOL

Eloy Urroz



Tusquets,
Barcelona, 2022

Aparte de algunos cuentos, Dostoyevski escribió solo dos novelas cómicas, ambas breves, *El doble* y *La aldea de Stepánchikovo*. Decir cómicas es, por supuesto, reducirlas: son más que eso. *El doble* es grotesca e innovadora en sus mejores momentos y *La aldea* es satírica y a ratos delirante (se dice que se burlaba de Gógol, a quien Dostoyevski había reverenciado siendo joven). Saco a colación esta prédica porque la última novela de Luis Landero, *Una historia ridícula*, abreva mucho más del gran escritor ruso de lo que a primera vista parece, a pesar de sus varios desaciertos.

Una historia ridícula es la "confesión", "exposición", "informe" de Marcial Pérez Armel, un hombre maduro, soltero, romántico y engreído en el límite de la enajenación. Lo mejor de la novela es su voz, la capacidad de Landero para articular en su personaje lo peor del burgués español actual. Marcial es mezquino, arrebatado y narcisista, pero tragicómico en los mejores momentos del relato. Marcial nos soltará una perorata de casi trescientas páginas en las que no hay forma de escapar a su imbecilidad, porque está convencido de que todo lo que dice es "fundamental". Hasta aquí, pues, todo está en orden, la premisa del relato es sólida, la voz es verosímil y plausible, tenemos un insoportable timbre en primera persona... Solo que hay dos problemas: las infinitas digresiones del protagonista y los involuntarios chistes que, por ser involuntarios, deberían hacernos reír, pero no lo consiguen. No diré que no solté un par de carcajadas, pero nunca tantas como las que he soltado leyendo a Bryce Echenique, Jorge Ibarguengoitia, Adrián Curiel o David Trueba. No creo que sea un problema (mío) cultural; es decir, el de un lector mexicano incapaz de entender los retruécanos y ardidés de Marcial. Cualquier lector, español o no, los comprende, solo que no siempre hacen reír.

El segundo problema son las digresiones, apabullantes por innecesarias. Y esto es, quizá, la peor parte de la arenga de este personaje, pues cuando, por fin, vemos surgir en lejanía esos pasajes con divertidas peripecias que pronostican más acción, Landero decide detenerse por largos tramos con reflexiones anodinas. Uno comprende, por supues-

to, que se trata (una vez más) de las estúpidas reflexiones de Marcial, pero eso no lo exime. Como novelista es menester cuidar ese equilibrio. Si dejas ser a tu personaje tan completamente libre —y ridículo— como para desbarrancarse (y eso es justo lo que ocurre), entonces corres el riesgo de desbarrancar tu relato.

El momento cimero de la acción ocurre hacia el último tercio, cuando Marcial es invitado a la tertulia de los jueves por la hermosa Pepita (homenaje a *Pepita Jiménez*, por supuesto) sin imaginarse que en esa fiesta será defenestrado por todos los contertulios. Entre el instante en que llega “reconcomido por las dudas” y su entrada al salón hay una digresión de quince páginas, algo a lo que Javier Marías nos tenía lamentablemente acostumbrados en algunas de sus últimas novelas, como *Fiebre y lanza* y *Los enamoramientos*. Este tipo de exordios resultan, sin embargo, difíciles de soportar; el lector desea avanzar, mientras que Landero nos somete a Marcial y sus interminables elucubraciones. Se trata, pues, de todo lo que un novelista no debería hacer jamás.

Junto con el brillante final de la novela (la cruenta hecatombe con que Marcial se inmola en esa reunión de los jueves), hay grandes aciertos, sobre todo en el capítulo 38, donde el protagonista va en busca de Natalia, su joven amiga prostituta, para llorar entre sus brazos, decirle que ama a Pepita y leerle el mismo ridículo cuento que le ha regalado a esta y ha leído en la tertulia, “Mi pequeña fauna”. Todo es estrambótico, pero el clímax de este capítulo aparece cuando, inexplicablemente, empieza a violentar a la pobre chica: la insulta, la humilla y la despide arrojándole unos billetes solo porque ella ha sido buena y comprensiva con él y porque no soporta que nadie lo compadezca. Y aquí, otra vez, tenemos un homenaje a la intrincada *Memorias del subsuelo*, de mi amado Dostoyevski, y al desaforado pasaje donde “el hombre del subsuelo” violenta a Lisa, la prostituta, a quien ha amado y que por amar ahora desprecia; la joven Lisa que, por ser buena con él, necesita ser sacrificada con insultos y vejaciones. **U**



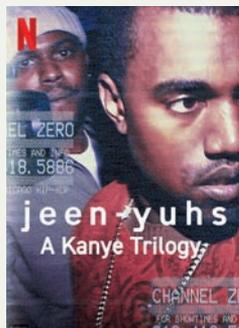
Helmut Kolla, *Autorretrato*, 1930. Städel Museum ©

JEEN-YUHS: A KANYE TRILOGY

COODIE SIMMONS Y CHIKE OZAH

EL DOCUMENTAL DE KANYE WEST

Rafael Tonatiuh



Cartel del documental *jeen-yuhs: A Kanye Trilogy*, de Coodie Simmons y Chike Ozah, 2022

En un lugar de *Chi Town* de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo vivía un músico que componía beats (ritmos que acompañan a los raperos) a bajo costo para distintos intérpretes de hip hop: un soñador afroamericano de 19 años con deseos de convertirse en una estrella del rap, cuya creatividad y autoconfianza fueron tales que motivaron a un Sancho Panza a seguirlo de Chicago a Nueva York y registrar su camino al éxito con una cámara de video, todo ello inspirado en *Hoop Dreams* (Steve James, 1994), documental sobre unos estudiantes afroamericanos que sueñan con ser jugadores profesionales de basquetbol.

El resultado de aquella travesía fue también un documental, *jeen-yuhs: A Kanye Trilogy*, el cual contó con la producción de Netflix y fue nominado a la 74ª edición de los Premios Emmy que otorga la Academia de Artes y Ciencias de la Televisión norteamericana. En él, Coodie Simmons y Chike Oza, los directores, registran el ascenso de Kanye West al estrellato del hip hop e invitan a reflexionar sobre el valor del arte y del artista, en contraste con su polémica imagen pública.

Kanye Omari West (ahora *Ye*) ya había logrado cierta notoriedad como productor, trabajando con Jermaine Dupri, Foxy Brown y Harlem World, cuando en 2000 entró en contacto con Coodie Simmons, conductor de *Channel Zero* (un canal de Chicago especializado en hip hop). Sucedió en uno de los programas de *Channel Zero* dedicado a dos raperos locales, Payroll y Don Ho, quienes invitaron a Coodie a la casa de Kanye West. El entonces conductor, cámara en mano, grabó el interior de la vivienda y también del refrigerador, donde solo halló una lata de chicharos.

Cuando Coodie decidió volverse biógrafo documental de *Ye*, nunca imaginó que aquel músico humilde (pero paradójicamente arrogante) terminaría siendo un polémico billonario, diagnosticado con un severo trastorno bipolar, protagonista de escándalos mediáticos, candidato a la presidencia de los Estados Unidos, diseñador de modas (destaca su creación de los tenis *Yeezy*, para Adidas), promotor del cristianismo y, sobre todo, uno de los artistas contemporáneos más importantes (cinco

de sus álbumes fueron incluidos entre “Los 500 mejores álbumes de todos los tiempos”, según la revista *Rolling Stone*).

Uno de los méritos de Ye fue desencasillar al rap *gangsta* de la apología del hampón y romper con la rivalidad entre músicos de ambas costas de Estados Unidos que se vivía desde finales de los ochenta. Hizo un rap más suave. Sus rimas hablan de aspectos cotidianos de la comunidad afroamericana, problemas sociales, fiestas, observaciones irónicas, juegos de palabras, amor y Dios.

De joven me gustaban Run-D.M.C., The Beastie Boys y Wu-Tang Klan de la costa este, y N.W.A., Snoop Dogg y Tupac Shakur de la costa oeste, pero gracias a mi hija, Maya Mazariegos, quien rapea bajo el nombre de Baby Gangsta, escucho el rap actual: Cristalee, Kendrick Lamar, Lil Nas X, Little Simz y, por supuesto, Kanye West, fundador del rap moderno. Ye es una mente musical innovadora, como The Beatles, James Brown y Dámaso Pérez Prado; es para el hip hop lo que Duke Ellington para el jazz. Ha creado un estilo y un sonido muy propios, apoyándose también en colaboraciones con músicos destacados, entre ellos: Syleena Johnson, John Legend, Swizz Beats, Daft Punk, Rihanna, Gesaffelstein y Pharrell Williams.

Al principio tuve mis reservas para escucharlo porque se había casado con Kim Kardashian, una de las protagonistas del reality show *Keeping Up with the Kardashians*, creado por Kris Jenner, empresaria que tuvo la idea de comercializar la vida cotidiana de su familia pudiente, frívola y vacía tras explotar un video sexual de Kim con el cantante afroamericano Ray J en 2007. Creía que si Ye se juntaba con esa familia oportunista y hambrienta de fama a toda costa, él debía ser igual. Entonces no sabía que Kim era la Dulcinea de un Quijote mucho más complejo, de la que está enamorado y por la que comete penosos actos infantiles, aun después de su divorcio en marzo de 2022. Viendo el documental se entiende por qué le afecta tanto perder una relación familiar equilibrada, y cómo esto se refleja en su obra.

Finalmente le presté atención. Si Paul McCartney compuso una canción con él (“FourFiveSeconds”, 2015), seguro fue por algo. Escucharlo me hizo sorprenderme de su versatilidad. Es como si fueran varios compositores en uno, capaz de crear diversos estados de ánimo y tomar elementos del rock, soul, dance, pop y electrónico (sus influencias son diversas: David Bowie, Madonna, Dead Prez, Michael Jackson, Jay-Z y Stevie Wonder). Ye, además, utiliza muchos recursos: coros, instrumentos en vivo, *samples*, audio digital y sintetizadores; producidos y mezclados para crear complejos espacios sonoros. Sus seis primeros álbumes

son notables. *The College Dropout* (2004), *Late Registration* (2005) y *Graduation* (2007) tienen una deuda con el soul clásico de los setenta. *808s & Heartbreak* (2008), por su parte, es más maduro, con mucha orquestación y letras íntimas, creado a partir de la muerte de su madre y el accidente que casi le cuesta la vida. *My Beautiful Dark Twisted Fantasy* (2010), con portada del artista plástico George Condo, es una joya que encanta a cualquier oído, aunque no esté familiarizado con el rap, mientras que *Yeezus* (2013), minimalista y abstracto, está inspirado en una lámpara de Le Corbusier que Ye vio en una exposición de muebles en el Museo del Louvre. Para crear este último álbum se reunió con los arquitectos Oana Stanescu y Joseph Dirand, y con el interiorista Axel Vervoordt.

¿Qué camino recorrió Ye para llevarle su música al mundo? Los tres capítulos de *jeen-yuhs: A Kanye Trilogy* son muy reveladores, pero resalto el primero por sus imágenes espontáneas de una época de búsqueda, previa a la fama, que plasman los años de lucha para hacerse respetar como rapero (no solo como productor musical) y lograr la grabación de su álbum debut: *The College Dropout* (mi favorito) en Roc-A-Fella Records.

Hacia el final del primer capítulo destaca su madre, Donda, una mujer siempre alegre, gran apoyo en la carrera de su hijo. Cuando Coddie la visita graba su refrigerador, donde solo hay leche descremada y una botella de vino blanco, y luego registra una conversación con Ye en el comedor de la casa. Donda dice: "El gigante se ve al espejo y no ve nada", después le explica a su desconcertado hijo que "una estrella no puede dejar de ser una estrella, pero debe vivir con los pies en la tierra". La muerte de Donda significó un terrible parteaguas en Ye, quien la convirtió en musa de sus últimas grabaciones y "sesiones de escucha" (performances en los que participan actores y bailarines alrededor de una rústica iglesia de madera, en medio de charcos): *Donda* (2021) y *Donda II* (2022).

En el documental no se registra lo más polémico de su vida, seguramente porque Ye no lo permitió. Se menciona superficialmente su divorcio, pero no se ahonda en sus consecuencias: comprarse una casa frente a la de Kim Kardashian para vigilarla; el macabro videoclip de "Eazy", donde, con muñecos animados, decapita al comediante Pete Davidson (que entonces era pareja de Kim), de cuya cabeza surgen rosas que luego corta con unas tijeras y le manda a su exesposa; llamarle "koon baya" al comentarista Trevor Noah (amigo de Kim), expresión racista por la que cancelaron su actuación en los Grammys 2022, a pesar de recibir dos galardones.

En el último capítulo vemos a Kanye alejado de sus primeros colaboradores, en otra geografía: su rancho en Wyoming y mientras trabaja en República Dominicana, en espacios abiertos, confortables pero solitarios, rodeado de jóvenes (muchos, blancos). Para entonces, West ya había orinado sobre un Grammy, insultado a Taylor Swift, hecho referencia a la esclavitud como una "elección" (básicamente, mental), apoyado a Trump (al que luego dio la espalda lanzando su propia candidatura presidencial), organizado un "brunch" con gente afroamericana para discutir el "futuro negro".

El rapero se ha retractado públicamente de muchas de sus barbaridades, sin embargo, continúa negándose a tomar sus medicamentos para la bipolaridad, enfermedad que llegó a catalogar como un "súper poder".

Los medicamentos bloquean mi habilidad de canalizar lo que Dios quiere que haga. Destruyeron mi confianza, me hicieron una cáscara de quien realmente soy. Me hicieron gris sobre mis ojos. Hicieron que el Mustang no corriera más.

Por supuesto, esto suena a una excusa para una conducta inapropiada. Sobre todo porque en la cultura actual se idealiza y hasta se ca-



Fotograma del documental *jeen-yuhs: A Kanye Trilogy*, de Coodie Simmons y Chike Ozah, 2022

pitaliza el escándalo, porque se traduce como promoción en el mundo del arte y el espectáculo. De acuerdo: Salvador Dalí hizo del escándalo parte de su obra ("que hablen de mí, aunque sea bien"). Pero la rebeldía de Ye no es estudiada ni estratégica. Expresa lo bueno y lo malo sin filtros, como un *enfant terrible* surgido de un suburbio afroamericano, pero con dinero y fama, con cámaras y micrófonos encima. No obstante, al final asume la responsabilidad de sus palabras y actos, siguiendo la máxima judía: "Haremos y escucharemos".

Sus fans lo conocemos y cuando desvaría no lo tomamos en serio, ponemos por encima su obra, que realmente apreciamos. Quienes lo juzgan únicamente por sus resbalones mediáticos deberían ver su documental para profundizar en la personalidad de un artista en sus diferentes dimensiones.

En el último capítulo, Ye sostiene su eterna sonrisa, inocente y retadora. Pareciera que siempre será el mismo músico que gasta lo que gana en ropa fina y acude al *sunday service*, sin desviarse de su misión artística. Kanye Omari West es auténtico, con una vida interior caótica y una enfermedad mental con la cual lidiar, pero, a pesar de todo, nunca deja de crear. Es el hombre negro más rico de un país que no ha dejado de ser racista (lo que se evidenció durante la presidencia de Donald Trump), quien con egolatría se autodenomina "Yeezuz" y el mejor artista del siglo. *jeen-yuhs: A Kanye Trilogy* nos muestra su aspecto más positivo: el valor de la autoconfianza y el trabajo duro y constante; desde mi punto de vista, una inspiración para quienes nunca se rinden para lograr sus sueños. **U**

NUESTROS AUTORES



Ana de Anda

(Ciudad de México, 1992) estudió la licenciatura en lengua y literaturas hispánicas y la maestría en letras mexicanas, ambas en la FFyL de la UNAM. Fue becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas en 2016 y ha escrito textos para *Tierra Adentro*, *Nexos* y *Río Grande Magazine*.



Ángel Cappa

(Argentina, 1946) es exfutbolista, exentrenador, comentarista y escritor. Jugó en equipos como el Racing Club de Argentina, y el UD Las Palmas de España. Es autor de libros como *¿Y el fútbol dónde está?* y *Hagan juego*.



Tlatoani Carrera

es parte del equipo de reporteros de ESPN en México. Ha cubierto eventos de fútbol, boxeo y otros deportes en todo el mundo, así como las Olimpiadas de Invierno.



Les Dégommeuses

es un equipo de fútbol formado en su mayoría por lesbianas y personas trans que pretenden luchar contra la discriminación en el deporte y a través de él.



Antonio Deltoro

(Ciudad de México, 1947) es un poeta y ensayista mexicano. Ha sido profesor en la UAM y la UNAM, además de coordinador de talleres de poesía en el INBA, la Casa del Poeta Ramón López Velarde y la Fundación para las Letras Mexicanas. Fue coordinador de imágenes en el Museo Nacional de Culturas Populares.



Rebeka Endler

trabaja como escritora independiente, periodista y hace un podcast. Escribió *Das Patriarchat der Dinge* (“El patriarcado de los objetos”). Actualmente está escribiendo otro libro de no ficción y una novela.



Jacobo García

es reportero en México, Centroamérica y el Caribe. Fue corresponsal de *El Mundo* y *Associated Press* en Colombia. Actualmente trabaja en *El País*. Ha obtenido varios premios por su labor y fue finalista del True Story Award 20/21.



Margo Glantz

es una escritora, ensayista, crítica literaria y académica mexicana. Sus obras reflejan su compromiso con temas como el erotismo, la sexualidad y el cuerpo, además de la migración y la memoria. Fue elegida en 1995 miembro de la Academia Mexicana de la Lengua.



Enric González

(Barcelona, 1959) es periodista y columnista. Ha trabajado para medios como *Jot Down*, *El País* y *El Mundo*. Es autor de libros como *Historias de Londres*, *Historias de Roma* y *Memorias líquidas*.



S. Juliana Granados M.

(Bogotá, 1990) es filósofa, profesora y, sobre todo, lectora.



Marisol Ibarra

es jefa de prensa y comunicación de la Liga BBVA MX femenil. Ha ejercido durante más de nueve años el periodismo deportivo tanto en medios digitales como en televisión.



Sebastián Kohan Esquenazi

es cronista y realizador audiovisual. Ha publicado crónicas sobre fútbol, cine y política en medios de México, Chile, Argentina, España y Colombia. Ha dirigido, producido y escrito el guion de varios documentales, entre ellos *Villa Olímpica* y *Un gol al arcoíris*.



Mauro Libertella

nació en la Ciudad de México en 1983. Un año después su familia se trasladó a Buenos Aires, donde él estudió letras. En 2017 fue seleccionado por el Hay Festival como parte del grupo Bogotá 39-2017. Sus libros se han publicado en Argentina, Chile, Costa Rica, Colombia, México e Italia.



Vania Macias Osorno

es historiadora del arte y editora. Ha colaborado en proyectos expositivos y editoriales, de archivo y memorias. Actualmente es editora de arte de la *Revista de la Universidad de México* y miembro del seminario Despatriarcalizar el archivo.



Pedro Mairal

(Buenos Aires, 1970) trabaja como guionista y escribe para distintos medios gráficos. Entre sus publicaciones están *Una noche con Sabrina Love*, novela que recibió el Premio Clarín en 1998 y fue llevada al cine, *La uruguayana* (2016), *Maniobras de evasión* (2017) y *Pornosonetos* (2018).



Cristina Marcano

es una periodista venezolana radicada en México. Coautora de la biografía *Hugo Chávez sin uniforme*, se inició en los periódicos venezolanos *El Diario de Caracas* y *El Nacional*. Ha trabajado como corresponsal en Venezuela y México, y como colaboradora en diversos medios internacionales.



Elizabeth Marshall Thomas

es una autora estadounidense. Ha publicado libros y artículos de ficción y no-ficción sobre el comportamiento animal, la vida en el Paleolítico y los bosquimanos del desierto de Kalahari.



Emiliano Monge

(Ciudad de México, 1978) es politólogo por la UNAM y escritor. Entre otras, ha publicado las novelas *El cielo árido*, *Las tierras arrasadas*, *No contar todo*, *Tejer la oscuridad* y *Justo antes del final*, así como los libros de relatos *Arrastrar esa sombra* y *La superficie más honda*.



Sy Montgomery

(Frankfurt, 1958) es periodista, psicóloga y licenciada en literatura francesa. Es autora de más de veintiocho libros y numerosos documentales sobre la vida animal. Ha sido finalista del National Book Award y recibió en dos ocasiones el Book and Film Prize.



Christine Montross

(Indiana, 1973) es una psiquiatra y escritora estadounidense. Es autora de los libros *Body of Work*, *Falling into the Fire* y *Waiting for an Echo*.



Francisco Mouat

(Santiago de Chile, 1962) es escritor, periodista, librero y editor. Fue director de la revista deportiva *Don Balón*. Es autor de *Cosas del fútbol*, *El empapado Riquelme* y *Escala técnica*, entre otros libros.



Ana Negri

(Ciudad de México, 1983) es egresada de la UNAM y doctora en estudios hispánicos por la Universidad McGill de Montreal. Fue becaria del programa Jóvenes Creadores del Fonca 2017. *Los eufemismos*, su primera novela, ha sido publicada en países como Chile, México y España.



Pascale Nivelles

es una periodista francesa. Fue corresponsal de *Libération* en China de 2006 a 2009. Coautora de *Sarkozy. Une famille française*, entre otros libros.



Philippe Ollé-Laprune

(París, 1962) es editor, escritor y promotor cultural. Dirigió la oficina del libro de la embajada de Francia en México, fue director-fundador de la Casa Refugio Citlaltépetl y de la revista *Líneas de Fuga*. Actualmente coordina la red ICORN en América Latina y es locutor del programa radiofónico *Acentos*, en Opus 94.



Antonio Ortuño

(Zapopan, 1976) ha publicado más de una decena de libros de narrativa. Ganó el Premio Internacional de Narrativa Breve Ribera del Duero en 2017 y el Premio Bellas Artes de Cuento Hispanoamericano Nellie Campobello en 2018.



Marion Reimers

es periodista deportiva, narradora y conductora mexicana. Durante varios años fue presentadora del programa Central Fox. Es cofundadora de la ONG Versus y colaboradora de TNT Sports México.



Laura Sofía Rivero

(Ciudad de México, 1993) estudió lengua y literaturas hispánicas en la UNAM. Fue ganadora del Certamen Internacional de Literatura Sor Juana Inés de la Cruz 2017 y del Premio Dolores Castro 2016 en la categoría de ensayo. Ha sido becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas y del programa Jóvenes Creadores del Fonca.



Rafael Tonatiuh

es escritor, guionista, columnista, músico y comediante. Autor de las novelas *El cielo de los gatos* y *Gangster de ultratumba*. Ha escrito en *Milenio Diario*, *La Razón*, *Complot Internacional*, *La Garrapata*, *La Regla Rota*, *La Pus Moderna*, *A Sangre Fría*, *Chilango*, *El Chamuco* y *SDP Noticias*.



Eloy Urroz

nació en 1967. Es autor de nueve novelas, entre las que destacan *Las Rémoras*, *Fricción*, *La mujer del novelista* y *Demencia*; además de cinco libros de poesía y seis de crítica literaria, tales como *Las formas de la inteligencia amorosa: D. H. Lawrence y James Joyce*, *La trama incesante* y *El ensayo del arte*.



Amarela Varela Huerta

es periodista, productora de radio, socióloga y especialista en migraciones. Es autora del libro *Por el derecho a permanecer y a pertenecer, una sociología de la lucha de los migrantes*. Ha publicado artículos académicos en revistas indexadas y de divulgación científica.



Juan Villoro

nació en la Ciudad de México en 1956. Es narrador, dramaturgo y ensayista. Entre otros, ha recibido el Premio Xavier Villaurrutia, el Heralde de Novela (por *El testigo*), el Rey de España, el Ciudad de Barcelona, el Vázquez Montalbán de Periodismo Deportivo y el Antonin Artaud.



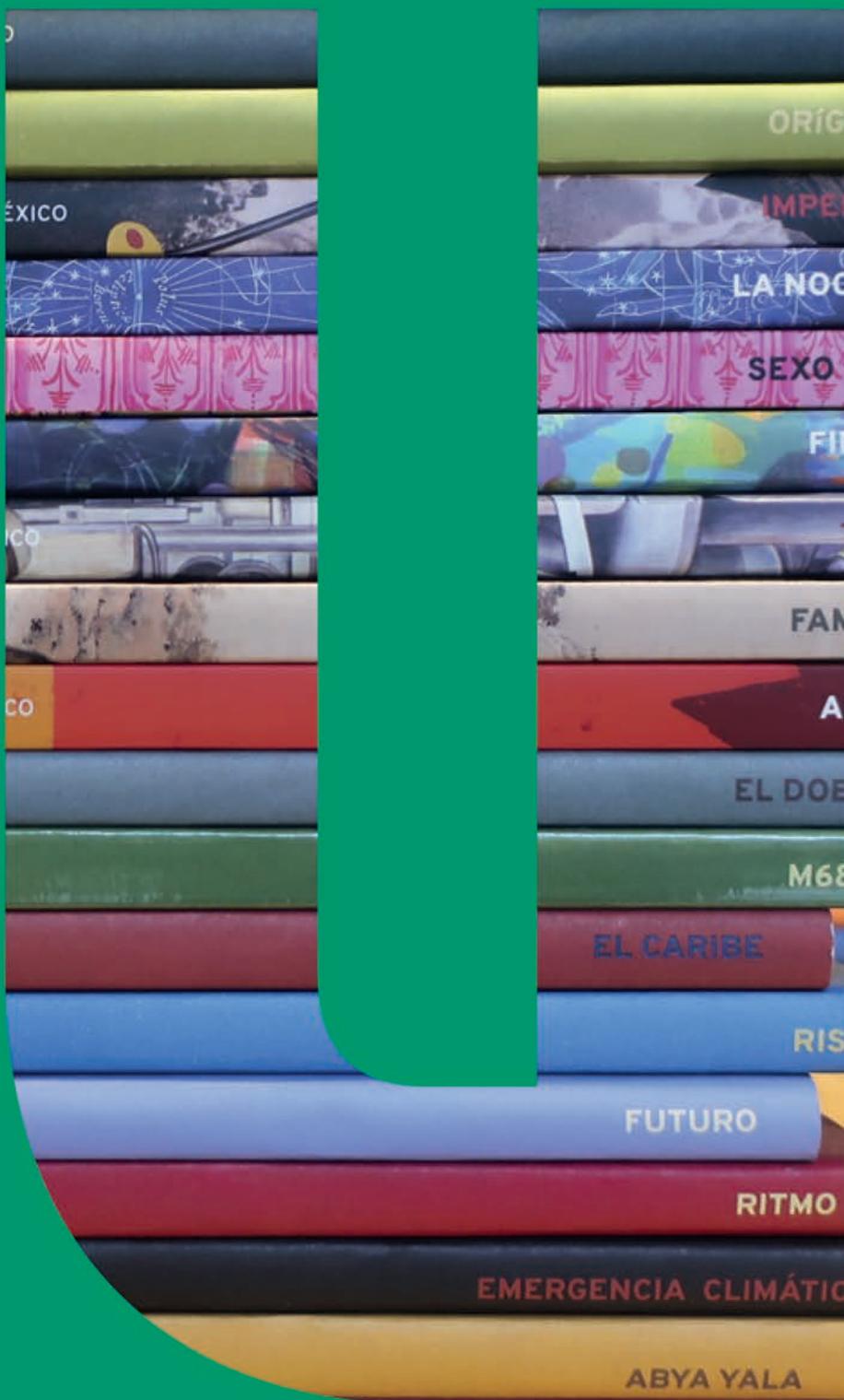
Chloé Wary

es ilustradora e historietista francesa. Algunas de sus obras son *Conduite interdite* y *Beethov' sur Seine*. Obtuvo el Premio del Público en el Festival de Cómics de Angoulême 2020 y el Premio Artemisia de creación femenina 2020.



Alejandro Zambra

(Santiago de Chile, 1975) ha publicado los libros *Bonsái*, *La vida privada de los árboles*, *No leer*, *Formas de volver a casa* y *Poeta chileno*, entre otros. Algunos de sus relatos han aparecido en *The New Yorker*, *The Paris Review*, *Harper's*, *Believer* y *Granta*.



SUSCRÍBETE

Léela, colecciónala y disfrútala

www.revistadelauniversidad.mx





TU UNIVERSIDAD, TUS PUMAS



¡SÍGUENOS EN!



@PUMASMEX

